

intervalo

ALBUM



10 OBRAS COMPLETAS de



Tennessee Williams • Josephine Bernard • André Theuriot • Cristóbal M. Paz • Queen Brown
Gonzalo Hernández • Camilo Castello Branco • Ernest Lehman • Héctor Raúl Decombe • Ken Bald

sumario

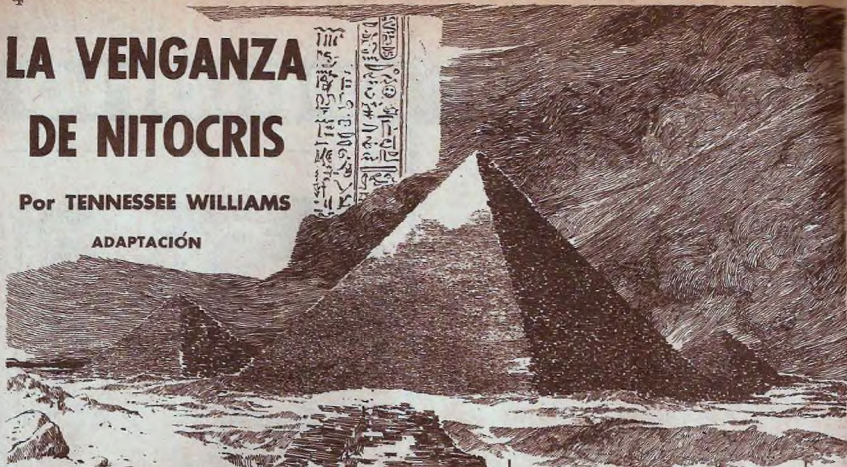
LA VENGANZA DE NITOCRIS, por Tennessee Williams "Todas las cosas tienen miedo al Tiempo, pero el Tiempo tiene miedo a las pirámides", testigos silenciosos e imasibles del dolor humano.....	Pág. 4
TRAGEDIA EN EL CIRCO, por Héctor Raúl Decombe Mucha gente cae en manos de malhechores por no decir oportunamente la verdad.....	Pág. 16
LA HERMANITA MENOR, por Josephine Bernard La perspicacia de Nina estuvo a punto de serle fatal.....	Pág. 29
HISTORIAS DE HOMBRES Y MUJERES, por C. M. Paz Era un demente, a quien el viento excitaba	Pág. 41
DOCTOR KILDARE, por Ken Bald En el alma del doctor Kildare hay comprensión para toda forma real de aliviar el dolor humano, incluso para las descubiertas por no profesionales de la medicina.....	Pág. 48
LA SEÑORA VERONICA, por André Theuriot Fue incommovible en la fidelidad a sus principios.....	Pág. 65
LA NOVICIA REBELDE, por Ernest Lehman En un convento se entra por vocación y por elección, no por miedo a la propia responsabilidad. Así lo comprendió María, qué aceptó la suya y marchó por el camino que Dios le señalaba	Pág. 81
RETORNO A LA LUZ, por Gonzalo Hernández La oscuridad no importa si conduce a la luz	Pág. 92
AMOR DE PERDICON, por Camilo Castello Branco El amor lo transformó, pero quienes lo rodeaban no supieron valorar ese cambio	Pág. 104
APRENDIENDO A VIVIR, por Queen Brown El amor es egoísta sólo para quienes no lo conocen de verdad	Pág. 118



LA VENGANZA DE NITOCRIS

Por **TENNESSEE WILLIAMS**

ADAPTACIÓN



Dijo un historiador árabe: "Todas las cosas tienen miedo al Tiempo, pero el Tiempo tiene miedo a las pirámides". Esos milenarios monumentos, testigos del nacimiento y de la ruina de una civilización, presenciaron conflictos, dramas, tragedias inenarrables, y sus frías piedras muchas veces se mancharon con la sangre de sus propios constructores...

DIBUJOS DE ARTURO CASTILLO

Intervalo Álbum 109 - 9/1965

... como la menor de las tres gigantescas pirámides de Gizeh, la llamada pirámide de Micerinos ...

... construida 3.000 años antes de la era cristiana por Men-Ka-Pa, el conquistador de Libia.



Dentro de dos días, tu pirámide quedará terminada, hijo del sol. Podremos consagrarla a Osiris, según manda la costumbre.

Mi real esposa y yo hemos decidido que nuestra tumba sea ofrendada a Ra, el Sol, nuestro padre.



Un murmullo de incredulidad recorrió el vasto salón. ¿Cómo osaba el faraón quebrantar la costumbre y ofender así al dios más antiguo del Egipto?

¡Pero nunca se ha hecho, señor!



En tal caso, yo seré el primero. Desde ya declaro que en Egipto el dios más importante es Ra, el Sol de mediodía.

El pueblo reclamará, señor.

¿Desde cuándo te atreves a discutir con tu señor, Kaf-Ser?



Soy sacerdote de los antiguos dioses, Nitocris. Mi deber es hacia ellos.

¡Tu deber es hacia el faraón!

¡El es el dios de Egipto!



Los cortesanos dejaron escapar un murmullo apenas audible, que contribuyó a encolerizar al faraón y su reina. Jamás se habían sentido desafiados por ser humano alguno, y aquello sonaba a desafío. El poderoso Men-Ka-Ra se puso de pie.

Decreto que desde hoy no se rendirá culto a Osiris hasta que lo resuelva nuevamente... y el que se oponga, será considerado traidor a mi divina persona.

¡Eso es sacrilegio!



¿Te atreves a desafiarme, sacerdote?

Tú desafías al dios. No soy quien ha hablado.



La voluntad del faraón era la ley suprema de Egipto. No podía dejar de cumplirse. Pero los sacerdotes y el pueblo adoraban a Osiris desde tiempos inmemoriales, y tampoco era posible extirpar el culto en unos días. El orgullo de Men-Ka-Ra no le permitía admitirlo.

Una nube de inquietud había velado el bello rostro de Nitocris al comprender las intenciones de su esposo... pero nada le dijo hasta días después.

Creo que el pueblo está intranquilo, señor mío; los sacerdotes azuzan a la plebe en contra de ti.

Deja que los perros aúllen. Hoy haré apagar los fuegos del templo de Osiris, y veremos quién puede más: si ese dios de tinieblas, o yo, que soy el dios viviente de Egipto.



¿Crees que es sabio desafiar abiertamente a los sacerdotes?

Estoy harto de sus intentos de gobernar por encima de mi autoridad, y ésta es la oportunidad ideal de librarme de ellos...



...por eso es que he dado este paso, ¿comprendes? Es la excusa que buscaba. Si me desobedecen, los aniquilaré. Si obedecen, ya nunca podrán desafiarme nuevamente.



Siguiendo con sus planes, Men-Ka-Ra se dirigió al templo de Osiris escoltado por su guardia nobia.



¿Qué buscas a estas horas en el templo de Osiris?



He ordenado que desde la puesta del sol no ardan en los templos las hogueras sagradas... y tú me desobedeciste.

Desde los orígenes de Egipto esta llama jamás se ha apagado. Terribles desgracias caerán sobre Tebas si eso ocurre.

¡Yo soy Egipto, sacerdote!





La noticia de lo ocurrido corrió por Tebas, cubriendo de luto a la ciudad. El pueblo comenzó a reunirse en los sitios públicos, cambiando miradas de horror y espanto.

El sonido de los ensalmos y encantamientos llenó las calles. Los gemidos de los fieles se sumaron a las voces airadas que clamaban contra el sacrilegio.



En el interior del palacio real tampoco reinaba la tranquilidad. Kaf-Ser había logrado soliviantar los ánimos de los cortesanos.

¿Recuerdan ustedes lo que hizo el pueblo con Kheops, el bisabuelo de nuestro faraón?

Lo masacraron junto con casi toda la corte... pero fue porque había hambre y el pueblo estaba agotado por el trabajo de construir la gran pirámide.

¿Pero qué? ¿No quieres morir, verdad? Yo te diré qué debes hacer.

No sigas hablando. Esto apesta a traición, Kaf-Ser.

Ahhás, custodio del sello real, era un hombre leal a su rey. Disgustado se apartó del grupo.

No creas que callaré tus palabras, sacerdote.

Peor para ti.

Ahora el pueblo tiene miedo..., y el miedo es peor que el hambre. ¿Defenderás tú con tu vida al faraón sacrilégo cuando vengan a matarlo?

Sería nuestro deber hacerlo, pero...

Una risa de triunfo escapó de la garganta del sumo sacerdote de Osiris.

El sumo sacerdote de Osiris era un hombre de decisiones rápidas.

¡Ahhhh!

¿Qué has hecho? Era el hombre de confianza del faraón.

No podemos perdernos todos por culpa de uno. ¿Qué haréis cuando el pueblo venga para cobrarse justicia en el faraón? ¿Lucharéis por él?

Yo no quiero morir, ¿pero cómo sabes que el pueblo se sublevará?

Porque mi gente está ocupándose de eso. Antes del nuevo sol habrá revolución en Tebas.

Resuélvanse..., ¿morirán junto al faraón o abrirán las puertas al pueblo?

Abriremos las puertas al pueblo.

Aún no había amanecido cuando la inquietud eclosionó en revuelta. Los sacerdotes de Osiris guiaron a la muchedumbre enardecida.

El ruido de voces airadas despertó a la reina.

Men-Ka-Ra, Despierta. ¿Oyes?

¿Qué es eso?



El faraón corrió hacia la ventana y un rugido de cólera escapó de sus labios.

¡Ah, traidores! ¡Fránquean la entrada a las turbas!



Las pesadas puertas que custodiaban el palacio fueron abiertas.

¡Al sacrilego!

¡Al sacrilego!



Mi espada, Nitocris.

¡Te matarán! Llama a la guardia nubia y refúgiate en los sótanos del palacio.



¡Yo soy el faraón! ¡No me oculto de esos perros! ¡Déjame pasar!

¡Por favor! En nombre de Ra, enciende los fuegos del templo de Osiris y nada ocurrirá. De lo contrario...



¿De lo contrario, qué? He vivido como dios de Egipto y como dios de Egipto estoy dispuesto a morir. No lo olvides nunca, Nitocris.



¡Al sacrilego!

¡Muerte al sacrilego!

La muchedumbre enardecida entró en las cámaras interiores del palacio.



Y en ese momento el faraón apareció ante su pueblo...



...erguido y firme, como la materialización del dios que creía ser. Todos se detuvieron, y un silencio pesado cubrió los gritos anteriores.



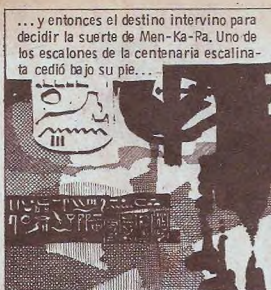
¿Qué buscáis en la casa sagrada? ¿Es que no puedo dormir sin que turben mi sueño vuestros aullidos?

El pueblo teme, señor, y viene a pedirte protección.



El faraón comenzó a descender lentamente la escalinata. Su aire imponente llenó de terror supersticioso a los mismos que un minuto atrás pedían su sangre.





El vibrante grito del sacerdote puso en movimiento a la muchedumbre.



Transcurrió una semana desde el asesinato del faraón. El pueblo, aterrado ante su atrevimiento, había abandonado el palacio real para dirigirse al templo de Osiris, donde la sagrada llama ardía nuevamente. Un cortejo de nobles, sacerdotes y guerreros llegó, al séptimo día, ante las puertas del salón del trono.

Iban a coronar a la reina viuda como soberana de todo Egipto.



¿Juras respetar las antiguas tradiciones del doble reino?

¡Sí, juro.



¿Juras sostener el culto de Osiris por encima de todos los demás dioses de Egipto?

¡Sí, juro.



En tal caso, te proclamo faraón, monarca del Alto y el Bajo Egipto, y te rindo pleitesía.



El pueblo festejó durante días y noches la coronación de la bella Nitocris, tratando de olvidar la muerte del joven faraón asesinado.



Pero Nitocris tenía otros planes... y en ellos no entraba precisamente el olvido. Habían transcurrido seis meses desde la muerte de Men-Ka-Ra.

Ellos creen que te he olvidado, pero no es cierto, no es cierto; nunca te olvidaré...



...viviré sólo para vengarte de todos esos chacales del desierto. Tú lo sabes. ¡Y después, me reuniré contigo en el bajo mundo de las sombras!



El sumo sacerdote de Osiris comenzó a asediarme a la reina.

El pueblo vería con agrado que volvieras a casarte, señora.



No es ésa mi intención, sacerdote. Hace demasiado poco tiempo que enviudé.

Hay razones de estado, señora. Tú no puedes gobernar sola el país.

¿Y quién sería mi consorte?
¿El rey de los nubios?



No, señora. A alguien de sangre egipcia, alguien amado y temido por el pueblo. Yo.

Comprendo.



Los mejores guionistas y dibujantes están en:
columberos.blogspot.com.ar

Por fin llegó el día del entierro oficial.



-Espera que la real tumba de Men-Ka-Ra esté terminada. Cuando su momia descansa en la pirámide, haremos una fiesta real y me desposaré contigo.

-Sabía que eras una mujer inteligente, majestad. Esperaré.

La pirámide de Men-Ka-Ra estaba casi concluida, pero durante aquellos últimos meses la reina ordenó que se modificaran los planes. Bajo la pirámide comenzó a construirse una inmensa cámara de banquetes. Pero, cosa extraña, los constructores no fueron los mismos arquitectos egipcios que hicieron el resto del monumento, sino babilonios contratados especialmente, hombres que no hablaban una palabra del egipcio.



Los responsables de la muerte de Men-Ka-Ra fueron los mismos que llevaron la momia hasta el corazón de la pirámide.

El faraón ya descansa en su tumba. Recuerda tu promesa, señora.

La recuerdo. Cumpliré al pie de la letra.



Al hablar, Nitocris recordaba la promesa que había formulado ante el cadáver de su esposo.

Para celebrar el eterno reposo del faraón muerto he preparado un banquete en honor vuestro, mis fieles amigos.



¡Oh, gracias!

Nitocris interrumpió al sacerdote con una carcajada.

Lo único que sabes decir es "nunca", sacerdote. Espera a ver la sala para banquetes y después podrás hablar.



Y como quiero que todo sea nuevo en mi reinado, hice construir una cámara para banquetes bajo los cimientos de la pirámide.



¡Qué extraño capricho! Nunca hemos...

¿Qué tenéis que decir ahora?

¡Es magnífica!

Bajaron a la cámara, que estaba brillantemente iluminada.



Comenzó el banquete que la reina ofrecía a los responsables de la muerte de su esposo.



¿Cuándo anunciarás nuestra próxima boda?

Pronto, espera que coman y bebían.



Los ojos de la reina paseaban sobre los invitados. Una sonrisa fría distendía sus bellos labios. Mientras tanto todos comían y bebían. La orquesta dejaba oír los sonidos de sus exóticos instrumentos. Las horas transcurrieron lentamente.

Kaf-Ser comenzó a impacientarse.

Ya es tarde. ¿No vas a anunciar nuestro desposorio?



Pronto. Pero antes debo hablarte a solas. Sígueme.

Salieron de la cámara subterránea por una puerta disimulada junto al trono.



Los comensales no advirtieron que la reina y el sumo sacerdote se marchaban...



...pero las esclavas que servían a los invitados, como obedeciendo a órdenes silenciosas, también se marcharon del recinto.



Nitocris hizo subir una larga escalera al sumo sacerdote.

¿Dónde estamos?



Sobre la cámara del banquete, levanta esa losa.

El sacerdote de Osiris no comprendió los propósitos de la reina, pero obedeció.

¿Los ves? Están saciados de comida y borrachos.

Sí, pero no entiendo una palabra de todo esto.





Inmediatamente, con suave gemitos, la entrada de la cámara subterránea se cerró en forma hermética.



¿Por qué haces eso?
¿Qué es ese ruido?



La respuesta a la pregunta del sacerdote fue dada por los propios hechos. Una de las paredes de la cámara subterránea se corrió para dar paso a un torrente líquido...



... que en contados segundos inundó todo con su masa ne-gruzca y helada.



Los dos testigos del episodio miraban fascinados. La reina, gozando con su venganza. El sumo sacerdote, aterrado.



Pronto, todo terminó.

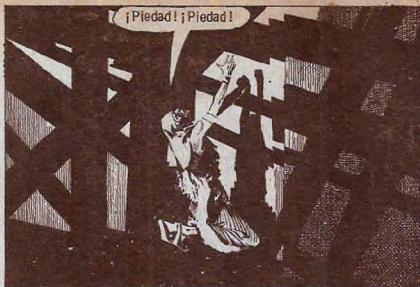


Cuando el sumo sacerdote consiguió salir de su horror advirtió que Nitocris había abandonado el pequeño recinto.



¡Por los dioses, abre!
¿Qué pretendes?

Es inútil que lla-
mes. Nadie te oi-
rá. Estás junto a
la tumba del faraón
que asesinaste.
Allí dejarás tu mi-
serable existencia.



¡Piedad! ¡Piedad!

¿La tuviste tú cuando azuzaste a los perros
contra tu faraón?



Sin esperar más, la reina
encendió una tea y se di-
rigió a la cámara mortuo-
ria de Men-Ka-Ra.



Ya te he vengado, señor
mío, como te juré. Los
chacales han muerto,
y el culpable morirá
de hambre y sed. Ya
puedo reunirme con-
tigo.



Transcurrieron los
días. Los dignatarios
del palacio y el pue-
blo comenzaron
a inquietarse por
la ausencia de la
reina. Por fin, una
semana más tarde,
iniciaron la bús-
queda. El comandan-
te de los guardias
reales entró en la
pirámide. Bajo la cá-
mara mortuoria...

... yacía el cadáver contorsionado de
Kaf-Ser, muerto de hambre y de sed.



Pero la reina ya no contes-
taría. Había cumplido su
promesa y, terminada su
venganza, se había enve-
nenado.



St. "El Tiempo
tiene miedo a
las pirámides."
Esos milenar-
ios monumen-
tos, cuyas frías
piedras se man-
charon tantas
veces con la
sangre de sus
propios construc-
tores.

FIN

En la cámara donde descansaba la momia de Men-
Ka-Ra, majestuosa y bella, estaba Nitocris, sentada
en el trono.

PÁGINA ALEGRE



- Déme un kilo. Pero no importa que no sea buena carne. Mi esposo va a hacer el asado.



- ¡Qué curioso! ¡Ni que lo hubieran dibujado ayer! ¡La pintura parece fresta!



- Alicia quiere que usted se sienta tan cómodo como en su restaurante preferido, señor jefe.



- ¿Has visto cómo desvían todos los autos? Ha sido una gran idea, ¿no te parece?



- ¿Quién entiende a las mujeres? ¿No sé por qué querrá mudarse al centro?

tragedia en el circo

Por HÉCTOR RAÚL DECOMBE



Dibujos de D. HAUPT

La noche del debut un gentío animoso llenó totalmente las amplias instalaciones.



Kathleen Sinclair y Jimmy Regan eran los esposos propietarios del circo. Ella era una gran trapecista y él un consumado domador de fieras.



Kathleen hizo su número, logrando una verdadera ovación cuando dio término al mismo.



Voy a cambiarme mientras tú esperas para enfrentarte con los leones.



¡Hazlo, Kathleen! Tienes casi media hora para ponerte la malla de lentejuelas para el número final.

Estaré de vuelta para ver tu número, querido.

Hasta luego, preciosa.



Cuando la bella Kathleen Sinclair llegó a su camarín.

Hola, mi simpática ex-compañera.

¡Tú! ¡Eres tú, George!



El mismo George Allen que comenzó actuando en el misero circo donde tú iniciaste tu carrera. ¡Cómo has progresado, muchacha! ¡Dueña de todo esto!



¿Y tú? ¿A qué te dedicas ahora?

¡A nada! Un día caí del trapecio en Canadá y, desde entonces, no pude volver a mi profesión. Fobia o algo así a las alturas.



George la miró fijamente. Kathleen advirtió que había tomado alguna copa de más.

Hemos sido buenos compañeros.

Sí, dos camaradas sinceros.



Hoy soy un derrotado, Kathleen. Vengo... vengo a pedirte ayuda. Tú tienes plata. Tres mil dólares no son nada para ti.



¿Tres mil dólares? ¿De dónde quieres que los saque, George? Yo...

La mirada de George se hizo dura cuando dijo:

Tú eres rica. No puedes dejarme en la estacada.

Pero es que no los tengo, ¿entíendes?

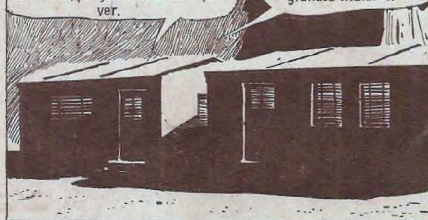


Pídeselos a tu marido. Vende alguna de tus joyas. Tú ~~se~~brás como arreglártelas, Kathleen. ¿O quieres que se los pida yo? ¿Que le cuente, primero, que su mujer fue arrestada por traficar con drogas... y le diga que esa historia puedo contársela al periodismo local?



Sabes bien que era mi compañera de camarín la culpable; que nos detuvieron a las dos hasta que todo se aclaró; que yo no tuve nada que ver.

Sí, lo sé. Pero en los periódicos salieron las fotografías de las dos, con grandes titulares.



¿La felicidad conyugal, el éxito del circo no valen tres mil miserables dólares? Piénsalo, junta el dinero... y espera mi llamado. Mañana te hablaré, Kathleen.



Bellísima en su traje de lentejuelas, Kathleen se mostró muy nerviosa en el número final. El hecho pasó inadvertido para todos, menos para su esposo.



Has estado muy nerviosa, Kathleen. ¿Qué te pasa? Nunca te has mostrado así en los debuts.



No es nada, Jimmy. Ya he superado el trance, ya estoy bien.

Al otro día, luego del almuerzo, un llamado telefónico alejó por unos instantes a la bella trapezista de la mesa que compartía con su esposo.



¿Quién era?

La modista. Tengo que ir ahora a probarme la capa para el nuevo número.



Lástima que tengo una práctica con mi nuevo ayudante. Me hubiera gustado acompañarte.

Iré sola. Volveré en seguida, Jimmy.



¿Por qué esos nervios, querida? ¿Algo anda mal?

No, no es nada. ¡Oh, Jimmy, déjame ir, que se hará tarde!



Durante el viaje hasta la dirección que George le había dado telefónicamente, Kathleen sintió una tenaz angustia que le oprimía la garganta.



(Primer piso. Habitación treinta y dos. Esos son los datos que me dio.)



El muchacho uniformado que estaba leyendo detrás del mostrador, ubicado a la entrada, le echó una indiferente mirada y luego siguió interesándose en el partido de basket jugado la víspera.



Has sido puntual, Kathleen. ¿Has traído la plata?

Sabes que no, que he venido a conversar contigo.



¡Conversar! Plata es lo que quiero... y eso es lo que tienes que darme para salir del paso. Si no lo haces, tu marido sabrá aquella historia que le ocultaste.

Tú sabes que yo no tuve nada que ver.



George Allen parecía frenético. Bebió de un trago el contenido del vaso lleno de whisky que estaba sobre la mesa. Esto pareció enfurecerlo.

No quieres ayudarme, ¿eh? ¿Quieres dejarme morir de hambre?



¡Sí, pero no se la contaré así, puedes creerme. Además, tengo puñados de periodistas amigos, que pueden hacer una linda propaganda a tu circo contando en sus columnas todo lo que yo sé... y algo que puedo inventar.



Se le acercó amenazador, levantando el arma que había tomado con mano tembloriente.

Puedo matarte. Ahora mismo puedo matarte.



¿Qué pasa aquí? ¿Suelta esa arma.



Era un hombre ágil y fuerte. Él que había entrado, atraído por las voces alteradas.

¡Suelta esa arma, le digo! Yo le voy a enseñar, ¡borracho!



Apretó con fuerza sus manos alrededor del cuello de George Allen. Y cuando las separó...

¡Parece que apró se demasiado!



¡Lo ha matado!

¡Sí. Está muerto. Pero... no grite, ¡por favor! Soy el detective del hotel. Haré que usted no se vea mezclada en esto. Muchos amigos, borrachos consuetudinarios como él, lo vienen a visitar a diario. Alguno de ellos pagará por él.



¡Espere, preciosa! Esto es un crimen... o algo parecido. Usted y yo tenemos que ver en él. Yo maté por usted.

Déjeme ir, por favor.



Conviene que me aleje, después que la policía abandone este asunto..., y yo estoy sin plata. Necesito cinco mil dólares para mañana mismo. Consígalos. Sé quién es usted. La conozco por fotos.



Salga aparentando tranquilidad y nadie la molestará. No olvide que soy un criminal por usted... y que usted está metida como yo en este crimen. Mi nombre es Phil Dvorak. Llame aquí esta misma noche.



Kathleen bajó las escaleras sin tropezar con nadie. Se sentía angustiada, como aprisionada por la fatalidad.



El muchacho del mostrador ni se molestó en levantar la cabeza cuando ella pasó. Presintió que era la misma que hacía un rato había subido cuando, sin mirarla, vio su silueta abandonar el hotel, mientras seguía sumido en la lectura.



¡Vaya, George!
Eres un actor
notable!

¿Viste la cara trágica que puse
cuando caí? Vaya, Phil, me pa-
rece que ahora sí no va a dudar
en traer los cinco mil dólares.

"Soy el detective del ho-
tel. Esto nos ata a los dos.
Soy un criminal por su
culpa."

¡No, si tú también
eres un gran actor!

¿Mañana la citarás
aquí? ¿No crees
que se resistirá a
venir al lugar del
crimen?

No tenemos otro sitio
dónde citarla. Le diré
que, bueno, no sé qué
le diré. Ahora caigo
que no puede ser que
venga aquí.

¡Claro que no! ¿Y si
nos vamos a la casita
de la ribera? ¿No me
dijiste que Tom y Nic-
ky se han ido a Chicago?

¡La casita de la
ribera! Tienes
razón.

Esa noche Kathleen comprendió que no podía su-
bir al trapecio.

¡Perdona, Jimmy, pero no puedo subir! Estoy
segura de que se me aflojarían las manos.
¿comprendes?

¡Sí, mi bien! Hemos trabajado mucho últimamente. Tienes
que descansar. Apenas terminemos nuestra estada aquí,
nos iremos tú y yo solos en un viaje de placer por Europa.

¡Mi querido Jimmy!

Anularé tu cuadro por hoy. Descansa,
Kathleen, así mañana te sientes bien.
Yo alargaré mi número con los leones.

El número de Jimmy Regan y sus le-
ones era sensacional.

Los animales estaban muy bien adiestrados y
conocían a la perfección el cometido que les
tocaba en suerte.

La gente quedaba emocionada y silenciosa cuando Jimmy se ubicaba entre los cuatro leones, y éstos rugían amenazadores al muchacho que, completando el número, entraba a la jaula pretendiendo atacar al domador.



¡Has estado muy bien, Bob! ¡Parecías tener un miedo pánico!

¿Y usted cree que no lo siento así? ¡No tengo los nervios de acero como usted! Cualquier noche los leones me atacan de veras.



Están domador. Bob. Y te queda el consuelo de que, si te despedazan a ti, harán lo propio conmigo.

¡Gracias! ¡Acaba usted de darme una gran tranquilidad!



Mientras, Kathleen vendía algunas de sus valiosas joyas para formar la suma que le habían pedido.



(Todo esto es como una pesadilla. ¡Han pasado tantas cosas terribles en tan poco tiempo!)



Desde un teléfono público habló al número que le habían indicado.

¿Phil Dvorak? Sí. Tengo el dinero.



¿Dónde dice que debo ir?
¿Dónde queda eso?



Le dieron una dirección y la instaron a ir de inmediato.

(Sí. Es mejor que vaya ahora mismo. Así termina esta horrible pesadilla.)



Mientras, en la casita de la ribera...

¡Viene hacia aquí! Tú tienes que esconderte hasta que ella se vaya.

Trae la plata, ¿no?



¡Los cinco mil justitos! ¿Qué harás con la mitad que te toca?

¡Eso es cosa mía! Tú piensa en el botín que te toca a ti.



Pero Phil Dvorak no pensaba repartir.

Te quedarás allí por diez minutos.

Vaya que está sombrío esto.



Fueron las últimas palabras que dijo. La traición de Phil lo había herido por la espalda con un balazo mortal.



Es aquí, señorita.



Pase usted. ¿Trajo usted "eso"?

Sí.



Aquí lo tiene. Creo que ahora no lo verá nunca más.



Puede estar segura.

¡La suma exacta! ¿Me permite un segundo?



En la habitación donde había ocultado el cuerpo de George Allen había una puerta que daba hacia los fondos. Por ella huyó.



¡Phil, no me deje sola aquí!
¿No me acompañará hasta la avenida? ¡Phil, por favor, respóndame!



Abrió la puerta por la que Phil había salido...

Sintió que el terror le paralizaba la mirada sobre aquel hombre muerto, cuyos ojos abiertos y fríos miraban hacia la nada.



Y enloquecida ante la horrible e inesperada aparición, huyó sin mirar hacia atrás.



¡Sus guantes quedaron allí!



Alguien que pasaba había oído los disparos y se lo notificó al primer agente de seguridad que llamó a su paso. El cadáver de George Allen fue descubierto, y al revisar sus ropas se halló su documentación y una tarjeta del hotel donde viviera últimamente. También encontraron los guantes de Kathleen.



Soy de Investigaciones. ¿Este hombre vivió alguna vez aquí?

Sí. Vive todavía. Primer piso, habitación treinta y dos.



Ha sido hallado muerto en una casucha de la ribera. ¿Qué sabe usted de sus amigos o enemigos? ¿Venía a visitarlo alguna mujer?



¿Mujer? Ayer vino una muy bonita. Entró y salió casi de inmediato.

¿No sabe nada de ella?

¡Nada! No puedo brindarle ninguna información.



¡Imagínese, que la vi apenas. Estaba leyendo algo muy interesante. ¿Qué puedo decirle?



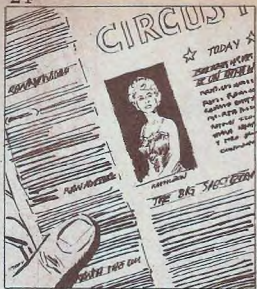
Era alta o baja, morena o rubia.

Yo estaba leyendo así, cuando ella pasó. Apenas si alcé la vista y en seguida volví a leer el partido de basket. Sabe cómo lo describe este periódico, ¿no?



¡Espere! O mucho me equivoco o esa mujer... ¡es ésta! Claro que es ella. La reconozco perfectamente.





La función del circo había terminado. Cuando Jimmy volvió a su camarín...

¿Cómo estás, Kathleen?

¡Mal... muy mal, Jimmy! Te he estado ocultando algo... y todo se ha complicado de tal manera, que...

Se echó a llorar desconsoladamente.

Jimmy tardó largo rato en hacerla calmar. Su palabra afectuosa, su cariño, lograron que su mujer contara aquella desdichada historia en que había participado.

¡Estoy asombrado, Kathleen! Pero, ¿por qué no me lo has contado todo desde el primer día?

Tenía miedo de que tú pensaras algo malo de mí... y que los diarios hablaran de ello, que nuestro circo fuera clausurado o algo por el estilo.

Has caído en manos de asesinos, Kathleen. Te has enredado con ellos por no confiar en mí.

¡No me asustes, Jimmy! ¿Qué haremos?

¡Ir de inmediato a la policía!

¡No se muevan!

Veo que se ha despachado a su gusto, que su marido lo sabe todo. ¡Mejor!

¿A qué ha venido?

Pensé que debía huir por cinco mil dólares... y que era una tontería no hacerlo por mucho más. Ya que estoy en el baile...

¡Pronto! La plata de toda la recaudación... y sus joyas, además. Pronto, debo alejarme en seguida.



No quedaba nadie en el circo. Ni espectadores ni compañeros de tareas.

En ese momento alguien golpeó sobre la puerta.

¡Abran, en nombre de la ley!



Me han descubierto.

¡Rápido! ¡Debe haber otra salida!



Yo lo guiaré.

Hágalo con todo tino, si no quiere morir.



Tú abre la puerta cuando sepas que ya estamos afuera. Danos tiempo a llegar hasta la puerta dorada de la izquierda, ¿entiendes? Cuando sepas que pasamos la puerta puedes dejar pasar a los policías.



¡No pretenderá engañarme! ¡Mire que lo mato sin asco!

Le prometo que le haré pasar la puerta dorada.



¡Abran o echamos la puerta abajo!



¡Vamos, vaya adelante y dése prisa!



La oscuridad era completa. Pisaron la arena del circo avanzando rápidamente.

¡No se aleje demasiado! ¡No alcanzo a distinguir nada!



¡Sí, está muy oscuro aquí. Además usted acaba de salir de un cuarto muy iluminado. Está deslumbrado.

¡No se aleje, le digo!



Se oyó un ruido metálico cuando Jimmy Regan abrió una puerta y pasó por ella.

¡Vamos, adelante, apúrese usted!



¿Adónde lleva esta puerta?

Oyó otro ruido metálico, esta vez más fuerte, cuando la puerta se cerró automáticamente detrás de él.



¿Dónde estamos? Conteste, si no quiere que dispare de inmediato.



Rugidos horribles le contestaron. Phil Dvorak sintió que las piernas le temblaban de pavor.

Hable, hable, si no quiere que ...



Sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad. Vio cuatro enormes cabezas melenudas que se hallaban a pocos pies de distancia de su persona.



¡Quiso retroceder y solamente encontró barrotes! Los rugidos recrudecieron, y en ese instante ...



¡... se hizo la luz!



¡Dispare usted, y los leones lo comerán vivo!

No, no.



Por el amor de Dios. Déjeme salir.

No es usted tan valiente como creía, ¿verdad? Creía que era un superhombre, ¿quizá?



Fue así como el asesino fue a parar a manos de la justicia.



Jimmy, vida mía!

¡No llores, Kathleen!
¡Ahora todo saldrá
a la luz!



Por haberlos ayudado a pescar a este
'señor criminal' creo que merezco
un poco de silencio acerca de los pa-
sos de mi esposa y los míos también
en este hecho.



Tienen que acompañarme. Hay muchas
cosas que aclarar.



Todo se aclaró satisfactoriamente. La bella
Kathleen Sinclair volvió al trapecio, a de-
leitar a sus admiradores.



Y la sangre fría de Jimmy Regan
siguió dando formas a un núme-
ro en verdad sensacional.



Y cuando el número de actuaciones en
Manhattan terminó...



Nos vendrá bien a los dos un paseo
por Europa.

¡Sí, amor mío! Nos
ayudará a olvidar esos
malos momentos que
hemos vivido.



Espero que no, mi querida.
Espero que te ayude a tran-
quilizarte totalmente, no
a olvidar.



¿Por qué dices eso, Jimmy?

Resultaría malo para ti
olvidar tu equivocación,
Kathleen.



Te equivocaste cuando creíste
que debías ocultarme la visita
y la proposición de George
Allen. Hubieras evitado todo
lo subsiguiente que, además,
pudo haber tenido consecuen-
cias desastrosas.



¡Todo por no confiarte en quien debías!
Mucha gente cae en manos de toda clase
de estafadores y criminales por no decir
una verdad salvadora.

No, si eso no lo voy
a olvidar, Jimmy
querido.



Ha sido una experiencia inolvidable.

Mejor así, querida.



No creas que, por ello, disfrutaremos
menos del viaje.



FIN

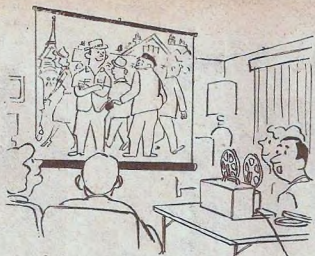
MOMENTO HUMORÍSTICO



- Personalmente, querida, lo escucho mejor al nene cuando estoy sentado afuera, en el parque.



- Como nos tenemos que levantar a las cuatro de la mañana, querida...



- Cuando revelamos la película, se aclaró ese asunto de si había perdido la billetera o no.



- ¿Cómo quieres que encuentre mis zapatos? Aún están donde los puse ayer.



- Acerca de mi complejo, doctor, ahí está la culpable.

LA HERMANITA MENOR

Por JOSEPHINE BERNARD

DIBUJOS DE TAGGINO

Intervale *Album 109 XV* - 9/1965

Chicho Manfredi entró en el despacho de Nina, enfundándose un costoso impermeable. Chicho Manfredi vestía bien, vivía bien, tenía un coche último modelo y unas oficinas muy bien instaladas.

Se largó a llover de nuevo.

Ya vi.

Volveré a eso de las cuatro.

Está bien, señor.

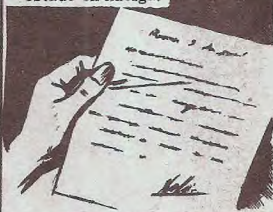
Cuando Chicho se marchó, Nina miró el reloj. Faltaban pocos minutos para las doce. Llamó a la pensión. Doña Gracia, la dueña, le dijo que había llegado carta de sus padres.

En dicha carta le anunciaban a Nina la próxima llegada a Roma de su hermanita menor.

La carta no tenía más fecha que la del encabezamiento, bastante atrasada por cierto; los carteros habían estado en huelga.

¿Por qué no la abre y me la lee?

¿Dice cuándo llegará?



A través del vaivén de su limpiaparabrisas, Chicho Manfredi alcanzó a ver el coche de su socio, Hugo Bianco, que iba en dirección contraria.

Volví, y allí estaba su socio, desenrollando unos grandes planos.

Yo lo dejaría sin embargo.

¿Se ha vuelto loco?

(Seguro que va a la oficina.)

¡Perfecto! ¡Perfecto!

Egidio Esteban/2019

Puede costarnos muchos años de cárcel.



De los dos socios, Hugo, el más joven, era también el más mesurado. A decir de Chicho, el más miedoso.

No les daremos tiempo a que nos echen el guante.



Le dijo que, cuanto habían hecho hasta entonces, sólo habían sido tanteos. Que cuando las cosas saben hacerse no hay peligro.



¿Acaso no hemos estado vendiendo ya terrenos que no existían?

Existir existen.

Pero no eran nuestros.



-El dueño no estaba en el país y no volverá en mucho tiempo.

Esto es todavía mucho mejor y de aquí a tres meses ya habremos volado con una fortuna.



Nina, que pidió canelones a la Rossini y flan, comió lentamente.



(Pensaba mandar unas cosas a mis padres. Aprovecharé para que Yoli las lleve cuando vuelva.)

Comenzó a recorrer tiendas. Se cargó de paquetes hasta donde el dinero se lo permitió y entró en un bar a tomar un café.



Nina se decía que era bueno disponer de dinero, pero su conciencia le reprochaba que el dinero no tuviese un origen muy honorable.



(Bueno eso de que ellos dos sean unos estafadores puede ser sólo idea mía.)

La conciencia le gritó entonces que sus sospechas eran demasiado bien fundadas.



(Puedo estar equivocada.)

Para cortar por lo sano con aquel diálogo se levantó y se fue a pie hasta la oficina de Manfredi y Bianco.



Chicho la oyó entrar pero no dejó su tarea. Luego oyó el timbre del teléfono. Le pareció a Chicho que su empleada se alegraba por algo que le dijeron.



La persona que hablaba era Yoli, la hermanita menor de Nina, que acababa de llegar.

Aparte de la carta, te mandé un telegrama.



No lo recibí. Lo que más siento es que justamente hoy, no fui a la pensión.



Dile a doña Gracia que te busque un taxi. Tengo muchas ganas de verte.



Diez minutos después entraba Yoli en la oficina de Manfredi y Bianco.

¡Qué bonita y qué elegante estás!



Hay que estar bien arreglada para atender a la clientela.

La recién llegada, luego de decir que aquello era de cine, agregó que percibía olor a pintura fresca y a comida.



La pintura es del departamento de al lado, que está vacío y lo están pintando. El olor a comida... no sé.

Me tranquiliza ver cómo estás. Papá y mamá temían que para girarles lo que les giras pasaras aprietos.



Me pagan bien.

¿Sabes qué quiere hacer papá con el dinero que envías y lo que ellos ahorran por su parte?



¿Qué quieren hacer?



Comprar terrenos de esos tan buenos y baratos que ustedes ofrecen.

Dice papá que son una verdadera ganga. Con decirte que me dio el dinero y todo para que diera la señal.



Quince minutos después, Chicho llamaba a la puerta del departamento de Hugo Bianco.



¡Taimada! ¡Hipócrita! ¡Está al tanto de todo!

Le refirió cómo Yotí había hablado de invertir dinero en alguno de los terrenos que ellos ofrecían.



Se puso histérica. Le dijo a la muchacha que no había más terrenos y que no se hablara más del asunto.



Poco menos que a empujones la sacó de la oficina y le dijo que volviera a la pensión.



Todo está bien claro, ¿no? Ahora falta saber qué se hace.



«Es decir yo sí lo sé.»

«¿Y qué se hace?»



Lo que se hace cuando hay un peligro. Se elimina.

¿Qué debo entender por "se elimina"?



Se elimina, creo que soy bien claro.

Pero es que...



Chicho Manfredi chilló:

¡Hay que elegir entre esa mosca muerta y nosotros!



Ya estaban lo bastante metidos en el barro como para no poder echarse atrás. La muchacha era un peligro.



Y no sólo a su hermana sino a otra mujer que entró le dijo que los terrenos ya estaban vendidos.



La conciencia se le despertó de golpe. Días más y nos denunciará.



Será fácil desprenderse de ella porque no sabe que yo estaba allí.



Salí por la puerta de servicio. Para ella, desde que salí, a las once y media, no he vuelto a pisar la oficina.



Chicho expuso su plan a Hugo. La tarde -según él- ayudaba. Se había largado a llover de nuevo a cántaros.



La visibilidad es mala y un coche puede patinar y llevarse a alguien por delante al cruzar una calle.

Me encargaré de mandarla con cualquier encargo a un barrio solitario. El resto lo dejo en sus manos.



- Hay docenas de accidentes a diario. Este sólo será uno más.

A las cuatro y algo, tal como lo prometiera de mañana, Chicho entró en sus oficinas por la puerta principal. Saludó con efusividad a Nina.



¿Alguna novedad?

Ninguna, señor.

¿Podrá hacerme un favor?



Los que guste, señor.

Dijo a la muchacha que esperaba a un cliente, lo que le impediría entregar documentos importantes en determinado lugar. No era un trabajo como para ella, pero...



No se preocupe, señor. Iré a entregar esos documentos.

Luego Chicho entró en su despacho, del que salió para decir a Nina que ninguno de los sobres tenía capacidad para contener aquellos documentos.



Bajaré a comprar uno.

Chicho aprovechó la ausencia de Nina para comunicarse con su socio por teléfono.



Dentro de quince minutos quiero tu coche cerca de la puerta.

Hay que saber qué vehículo toma para saber dónde hay que esperarla.



Nina subió con un par de sobres, que entregó a Chicho. Cuando éste calculó que Hugo estaría allí salió y entregó el sobre a Nina, pidiéndole que anotara la dirección.



Usted entenderá su letra mejor que la mía

En pago por este favor puede volver luego directamente a su casa.



¡Muchas gracias!

Estás equivocado. Yo fui la que bajé a comer al restaurante.



Pero el señor Manfredi me pidió que le subiera el almuerzo.

No voy a dejar los platos ahí desde el viernes.



Entonces le diré a mi hermanita que me espere.



Recién entonces le dijo a Chicho que su hermanita había llegado.

El señor Manfredi no estuvo en la oficina a mediodía.



¿No habrá sido ayer cuando le subiste el almuerzo?

El muchacho estaba seguro.

Para que vea que estoy bien seguro: el patrón pidió lo mismo que usted. Canelones a la Rosini. Sólo que él pidió doble ración.



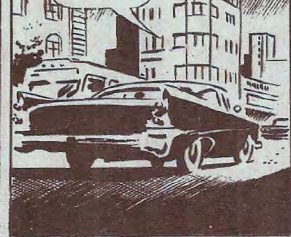
Tras hablar con su hermanita, Nina salió. Abajo encontró a Darío, el muchacho del restaurante.

¿Qué andas haciendo?



Vine a buscar los platos que dejé a mediodía en su oficina.

Ayer fue domingo, y como ustedes no abren los sábados, calcule.



Nina presintió que todo aquello entrañaba un peligro para ella. Suplicó a Darío que no subiera y dejara las cosas que estaban.



Entonces Nina se quedó pensando. Recordó que Yoli le había dicho que allí había olor a comida.



(Estuvo en la oficina a mediodía y cuando entró no dijo nada. ¿Por qué?)

"¿No habrá estado él allí, cuando Yoli llegó? ¿No habrá oído todo?" Lo que más la alarmaba era la actitud melosa que había adoptado Chicho. Miró el abultado sobre.

(Tengo ganas de ver qué hay aquí.)



Rasgó el sobre, puesto que podía reponerlo comprando otro igual. Del interior del sobre sólo salieron papeles en blanco.



¿Qué trampa era aquélla? Se dispuso a abandonar el edificio, cuando alcanzó a ver el coche del socio de Chicho Manfredi con su dueño al volante.

(¿Qué está haciendo ese hombre ahí?)



Minutos más tarde... aquello mismo se preguntó Chicho Manfredi. Nina, que se había refugiado en la escalera, entre la planta baja y el entrepiso oyó los pasos de Chicho cuando abandonó el ascensor.



Como en aquel momento arreciara la lluvia, Chicho le hizo una señal a su socio para que se acercara. Aquél bajó del coche, cruzó y se refugió junto a Chicho a la entrada de la casa.



Eso digo yo. Quedamos en que la seguiría.



Nina se lamentó de no haber salido antes. Entonces recordó algo. El departamento contiguo a las oficinas estaba deshabitado. Como lo estaban pintando, solían dejarlo entreabierto para que se aireara.



Subió por la escalera. La puerta del departamento estaba entreabierta, y la llave, puesta por fuera. Entró y cerró.



A poco notó que movían el picaporte, por fortuna infructuosamente, desde afuera. Luego, oyó la puerta de la oficina de sus patrones, pasos y unos golpecitos en la puerta de comunicación.



Nina no dio señales de vida, y Hugo Bianco insistió en que saliera, en que nada tenía que temer de él, que era su amigo y la ayudaría. Pero Nina no respondió.



Abajo, Chicho fumaba un cigarrillo tras otro. No quería subir, porque se conocía el genio y no quería escándalo. Pensaba que su socio, más joven y buen mozo, podría convencer más fácilmente a Nina.



Hugo llegó con malas noticias. O Nina no estaba o no quería escucharlo.



No se preocupe. Ya he pensado cómo hacerla salir.

Las ventanas de ese departamento dan a la calle. Imagine que ve no sólo a usted, y a mí sino su hermanita menor.



Deje su coche ahí; tome el mío y vaya a buscarla. Para también en la pensión.



Yoli aguardaba a Nina, cuando llegó a la pensión Hugo Bianco.



Vengo a buscarla. Su hermanita está en la oficina.

Yoli desconocía los temores de Nina y no tenía por qué desconfiar. Además Hugo le resultó muy agradable. Aceptó la invitación.



A través de los cristales contempló la ciudad, la gente.

Está dejando de llover. Dios quiera que tengamos buen tiempo.



Cuando el coche se detuvo, Yoli descendió para dirigirse al edificio donde estaban las oficinas. Pero Chicho se le acercó.



Mire hacia las ventanas del séptimo piso, señorita. Acabo de ver a su hermanita mirando hacia la calle desde allí.

Hágale señas para que la vea.



Nina, que no había dejado de mirar por la ventana, alcanzó a ver a Yoli. Sintió que se tambaleaba y tuvo que asirse a uno de los postigos.



A poco volvieron a golpear en la puerta de comunicación. Tras los golpes escuchó una voz. Ahora era la de Chicho Manfredi.



Salga. Necesito hablarle.

No le pasará nada. Jamás pensé en hacerle dano.



¿Por eso me mandó a no sé dónde, con un sobre que sólo contenía papeles en blanco, no?

Por fin da señales de vida. Ahora salga.

Quiero que sepa algo.

¿Que "imagina" cosas respecto de nosotros? Ya lo sé.

Todo eso que según usted yo "imagino" está escrito, guardado bajo sobre y el sobre depositado en lugar seguro.

Si nos sucede algo a mi hermana o a mí, ustedes dos lo pasarán muy mal.

Deje que mi hermanita vuelva con mis padres y entonces sí hablaremos, y le diré dónde está el sobre y hasta se lo daré.

Chicho no creía mucho en aquello pero tampoco horas antes hubiera creído que su empleada había sido capaz de descubrirlos.

Bueno. Trato hecho. La espero abajo.

No bien él dejó el ascensor en la planta baja, Nina apretó el botón y luego bajó, salió y cruzó a la acera de enfrente.

Por fin bajaste.

Tendrás que volver a casa, querida.

¿Por qué?
¿Pasa algo?

No. Nada. Sólo que...

Sólo que sus padres necesitan ese dinero que usted trajo para comprar esos terrenos.

Yoli exclamó con ingenuidad...

¿Es por eso entonces que no quisiste aceptar el dinero de la seña y dijiste que los terrenos estaban vendidos?

Sí. Fue por eso. Ven. Sube. Desde aquí te llevaremos directamente a la estación.

Tendremos que ir a buscar sus maléas.

Yoli estaba confundida y afligida. Nina le dijo que pronto volvería y le prometió que entonces se dedicaría a ella por entero.



Hugo subió junto con Yoli y, mientras aquella guardaba las pocas cosas que había desempacado, pidió que le permitiera hacer un llamado por teléfono.



Cuando bajaron, tanto Chicho como Nina estaban impacientes.



Vamos a la estación.



Hicieron el camino en silencio. Hugo atento al volante. Junto a él, Yoli. En el asiento de atrás Chicho Manfredi y Nina.

¿Realmente no sucede nada en casa, Nina?



Nada, querida. Tranquilízate.

¿Qué les digo de tu parte?



-Que estoy bien y que estén tranquilos.

Que su hermanita menor no corriera riesgo alguno. Luego de verla en el tren y de que aquél arrancara, que sucediera lo que Dios quisiera.



En la estación Hugo le dijo a su socio...



¿Por qué no saca el boleto mientras yo acompaño a las muchachas?



Chicho pensó que a su socio le estaba gustando demasiado la provincianita, pero no dijo nada, y se dirigió hacia una de las ventanillas. Entonces Hugo sintió sonarse la nariz.

En ese momento, de entre aquel gentío, surgieron cuatro hombres que rodearon a Chicho sujetándolo.



Chicho, confuso, pronto dejó de estarlo al volverse y mirar a su socio.



Te hundirás más bajo que yo y te pudrirás en la cárcel.



¡Me vendiste, imbécil...!

Yoli miraba y escuchaba sin entender.



Hugo le dijo a Nina.



Cuando hablé por teléfono desde la pensión fue para dar parte a la policía. El tenía los peores proyectos respecto de usted.

Desde el primer momento estuve con usted. Se lo dije, y no quiso creerme. Me gusta el dinero, venga como viniere, pero... asesinar. ¡jamás!



Luego Hugo, a quien Chicho cubría de denuestos, tuvo que acompañar a los policías.

¿Entiendes algo de esto, Nina?



Olvidalo.

Nina tomó cariñosamente a su hermanita menor.

Ya no tendrás que marcharte.



¡Oh, qué suerte! Pero...

Entiendo. Te hubiera gustado tener un cicerone como Hugo Bianco.



Espero que para tu próximo viaje ya esté en libertad. Después de todo, ha demostrado no ser un mal hombre. Y... el milagro lo hiciste tú.



¿El milagro?
¿Qué milagro?

El milagro de que ella, Nina, se salvara. Porque el peligro que hubiera corrido Nina una vez que Yoli se hubiera marchado de no haber dado parte Hugo a la policía, hubiera sido muy grave. Como quien dice, cuestión de vida o muerte. Más bien de muerte, que de vida. Abrazó de nuevo a Yoli, levantó sus maletas, le prometió que desde ese momento no la dejaría sola, mientras durase su estadía en Roma; y se prometió a sí misma no aceptar jamás un empleo antes de asegurarse sobre la solvencia moral de sus empleadores.



FIN

PÁGINA ALEGRE



- ¿Quieres decirme qué haces con el dinero que te ahorras en nafta desde que compraste este auto chico?



- ¡Cuidado, Pedro! ¡Se te cae el vino!



- ¿Por qué no tenemos nosotros una piel de oso como los demás?

¡GRATIS!

Recibirá las primeras lecciones. Señale el curso que le interesa. Enseñamos por CORREO desde 1915:

- CONTABILIDAD MODERNA (con Balance Mensual, Reditos e Inventario al día) para ser: Tenedor de Libros, Jefe de Contabilidad, Secretario, Empleado de Comercio o de Banco, Administrador, Gerente, Jefe de Ventas, Rematador o abrir una oficina para llevar contabilidades.
- IMPUESTO A LOS REDITOS, etc.
- DIBUJANTE
- MECANICO ELECTRICISTA DE AUTOS
- CONSTRUCTOR
- CORTADOR SASTRE
- CORTE Y CONFECCION Y ALTA COSTURA

Festejando nuestras BODAS DE ORO con cada curso valiosos y prácticos obsequios.

Envíe su nombre y dirección a:

ESCUELAS AMERICANAS

Av. Montes de Oca 636 Buenos Aires

Fundadores PATRICIO RYAN
Contador Público Nacional

Nombre
Calle y N°
Localidad(20)..... Prov.



- Quisiera felicitar al chef.

CRISTÓBAL MARÍA PAZ

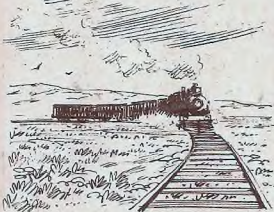
presenta sus historias de hombres y mujeres

LOS DUEÑOS DEL VIENTO

Dibujos de VOGT



El tren avanzaba cruzando una larga llanura solitaria. ¿Hacia dónde iba? ¿Hacia qué miedo distinto?, ¿hacia qué muerte nueva?



Pasó hambre y miseria y al fin se casó con un hombre bueno al que comprendía pero al que no amaba.



El otro se llamaba Fernando Lever y era el único hijo del hacendado más rico de los alrededores. Todo era de ellos. Todo llevaba su apellido.



El viento golpeaba constantemente los vidrios de las ventanillas. Marta Riglos estaba tratando de acostumbrarse otra vez al viento, a la aspereza del viento, al grito grosero del viento.



A los dos años de casada quedó viuda. Carlos, su esposo, era albañil y murió al caer de lo alto de un edificio en construcción. Ella refugió entonces toda su soledad en su pequeño hijo.



La usina, el cine, el almacén de ramos generales, les pertenecía. Hasta la plaza era un terreno que los abuelos de Fernando habían donado a la comuna.



Marta Riglos regresaba a su pueblo natal, del que un día, hacía ya diez años, partiera en busca de fortuna. La lucha de la ciudad había sido dura y violenta.



En su pueblo Marta había tenido festejantes. Uno era Gustavo, mecánico de automóviles, dueño de la única estación de servicio que había en aquella villa.



La gente vieja del lugar decía que los Lever eran también "los dueños del viento". Quizá, en realidad, era lo único que les faltaba comprar.

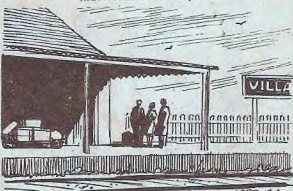


Egidio Esteban/2019

Fernando Lever era un muchacho extraño. Sumamente nervioso, siempre parecía triste y lejano. Su romance con Marta dio lugar a muchos comentarios por las diferencias sociales de los dos.



Marta necesitaba huir de la miseria en que siempre había vivido. Quería dejar atrás su soledad y su desesperación por el viento que la ahogaba, que le crispaba los nervios, que martirizaba su espíritu.



Se fue por el viento y se fue también porque tenía que romper con la murmuración de la gente sobre su romance con Fernando.



Marta deseaba que fuese Fernando quien la estuviera esperando, pero, al descender del tren en la solitaria estación, estaba esperándola Gustavo, con su rudeza de siempre, con su mirada penetrante y asustada.



Ni Gustavo ni Fernando habían comprendido la desesperación de Marta por dejar ese pueblo en donde todo estaba lleno de arena y de viento.



Recordaba la muerte de su padre y recordaba el viento de aquella noche. Recordaba la muerte de su madre y recordaba el viento de aquella mañana. Recordaba los días de su soledad y recordaba el viento de todas esas horas.



Se separaron como buenos amigos. Marta terminó por no decidirse por ninguno de los dos. No había habido un rechazo definitivo, por eso ahora regresaba con una esperanza: encontrar en Fernando o en Gustavo la felicidad que nunca había tenido.



El viento, siempre el viento, sólo el viento. El viento fuera y dentro de las casas. El viento en el almuerzo y en la cena; el viento en la vida y en la muerte de todos ellos.



Había telegrafiado a los dos. Si alguno era libre iría a esperarla y quizá aún fuese tiempo para volver a vivir.



Gustavo y el viento salían a recibirla, ese viento que como una selva cubría las casas y los hombres, deshacía los médanos y se metía en las venas.



¿Cómo te va?

Bien.

¿Pibe o piba?

Es un niño.

Gustavo y Marta recorrieron el pueblo. El viento y las arenas los acompañaban.

¿Qué ocurre? No hay nadie en la calle.

No, no hay nadie. No tiene nada de extraño. Es la hora de la siesta. ¿O ya te olvidaste que a esta hora no hay nadie por la calle?

Claro, sí, es la hora de la siesta, y hay mucho viento. Pero me llama la atención esta soledad demasiado quieta. Es como si se esperase algo, como si de pronto pudiese ocurrir una gran desgracia.

Gustavo y Marta llegaron a un bar que hacía las veces de hotel. El despacho de bebidas estaba tan desierto como el resto de las calles y de las casas.

Se sentaron a una mesa y conversaron. Gustavo trataba de explicar incoherentemente el motivo de esa soledad que los rodeaba. De repente le pidió que se casara con él. Marta se sintió sorprendida.

No sé qué decirte. Todo es tan de repente. Quiero quedarme un poco aquí y ver qué ocurre conmigo y con el viento, ver si lo soporto.

¡Fernando!

De pronto había llegado Fernando. Marta lo miró con los ojos llenos de luz. Había tardado, pero él también había accedido a su llamado.

No recibí ningún telegrama tuyo. Muchas veces quise averiguar tu paradero en la ciudad, pero me fue imposible.

Gustavo conocía mis datos. Me escribía cada tanto...

¿Tú por aquí, Marta?

Gustavo desvió los ojos. El se había ocupado de que Fernando no recibiera el telegrama de Marta.



Fernando le explicó entonces que desde hacía un tiempo había aparecido en los días en que soplaba un viento como el de esos momentos, un monstruo, un ser endemoniado, una bestia humana.



¿Por qué dejaste la guardia, Gustavo? ¿Para beber aguardiente, acaso?

¿Qué guardia? ¿Qué está ocurriendo en el pueblo?



Es un demente, a quien el viento excita y lo hace olvidar de todo y matar a quien se le cruce en el camino. Tenemos que saber de quién se trata.



¿Gustavo no te previno?

No, a mí no me dijo nada.



Gustavo apretó los labios con un gesto duro. Marta comenzaba a tener miedo. Pronto el terror y el espanto iban a hacerla ir en lo más profundo de su alma.



Se ha concentrado a todas las familias en el hospital, la escuela y el colegio. Somos diez los que vigilamos. El monstruo vive en el pueblo y va a tener que mostrarse. Todo consiste en esperar.



Transcurrieron varias horas. El amanecer temprano de esa estación se hizo presente. El viento cobraba intensidad. Marta se decidió a esperar el día siguiente ocupando una de las habitaciones altas del bar.



Gustavo y Fernando tuvieron que volver a cumplir con la ronda dispuesta para dar caza al asesino. Se escuchaban a lo lejos los silbidos de alerta.



De pronto se apagaron las luces. El viento había hecho caer una de las torres de la vieja usina.



Marta Riglos sintió entonces cómo el miedo comenzaba a dominarla. El viento, la arena; la selva de viento en donde no podía estar ausente la fiera carnívora.



Repentinamente escuchó unos disparos y después gritos fuertes, y una sombra extraña y encorvada cruzó la calle. Marta alcanzó a verla, ayudada por la escasa claridad de la noche.



De pronto escuchó que alguien subía la escalera y se detenía frente a la puerta. Afuera el viento seguía gritando, agitándose enfurecido.



¿Quién es? ¿Quién viene? (Sólo dos personas saben que yo estoy aquí, solamente lo saben Fernando y Gustavo, y ahora el monstruo...)



El desconocido trataba de abrir la puerta.



¡No me haga daño! ¡Váyase!

¡Váyase!



La puerta se abrió violentamente. Entre las sombras apareció un hombre.

¡No!



¡No le haga daño a mi hijo! ¡Váyase! ¡Por favor, váyase!



El desconocido avanzó torpemente. Marta Riglos sintió como si hubiera llegado su final. Sólo la Providencia podría salvarla.





Alguien había disparado desde las sombras. El asesino se había desplomado. El haz de luz de una linterna iluminó la habitación.



¡Fernando!

En el suelo, con la mano contraída sobre un revólver, estaba Fernando.



¿Cómo te encuentras?

Bien, ahora bien. Gracias por haber llegado a tiempo.

Mira, yo estoy herido. Fernando me sorprendió en la calle. Es el asesino que venimos buscando desde hace tiempo.



Por favor, ve a buscar ayuda. Ya no hay peligro para nadie. Terminó la cacería.

Había pasado la tormenta. Marta y su hijo consiguieron una buena casa para vivir. Todo recomenzaba. Había una buena posibilidad de ser feliz.



Gustavo la visitaba todos los días, y, mientras él estuvo internado en el hospital a causa de la herida que le causara Fernando, ella no se apartó de su lado.



Gustavo le explicó que siempre había evitado que Fernando se comunicara con ella e inclusive prefirió perderla antes que saberla casada con él, pues conocía la herencia trágica de "los dueños del viento". Varios de ellos habían muerto dementes.



Y pronto, a pesar del viento, Marta Riglos encontró la ansiada dicha al casarse con Gustavo. Los fantasmas quedaban atrás, en el olvido que trae la felicidad verdadera.

VOGR. 85

FIN

MOMENTO HUMORISTICO



- Algo anda mal. Las hormonas en lugar de hacer crecer al árbol hacen crecer a las lombrices.



- ¿Puedo preguntarles qué hacen ustedes en mi jardín?



La compañía de seguros le puso la alarma allí para mayor seguridad.

SEA UD. INGENIERO



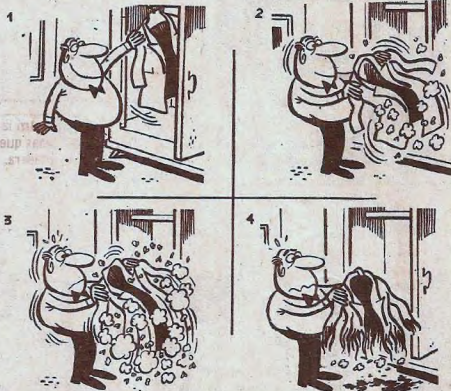
EN
RADIO
TELEVISION

ESTUDIO GRATUITO Y EMPLEO

A PERSONAS DE AMBOS SEXOS, DE TODO EL PAIS Y DEL EXTERIOR, APRENDIENDO EN SU DOMICILIO INSCRIPCIONES LIMITADAS

CURSOS DE DIFUSION TECNICA:
MATEMATICAS SUPERIORES PARA RADIO Y TV - TELEVISION - ACUMULADORES ELECTRICOS

Escriba, enviando sus datos personales, a
"UNITED TECHNICAL INSTITUTIONS"
SECCION ELECTRONICA
CASILLA DE CORREO Nº 1790
BUENOS AIRES



Dr. KILDARE

en: **EL CURANDERO**

Por **KEN BALD**

El coche patrullero número 34 acude a un llamado de emergencia.



Ese tipo comenzó a hacer destrozos sin motivo alguno, se lo juro.



¿Hospital Blair? Habla el sargento oficinista Kraus, de la comisaría 14. Aquí tenemos un caso de manicomio.

¡De repente, comenzó a destrozar mi restaurante! ¡Y no tenía ningún motivo!



Tranquilo, viejo... Ya todo ha pasado. Venga con nosotros.



Más tarde...

Se puso tan violento que tuvimos que sujetarlo a la fuerza, doctor.



Sky...ler...



Está tratando de decir algo.

Entró en mi restaurante tranquilamente, pidió su comida, y de repente... ¡Bam! Comenzó a saltar de un lado a otro, y a destrozar las cartillas del menú.



Cuando comenzó el bochinche, ¿tomaba sopa caliente su cliente?



¿Sopa caliente...? ¿Sí...? Hoy tenía-mos una auténtica cazuela de mariscos y pescados. ¿Cómo lo supo, doctor?



Aún no lo sé, por supuesto. Pero creo que el paciente sufre de lo que nosotros llamamos neuralgia trigeminal.



Es una afección muy dolorosa, que puede ser producida por numerosos factores... incluso sopa caliente.

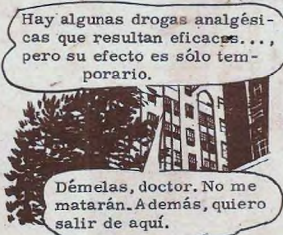
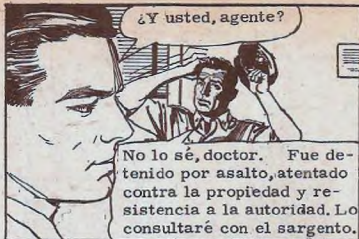


¡No me diga!

Vea, si ese tipo está enfermo de..., no sé cómo lo llaman ustedes..., no lo acusaré de nada. Que pague los daños y desistirá del juicio.



Egídio Esteban/2019



Tratamientos como las inyecciones de alcohol parecen producir sólo un alivio temporario. Por tanto..., sugerimos cirugía: cortar el quinto nervio facial.



¡Usted no me va a poner el cuchillo en la cara! Si- ga poniéndome esas inyecciones, y en poco tiempo estaré lo más bien y saldré de aquí.



Señor Tyler, ¿hay alguien en cuyo juicio usted confíe? Algún médico amigo..., algún médico de la familia...



Sí, pero gente como usted no querría saber nada de gente como él. Olvídelo, doctor... ¡y déjeme tranquilo!



Traté de que Tyler me hablara de su propio médico. Empezó a hablar, y luego se encerró en el mutismo. Francamente, no sé qué hacer, señor.

—¿No decías que Tyler mencionó cierto nombre mientras estaba desvanecido?



El nombre que Tyler mencionaba constantemente...

Sí..., pero, ¿cuál era ese nombre?



Sky... Sky... algo. ¡Creo que era Skyler! ¡Sí, ahora lo recuerdo!



Hay varios Skyler que son médicos. Pero, ¿cuál de ellos lo es de Tyler?



Los doctores Gillespie y Kildare continúan buscando infructuosamente en la guía telefónica al "Skyler" que mencionaba Ben Tyler.



Hay demasiados Skyler, Jim.

Un momento. Recuerdo que la enfermera me dijo que la ropa de Tyler tiene unos rótulos. Son de la sastrería. Investigaré.



¡Little Forks!



No. No hay ningún doctor Skyler en Little Forks. A lo mejor se mudó. O tal vez ya no practique la medicina. Espera. Ahora recuerdo algo.



—¡Claro! Es un lugar ideal para la pesca. Queda cerca de la frontera canadiense. Jim..., tienes por delante un largo fin de semana.

¿Un fin de semana?



—Mata dos pájaros de un tiro. Reúne tus elementos de pesca, vete a Little Forks, y mientras estés allí averigua sobre ese doctor Skyler.

¿Dónde está el doctor Kildare?

Va a tomarse una licencia algo prolongada. Creo que va de pesca.

¿Sabe adónde se ha ido?

Creo que a un lugar de la frontera. Little Forks, o algo así.

¡Little Forks!

Kildare llega a una fonda de Little Forks.

¿Hay alguien aquí?

En seguida estoy con usted. Tenemos aquí un caso de emergencia.

—¡Tiene que llamarlo! ¡El dolor me está matando!

Ya he mandado a buscarlo, Kate. Tal vez el doctor Stanley llegue antes que él.

Soy médico. Tal vez pueda ayudar.

Bueno..., no sé. Hemos hecho buscar al doctor Stanley, pero él ha salido a hacer una visita. Luego, Kate pidió que lo llamáramos a él..., de modo que lo hemos hecho llamar.

¿El? ¿Es el médico?

No. No es médico.

Extienda el brazo, por favor.

Deje el brazo expuesto al aire, sin vendas. Ya no sentirá dolor.

Gracias, Sky (*) Healer. ¿Cuánto le debo?

Con su gratificación basta. Adiós.

(*) Médico celestial.

La parte quemada ya no duele ni pica. ¡Oh, Sky Healer, qué bien me siento!

Le ha aplicado cierto ungüento. ¿Es médico ese hombre?

¡Ja, ja, ja! ¿El, médico?

¡Qué esperanza! Apenas es una combinación de baqueano y hechicero indio.

¿Podría indicarme dónde queda el consultorio del doctor Stanley?

Cómo no. La primera casa a su derecha, a dos cuadras de este hotel.



¿Qué lo trae tan lejos, doctor? Espere... ya sé. Gillespie lo convenció de que la pesca es magnífica en Little Forks.

En parte, doctor.



Skyler... Skyle... No, no creo que haya un médico de ese nombre en cien millas a la redonda, Kildare.

Entonces, nuestra coronada fracasó.



Es un impostor, un villano... ¡y la sola mención de su nombre me afecta la presión sanguínea... por no habla de mi adrenalina!

¡Oh... lo siento!



Sky Healer... Skyler... ¡Tienen que ser la misma persona!



¿Doctor Stanley?

A sus órdenes. ¿En qué puedo servirlo?



Tenemos un caso raro en el hospital. Un paciente, que sufre de neuralgia trigeminal, es de por aquí, según suponemos.

¿Suponen? ¿Es que ese paciente no sabe hablar?



Tal vez pase el fin de semana pescando. A todo esto, doctor... encontré a un personaje más bien raro en la fonda.

También yo. Tengo una opinión muy subjetiva sobre ese charlatán.



Joven, le aconsejo que se aleje de esa criatura. Lo contaminará con su sola presencia.



Soy el doctor James Kildare, residente del hospital Blair, y...

¡Uno de los muchachos de Gillespie! ¡Pase, hijo! ¿Cómo anda el viejo?



Sí. Pero no quiere hacerlo. Según parece, no confía en nosotros, y sólo le merece fe un tal doctor Skyler. ¿Lo conoce usted?

¿Skyler?



Una cocinera se chamuscó el brazo. Por lo visto no lo encontraron a usted, y entonces aparece por allí un hombre que aplica cierto ungüento maravilloso. Lo llaman Sky Healer. ¿Lo conoce usted?

¡Vaya si lo conozco!



Sky Healer... Skyler... ¿Podría haber una relación entre ambos?

Puede ser... si su paciente es un gánapiro supersticioso e ignorante.



- Lamento haberlo molestado, doctor Stanley.

Sí... me ha causado una molestia, sin duda.



Vea, no soy hombre de prejuicios, pero este farsante Sky Healer... Bueno, no es hombre de quedarse recluso en su cueva del monte.



Entorpece el legítimo ejercicio de la medicina, engañando a la gente simple. Confían más en su magia que en mi ciencia.

Doctor Stanley...



¿...ha curado Sky Healer?

¡Qué! ¿Qué ha dicho usted, joven? ¿Curado?



-Lo vi aplicar un ungüento a la quemadura de esa chica. Y el dolor cesó.



¡La chica estaba hipnotizada! Es igual que caminar sobre el fuego o dormir sobre un colchón de clavos. Pura teatralería y exhibicionismo.



No se meta con Sky Healer, doctor. No es un consejo amistoso. No lo conozco a usted lo suficiente. Es una cortesía de colega.



¿Usted, todo un médico, preguntándome si ese charlatán ha curado a alguien?



¿Quiere saber cómo llegar a Sky Healer? No lo sé, amigo. Soy sólo un empleado, no un baqueano.



Doctor Kildare, siga la calle principal, hasta que encuentre un camino de tierra. Tome el desvío de la izquierda durante unas dos millas, y luego siga a pie. Y no diga que yo se lo he dicho.



(Bien, aquí es donde debo comenzar a andar a pie.)



(La chica dijo que siguiera derecho. Pero no dijo hasta qué distancia.)



(No sé mucho... sobre víboras. Pero ésta... es muy venenosa.)



(Tengo que... chupar... la ponzoña. Y en seguida.)





No... puedo...



Kildare cae en un desvanecimiento. Su última borrosa visión es la de una cara asomada por entre la maleza.



¿Qué pasó? ¿Dónde... estoy...?

Fue mordido por una serpiente. Lo encontré y lo traje acá.

Fui mordido... y rápidamente me desvanecí, ¿eh? Hum... Aquí no duele.



Magia india, doctor Kildare. Entoné ciertos cantos de brujería, bailé una danza salvaje a su alrededor y ..., ¡izás!...



... quedó curado.

No habla en serio.

¿No es eso lo que le dijeron en el pueblo? ¿Que soy un curandero indio? ¿No lo convenció el doctor Stanley de que soy un charlatán peligroso?



Sabe que soy médico, y que visité al doctor Stanley. ¿Qué más sabe?

Que probablemente usted comparte la repugnancia de sus colegas hacia un chapucero médico como yo.

Se equivoca. Le guardo gratitud. Y escuche: creo que más me convendría quedar ahí afuera, que estar aquí sentado, más hambriento cada vez.



¿Cómo trató esa picadura de culebra?



Chupé el veneno y apliqué un ungüento. ¿Más café?

Me gustaría quedarme un tiempo. ¿No tiene inconveniente?

Casi nadie lo nota. ¿Piensa irse pronto?



¿Inconveniente? ¿Supone usted que un salvaje como yo tiene sentimientos?

¿Se lastimó el pie?

Nací con "pie lastimado", doctor. Talipes equinus, lo llamarían sus colegas. Mis detractores me llaman patituerto. Es observador usted.



Escuche, Sky Healer. Soy médico, pero eso no significa que no sienta gratitud hacia los descubrimientos médicos hechos por no profesionales.



Por ejemplo, un monje nos enseñó a usar el antimonio, un fraile a extraer cálculos, un cura a sanar los calofríos. Sus antepasados indios nos enseñaron el uso de la lobelia para aliviar los espasmos del asma.



¿Y las espantosas aventuras del doctor Stanley no lo aterrizan?

En absoluto.



Descubrieron que las hojas de tabaco pueden extraer el veneno de una herida. Conocían las propiedades de la corteza peruana..., ustedes la llaman quinina.



En la universidad del estado obtuve un grado académico en bacteriología. Quería ser médico, pero se me acabó el dinero.



Ellos creen en mi magia india y cuando nadie los mira, vienen a verme.



En otras palabras, quiero hablar con usted sobre medicina. Específicamente, la medicina que un paciente mío necesita de inmediato.



Usted es intrépido, doctor Kildare. Por aquí me conocen no sólo como Sky Healer, sino también como "el beso de la muerte".



Descubrieron el guayacol, la ipecuana..., todos ellos usados actualmente. ¿Salvajes, doctor Kildare, o abnegados artistas en busca de métodos para calmar el dolor?



Pero aunque hubiera conseguido graduarme como médico, igual me hubieran mirado como a un indio advenedizo. Por eso me hice baqueano.



Se avergüenzan de sí mismos, pero, cuando están realmente asustados, no temen ser ridiculizados por aceptar un poco de la brujería salvaje.



¿De modo que quiere hablarme como un profesional a otro? ¿Y tiene un paciente sobre el cual desea consultarme?



Exactamente.

Hace cuatro siglos Paracelso dijo que la medicina no es sólo una ciencia, sino también un arte. Mis antepasados practicaron ese arte.



Este pie está al pelo, Sky Healer. Ahora dígame... Usted no habla como un habitante de la selva. Ha citado a Paracelso, a Galeno...



Y aquí me tiene, convertido en el curandero del lugar. Me toman a risa, pero la gente civilizada es supersticiosa.



El paciente mío de quien le hablo, se llama Tyler. Sufre de neuralgia trigeminal. Eso es...

"Tic douloureux". Afecta al nervio trigeminal.



No tengo ninguna poción mágica contra esa neuralgia, doctor. Usted bien lo sabe.

Yo lo sé. Pero Tyler lo ignora.



¿No se va conmigo al hospital Blair? ¿Por qué?



-Francamente, no sé qué se le habrá ocurrido a Leonard Gillespie para pensar que un hombre como Sky Healer podría hacerle algún bien a su paciente...

Hola, Sky Healer. ¿Va a algún lado?



Sí. Con usted, doctor Kildare.

En efecto. Bien... mientras estaba semiinconsciente, Tyler pidió que lo llamara a usted.

Lo conozco. Crecimos juntos, y...



...no hay nada que pueda hacer por él.

Hay algo que puede hacer por él, Sky Healer.



No, no iré.



Vuélvase por la senda hasta donde dejó su automóvil. Y procure que no vuelva a morderlo una serpiente. Adiós.



¿Por qué tendría que ir? ¿Acaso hay alguien capaz de mover un dedo por ayudarme a mí? Usted sabe la respuesta.



...pero no me sorprende que Sky Healer haya rechazado su sugestión. El sabe que, una vez sometido a la prueba de la verdadera ciencia, estaría liquidado.



¿Qué le hizo cambiar de decisión, Sky Healer?

Nosotros los indios, desde épocas inmemoriales, hemos creído que el poder actúa en círculos.



Cuando constituíamos un pueblo dominante, nuestro poder provenía del sagrado círculo de la nación india.



Y su paciente Ben. Tyler es parte de ese círculo. La necesidad que él siente de mi ayuda es parte de un círculo de fe. Si él cree en mí..., entonces tal vez yo crea en mí mismo.



¿Nuestras manos..., nuestros corazones? ¿Quiere decir, doctor, que un pobre indio charlatán como yo puede ser de alguna utilidad para sus semejantes?

No lo dude, Sky Healer.



De modo que éste es Blair. Lo hace sentirse pequeño a uno..., como los árboles gigantes de mi selva me hacen sentirme insignificante.

Es sólo cemento y ladrillo, Sky Healer.



Bienvenido a Blair, Sky Healer. Ha sido muy amable al venir.



Los hombres..., hombres como usted y yo..., dan a esta estructura su función. Sin nuestras manos y nuestros corazones, todo esto sería inútil.



Recuerde, Sky Healer: Tyler espera milagros de usted. Podría reaccionar desfavorablemente cuando comprenda que usted no trae en su valija ningún elixir mágico para él.



Lo sabía, señor.



¡Sky Healer! ¡Viejo medicastro! ¿Cómo supiste que yo estaba aquí?

Hola, Ben.



No tengo nada que pueda curarte, Ben.

Dilo otra vez, Sky Healer.



¿Qué quieres decir? ¿No tienes nada que pueda calmarme este dolor atroz?



Tus amigos pensaron que yo podría prestarte alguna ayuda.

¡Claro que puedes! Sólo tienes que frotarme la cara con uno de esos menajes indios, y quedaré como nuevo.



Sufres de neuralgia trigeminal, Ben. Esa no es mi especialidad.



Soy bueno para mordeduras de víboras, o para quemaduras, o para arreglar huesos dislocados. Pero me temo que para esto que tú tienes no haya nada bueno en mi valijín.

-Déjate de bromas, Sky.



Tyler no puede creer que Sky Healer no tenga nada capaz de aliviar su torturante neuralgia.



¡Cúrame!

No tengo ningún elixir mágico, Ben. No hay brujería india capaz de curar tu dolor. Lo siento, amigo.





¿Qué supones que está tramando Sky Healer?



Ya me has oído, Ben: levántate de esa cama.

¿Qué piensas hacer, Sky Healer?



Averiguar si realmente eres hombre, Ben.



Ya lo averiguaste las veces que pulsamos. ¿O es que olvidas que nunca pudiste vencerme?



Te apuesto a que esta vez te gano, Ben. ¿Aceptas?

Ya lo creo. ¿Qué apostamos?



Si tú ganas, no hay operación. Y si yo gano, que ellos se encarguen de ti.

-Siempre has sentido orgullo de tu fuerza, Ben. Si sigues soportando esta enfermedad, la perderás. Ya la has perdido hasta cierto punto.

Soy más fuerte que un oso, y tú lo sabes. Toma esta mano, y comprueba cómo Ben Tyler sigue siendo el hombre más fuerte del condado de Skyoga.



Estás comenzando a aflojar, Sky Healer.



Creo que no oígo voces, Jim.



Tampoco yo. Sólo el sonido de...

Puede ser, Ben..., pero...



...sólo por un rato.



...una respiración penosa.



¿Qué diablos estarán haciendo?

¡Yo entro allí!



No. Tu amigo Sky Healer sabe lo que hace. Espérenos.



Tyler lucha heroicamente contra el agobiante dolor, pero...



Me has ganado, Sky Healer. Soy lo suficientemente hombre para reconocerlo.

No sigas hablando. Doctor Kildare!



Estás aflojando, Sky Healer. No ha llegado aún el día en que puedas ganarme.



No... has... ganado... todavía.

¡Caramba, eres más débil que un gatito recién nacido! ¡Te ha llegado la hora, Ben Tyler!



¿Cuándo piensan operarme esta cara de porquería?



De pronto, los agudos dolores de la neuralgia trigeminal atacan a Ben Tyler.



Ahora dime, ¿quién es el más fuerte de...? ¡Ben! ¿Qué te pasa?

El dolor, Sky Healer... El dolor me clava sus garras en la quijada... y en la cabeza... y en los ojos...



Hicimos una apuesta, y Ben la ha perdido.



No es magia india, señores. Sólo le aposté que le ganaría en una pulseada. Jamás había perdido frente a mí...



Y ahora, me voy a casa.

¡Tú no te vas de aquí! Te quedarás mientras me ponen el cuchillo, ¿entiendes?



-Sky Healer, quédate aquí conmigo mientras me operan, ¿quieres?

Es que no soy realmente médico, Ben. No puedo ayudarte...



...pero ahora está obligado a someterse a la operación. Lo vencí con la ayuda de un repentino ataque de neuralgia trigeminal.



Eso no importa, amigo. A ti te tengo una fe que no les tengo a ellos. No quisé ofenderlos, señores, pero... ¿qué dices, Sky Healer?



Si quieres que me quede... me quedaré, por supuesto, Ben



¡No soy para él simplemente un indio de los matorrales! ¡Soy un amigo!



Jamás soné con participar en ninguna operación. No me parece que sea muy importante para...



Usted es sumamente importante. Tiene la aprobación del enfermo.

...y de pronto, ¡la realidad!

(Pero... es demasiado tarde para todo... menos aceptar lo inevitable.)



-Su "talipes equinus". ¿Quiere que le corriamos el pie?

¿Qué ganaría con pensar en eso, doctor Gillespie?



Quiso que me quedara. No creí que... Es decir, no sabía que...



¿Adónde se va, Sky Healer?



Andaré por allí mientras lo operan a Ben. ¿Por qué?

Sky Healer, con el aliento contenido, observa fascinado la operación.



Ben se pondrá bien. Por tanto, ya no tengo por qué quedarme aquí.



Hay sobrados motivos para que se quede, joven.

¿Curarme el pie? No puedo permitirme ese lujo. Apenas soy un baqueano con habilidad para aplicarme remedios indios.



¿No sabía qué importante ser humano es usted, hijo mío?



Me preguntaba si no le gustaría "andar por ahí" en la sala de operaciones.



¿Quiere decir, mientras operan a Ben?

Sueños que creía olvidados acedían su mente...

(Pensar que yo podría haber estado haciendo esta operación...)



Es que ya no hay nada que pueda hacer por Tyler.

Cierto. Pero puede hacer mucho por Sky Healer.



Joven, la medicina es un trabajo de equipo. El mejor cirujano será impotente sin un buen anestesista, sin enfermeras y ayudantes, y sin...



...alguien que inspire confianza. Por eso lo necesitamos para curar a Ben Tyler. El hospital le debe, pues, algo. ¿Podríamos pagar esa deuda haciéndole una operación?



Así un pobre indio de la selva hace un importante descubrimiento: que hay gente decente en este sucio mundo.



Bien, ¿cómo se siente?

Asustado... y perplejo.



(No debo dejarme llevar por la creencia de que la operación será un éxito, igual que aprender a tocar el piano en diez lecciones.)



Toda mi vida me rebelé contra la gente egoísta y cruel. Entonces lo conozco a usted... y conozco al doctor Gillespie.



(Si me ilusionara y luego las cosas salieran mal quedaría más amargado que ahora.)



Todo ha terminado, Sky Healer. Y el doctor Bailey dice que ha sido un éxito completo. ¿Algún comentario?



Amén.

...pero lo hice con esfuerzo. Porque estaba tullido. Bien, ahora ya no soy un tullido. Soy un hombre entero... por primera vez en mi vida.



Bien..., ahora sí que vamos a darnos la gran vida, ¿eh? ¡Vamos, Sky Healer! ¿No estás contento?



No tema. Descargue todo el peso del cuerpo sobre ese pie, Sky Healer.

Esto me recuerda mi niñez, cuando Gacela de Verano... ésa era mi madre...



...me decía que no temiera..., que caminara. Y entonces caminé...



Me han operado del pie, Ben. Ahora camino bien..., aún sin el bastón:



¡Sky Healer! ¿Qué demonios haces vestido con esa ropa de enfermo?



Un penique por sus pensamientos, Sky Healer. Y, para un médico residente, eso es un derroche.



Estaba cavilando, doctor Kildare...

...sobre qué me parecerán ahora la selva..., mi pequeña choza..., el tipo de vida que he llevado hasta ahora.



¿Tiene que volver allá?

Es el único modo que tengo de ganarme unos míseros dólares. No, la gente como yo no tiene muchas oportunidades.



¿Adónde va?

Tranquilícese. Ya lo sabrá.



Hola, Sky Healer. Doctor Martin, éste es el joven de quien le hablé.



¿Le parece que podrá trabajar con un médico exigente y malhumorado como yo, joven?



¡Trabajar con...! Pero, ¿qué clase de trabajo, señor?

¿Yo... un científico? Yo... no sé qué puedo hacer, doctor.



Bueno, usted dijo que dudaba un tanto sobre la conveniencia de regresar a la selva, ¿verdad?

Mis colegas me dicen que usted conoce los procedimientos curativos indígenas.



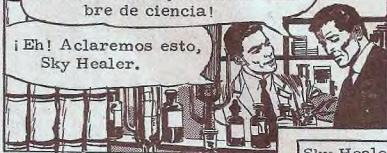
-Ya lo averiguaremos. Mientras tanto, ponga en condiciones ese pie. Para trabajar conmigo, necesitará toda la fuerza de sus piernas.

Estoy haciendo investigaciones sobre ese tema, y necesito toda la ayuda que pueda obtener. ¿Le gustaría trabajar conmigo, hijo?



Es como un sueño. Un sueño que jamás me atreví a acariciar. ¡Trabajar con un hombre de ciencia!

¡Eh! Aclaremos esto, Sky Healer.



Nosotros lo estamos explotando a usted. Usted tiene conocimientos que son necesarios para la ciencia médica, y nosotros le vamos a quitar hasta el último gramo de ese conocimiento.



Daré todo lo que pueda... con todo mi corazón.



Sky Healer da sus primeros pasos en un mundo extraño para él.



Su actitud es una confusa mezcla de sobrecogimiento y excitación ante el reto que le ofrece su nueva carrera.



(¿Qué estoy haciendo aquí? He sido un tonto al pensar que soy algo más que un salvaje semignorante de las selvas.)



Es un poco temprano para la pausa del café, ¿verdad, Sky Healer?



No. Es un poco tarde para emprender una nueva vida, doctor Kildare.

Yo me largo, mi amigo.



¿De vuelta a los pinos susurrantes, al murmullo de los abetos, a su tranquila choza, donde no tendrá que pensar en el trabajo, a cavilar y a sentir lástima de sí mismo?

No tiene derecho a acusarme por huir.



No, no tengo derecho a acusarlo de nada, Sky Healer, pero... tengo derecho a tener mis propios sentimientos. ¿Sabe cuáles son? Desilusión..., no tanto de usted como de mí mismo.

Usted es demasiado sutil para mí, doctor.



¿Lo soy?

¡Un minuto, doctor Kildare!

Larguémonos, Sky Healer. Volvémonos a nuestra selva, viejo indio cachafaz.



Quítate ese camión y haz tu valija, viejo. Hay un ómnibus que nos lleva a Little Forks en media hora.



Vete sin mí, Ben.

...pero no quisiera desilusionar a un amigo. Según parece, él cree...



...que temo afrontar los hechos de la vida. Y así es, Ben. Temmo. Por eso me quedo aquí en Blair.

¡Sky Healer! Jamás pude entenderle..., y menos ahora.



Bien, ¿cómo sigue nuestro nuevo ayudante de laboratorio, Kildare?



Se ha lanzado a la investigación como el pato al agua.

No exactamente como el pato al agua, señor, pero está aprendiendo... y aprendiendo rápidamente.



Es un extracto de rauwolfia serpentina, doctor Martin. Me gustaría enseñarle los efectos que produce en la locomoción.



FIN

LA SEÑORA VERÓNICA

POR ANDRÉ THEURIET

ADAPTACIÓN

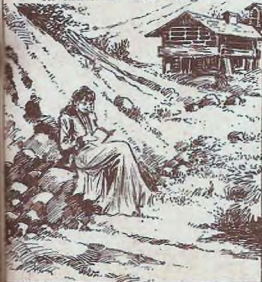
DIBUJOS DE DAVID COOPER

Intervalo Álbum 109 - XV - 9/1965



Los bosques y la campiña de Argonne, extendidos entre las mesetas del Verdunois y las montañas de Champagne, constituyen una de las más bellas y pintorescas regiones de Francia. Una tarde de cierta primavera, cuando el color de las flores...

...matizaba ya la verde extensión, una joven había ido a sentarse a lo hondo de una barranca que desemboca de pronto frente a la aldea de San Gengoult.



Tal barranca es conocida en el país con el nombre de "Cima de las Siete Fuentes", y el manantial que la riega está dotado, según la superstición de los lugareños, de virtudes milagrosas: cura las penas de amor y corta las fiebres intermitentes.

La joven era menuda pálida y morena, y no parecía tener más de veinte años. Un velo de encaje ponía un marco delicado al óvalo de su rostro, y completaba su sencillo y sobrio atavío.





Sus ojos verdes, profundos y húmedos, conferían a su rostro una enigmática atracción. Es que, además, aquella joven que leía, al atardecer, en aquel poético paisaje, parecía envuelta en una aureola de misterio.

Esto, por lo menos, fue lo que pensó un joven cazador que, con la escopeta al hombro, se había detenido en la cresta de la barranca, oculto por unas plantas, y examinaba con creciente interés a la joven del velo.

(No la conozco... Debe de ser alguna señorita de San Gengoult.)



Para verla mejor, apartó las ramas y se acercó. Las hojas secas crujieron bajo sus pies, y la joven, volviendo sorprendida la cabeza, vio que no estaba soja.



Entonces se levantó, cerró el libro y, lentamente, sin afectar que precipitaba la marcha, se alejó en dirección a la aldea.



El cazador, en pie sobre la pendiente de la barranca, siguió con la mirada a la desconocida hasta que salió del bosque. Pasó al lado de una vieja que se ocupaba en cortar ramas. La vieja se estremeció de miedo, al reconocer al cazador, y sobre todo al ver la preocupada expresión de su rostro.

¡Jesús, señor La Faucherie! Por favor, no avise usted al guarda que... No temas y corta toda la leña que quieras... Pero has de decirme antes quién es esa dama que estaba aquí.



Es de San Gengoult... Y lo único que sé es que se llama Verónica.



Defraudado por la pobreza de estos informes, Gerardo La Faucherie dejó a la vieja y tomó el camino de San Gengoult. Marchaba a buen paso, procurando descubrir a la desconocida. Cuando volvió a verla, ella empezaba a bajar por un sendero que desembocaba en la calle principal de la aldea.



Llegaron al fin a la Plaza Verde. La joven se internó por entre una plantación de tilos hasta llegar a una casa vieja, con tejado de pizarra, que era una de las más suntuosas del barrio. Gerardo reconoció en seguida la morada del señor Obligitte, un rico comerciante en maderas.



(Ahí vive, por lo visto.)

La puerta se cerró tras ella. Y La Faucherie permaneció unos minutos detenido, dominado por una extraña sensación, como si aún no se hubiese desvanecido en sus ojos la imagen de la hermosa mujer que acababa de desaparecer.



Luego, el joven cazador volvióse y rehizo el camino que acababa de andar.



(Es hermosa... Algo así como la encarnación de la mujer con que sueño desde hace tiempo...)

Gerardo La Faucherie vivía en el Doyenne, a unas dos leguas de San Gengoult, y era ya de noche cuando llegó a su casa, donde su madre lo esperaba con impaciencia.

¡Qué tarde vienes, hijo! No he querido sentarme a la mesa sin ti...



La señora de La Faucherie era viuda, y Gerardo era su único hijo. Lo había tenido diez años antes de la muerte del coronel La Faucherie. Lo amaba con una ternura apasionada, exclusiva, y jamás quiso separarse de él. Por esta causa, no influyó para que su hijo...



...marchase a París a seguir la carrera del padre (como le aconsejaron los parientes) ni otra, y aprobó que Gerardo se quedara en la propiedad de Argonne, ocupado en administrar los bienes de la familia. La viuda del coronel solía decir a sus amigas, haciendo alusión a su hijo:

Vivo en el Doyenne, porque soy dueña del tesoro que podría arrebatarme París...



Y fue en el Doyenne, el delicioso valle de los bosques y la campiña de Argonne, donde el alma de Gerardo se abrió a la vida, teniendo por única maestra y guía a su madre, y a la naturaleza bella, silenciosa y fecunda por ejemplar preceptora y modeladora de su carácter sincero y, a la vez, ardiente y reposado.



La madre quiso hacer de él un hombre según su sentir materno: generoso sin debilidad, viril sin violencias ni groserías. Así, bajo el cuidado del amor más ferviente y divino que existe, Gerardo creció sano de cuerpo y alma. En su ser y carácter tenía mucho de la verde selva...



...que lo circundaba, y un no sé qué de soñador y novelasco en el corazón. Su madre estaba orgullosa del hijo y, llegado a los veintinueve años, es decir la mayoría de edad, su preocupación principal era casarlo con una señorita digna de él. Esto de "digna de él" nunca había tenido...



...en la conciencia de la señora de La Faucherie más que una significación moral, pues sus ideas modernas la aligeraban de otros prejuicios con respecto a la fortuna o a la posición social de la novia. Lo que la madre anhelaba era que su hijo amase a la...

La novia no había aparecido aún, y en tanto, la juventud de Gerardo, estando en medio de su educación excepcional, trajo como consecuencia sordas y vagas agitaciones, cavilaciones, tristezas inexplicables.



...esposa con quien formase un hogar, y le diesen hermosos nietos, en medio de los cuales se veía ya, de tanto soñarlo, la generosa señora.





La imagen del eterno femenino comenzaba a ocupar el pensamiento de Gerardo, lanzando flechas a su ardoroso corazón. Y el fantasma del amor empezó a perseguirlo en sus lecturas, en sus correrías de cazador, en sus sueños y vigiliat. Había llegado a concebir su enardecida fantasía que...



Y he ahí que en ese atardecer, al subir la barranca de la "Cima de las Siete Fuentes", había surgido ante él Verónica.

(Volveré mañana a ver si la encuentro allí de nuevo...)

...en una de las tantas andanzas, la mujer de sus sueños surgiría del bosque como las náyades de los mitos surgen de las fuentes.



Dos años hacía que la madre planeaba casar a su hijo. Había confiado su proyecto a un antiguo vecino, el señor Vendières. Este, que era ya viejo, sonrió, y ambos pasaron revista a los buenos partidos de la comarca. Entre tres o cuatro señoritas casaderas, el señor...



...Vendières nombró a la hija de un rico comerciante en maderas, el señor Obligitte, al que ya hicimos referencia.

Adelina Obligitte es bonita, y posee fortuna más sólida que las demás, aunque no sea tan aristocrática.



Lo de la fortuna y la aristocracia me importan menos que la honestidad y las cualidades de carácter, puesto que mi hijo heredará un cuantioso patrimonio y no necesitará que su mujer lo tenga.



Los informes del vecino acerca de lo que interesaba a la señora de La Faucherie fueron escasos, y ésta quedó en informarse mejor, a fin de dar los pasos que llevarían a su hijo al matrimonio con la señorita Obligitte, o buscar otra novia en caso de que ésta no reuniese las condiciones deseadas.



Después de un viaje a San Gengoult, la señora de La Faucherie se sintió satisfecha de emparentar con la familia Obligitte. Si bien no había obtenido acerca de Adelina más informes de los que poseía, había conocido personalmente al señor Pedro Obligitte, hombre honrado a carta cabal, que había amasado su fortuna con grandes sacrificios.

"La hija ha de ser digna de tal padre", se dijo la señora de La Faucherie. Esperaba que se presentase una ocasión propicia para hablar a su hijo respecto a sus planes, y he ahí que, una noche, se sorprendió cuando Gerardo le preguntó, a boca de jarro: Madre, ¿conoce usted a los señores Obligitte, de San Gengoulit?



¿Por qué me lo preguntan? Quizá has conocido a la señorita Obligitte y...



Gerardo se sonrojó. Iba a contestar que sí, imaginando que la hermosa joven que había seguido era la "señorita Obligitte"; pero no se atrevió a contar a su madre la "aventura" de esa tarde. Sin que pudiese explicárselo, el joven La Faucherie estaba dominado por un extraño pudor, que le impedía ser confidente hasta con aquella a quien jamás nada ocultaba.

No tengo idea de cómo es la señorita Obligitte, aunque me gustaría conocerla. He oído que es hermosa, seria y muy culta.



Gerardo dijo esto teniendo presente la figura de la joven que encontró esa tarde en la "Cima de las Siete Fuentes" y lo que dedujo acerca de su carácter cuando ella se alejó, al verse sorprendida mientras leía. La madre, en cambio, interpretó que la Providencia ayudaba sus proyectos, y decidió ayudar también ella a la Providencia.

Por cierto, Gerardo, es tiempo de que vayas pensando en buscar una novia... y en casarte. Te invito a que reflexiones sobre esto, y a que conversemos acerca de lo que decidas.

Lo haré, mamá...



Y no se añadieron más palabras al diálogo. Gerardo se fue a su cuarto, y la madre quedó pensativa.

(No es casual esa mención que Gerardo hizo de los señores Obligitte... ¿Qué le habrán dicho acerca de esa muchacha para que Gerardo esté tan interesado?... Lo he leído en sus ojos, en su voz.)



Esta madre, después de haber consagrado a su hijo los mejores años de su segunda juventud y de haberle prodigado todas las ternuras de su corazón, quería aún ofrecer a su hijo la dicha en el amor de otra mujer, creyendo que nadie sabría elegir a ésta mejor que ella, ni siquiera Gerardo.



"Mañana mismo diré a Vendières que me presente a la señora de Obligitte, a quien sondearé con respecto a mi proyecto de boda!... Doy por descartado que lo aprobará, puesto que no hay en esta comarca otro partido como mi hijo", se dijo.



En tanto la madre se ocupaba en esto, secretamente, Gerardo salía de caza más a menudo que de costumbre. Cien veces volvió a la "Cima de las Siete Fuentes" con la esperanza de encontrar por segunda vez allí a la prestante señorita Obligitte, pero regresó desengañado.



"Es indudable que yo no le he interesado a ella, como ella me interesó a mí... Más aún: pienso que no ha vuelto a leer a aquel sitio temiendo encontrarse conmigo", pensaba

Y al imaginar esto, una ráfaga de amor propio, de despecho, se abrió paso en el corazón de Gerardo. Y su orgullo de hombre y de La Faucherie se sentía espoleado.

(Por más que me rehuya, se encontrará frente a mí... Me presentaré en su casa, con el pretexto de tratar con el padre cualquier asunto comercial, y pediré a éste que me haga conocer a su hija.)



Pero no tuvo necesidad Gerardo de apelar a este recurso para encontrarse frente a la señorita Obligitte. No había vuelto a hablar una palabra de ella con su madre, cuando ésta, una tarde, después de volver de Gengoulit...

Voy a darte una noticia que te agradará, Gerardo: hoy he conocido a los Obligitte. Estuve en casa de ellos con nuestro vecino Vendières.



La sorpresa impidió hablar al joven. La situación parecía haber tomado, inesperadamente, la forma de sus deseos. La madre prosiguió: —Es una familia excelente, rica, distinguida. Han educado a la hija en uno de los mejores colegios de la ciudad.

Le gusta leer... y es algo vanidosa, ¿verdad?

La señorita Obligitte es encantadora, hijo... Sus padres y ella han insistido en que te lleve a su casa... ¿Quieres visitarlos?

Gerardo dijo que sí de una manera tan precipitada y vehemente, que la madre volvió a imaginar que la Providencia seguía mediando en su favor.

Pues bueno, hijo: estamos invitados para ir a almorzar con ellos el próximo domingo... Dando por descontado que querías, acepté.

El domingo, la morada de los Obligitte tomó un aspecto que no era el habitual. Sus dueños, enterados a fondo por Vendières (que era de esos amigos fieles a ambas partes) del proyecto que rumiaba la viuda de La Faucherie, no cabían en sí de alegría y...

...se esforzaron para que los visitantes quedaran ampliamente satisfechos y agradecidos. No obstante esto, los esposos Obligitte decidieron no enterar a la hija de los proyectos que, más allá de las candelijas, digamos, acariciaban ellos y la señora de La Faucherie.

Veamos antes qué impresión causa a nuestra hija el tal Gerardo...

Tampoco la señora de La Faucherie confesó a su hijo el proyecto que llevaba entre manos. Y sin embargo, al descender del coche ante la casa de Obligitte, en el corazón de Gerardo se agitaba la misma ilusión que en el corazón de la madre con respecto a la única hija de los que pronto se contarían entre sus amistades y, quizá, entre los parientes más allegados.

(No veo el instante de estrechar su mano, de hablar con ella... Le preguntaré por qué huyó de mí el otro día, como si fuese un bandido del bosque.)

Los señores Obligitte salieron a la escalinata para recibirlos, seguidos por una joven rubia, alta y bastante guapa, pero que no era aquella a quien Gerardo había seguido, y a la que presentaron...

Nuestra hija Adelina...; el señor La Faucherie...

Encantado de conocerla, señorita... ¡(Santo Dios, qué confusión he padecido yo entonces!)

No acertaba a explicarse el "fraude" que había hecho a su propio corazón. Pensó que, quizá, la joven que él siguió había entrado en la casa contigua a la de los señores Obligitte.

(Si se me hubiese dicho que la hija de los señores Obligitte se llama Adelina, mi engaño se habría disipado antes de llegar a una situación ridícula... Porque la que yo seguí, según la vieja que me informó, se llamaba Verónica.)

Y Gerardo sintió de pronto impulsos de marcharse con un pretexto cualquiera. Nada tenía que hacer ya allí. La "verdadera" señorita Obligitte le resultaba una rubia insulsa, frívola y presuntuosa. Pero su buena educación y el respeto que debía a su madre frenaron sus impulsos, y se adaptó a la situación en que se hallaba, tratando de ser cortés.

¿Quiere venir conmigo a la biblioteca, señor La Faucherie? Pediré a mi prima que toque el piano.

¿Su prima?

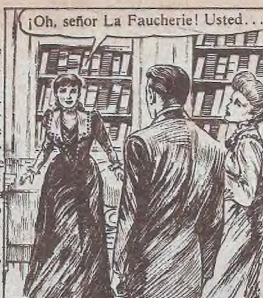
Es claro que usted nos visita por primera vez y no conoce a Verónica... Voy a presentársela.

El enigma comenzaba a aclararse. Verónica era una sobrina de los Obligitte que vivía con ellos. Gerardo, atolondrado por la sorpresa...

Conozco a su prima. Nos encontramos, hace algún tiempo, en las afueras de Gengoul.

¡Qué extraño! Verónica no me habló nunca de tal encuentro...

La Faucherie se dijo que acababa de cometer una indiscreción, pues la verdad era que no tenía derecho a decir que conocía a Verónica, ya que en aquella ocasión la había observado oculto entre unas plantas y, apenas se dejó ver, ella se había marchado. Sin embargo, no bien entraron en la biblioteca, Verónica se adelantó hacia Gerardo, impulsivamente...



¡Oh, señor La Faucherie! Usted...

Ante esta salida inesperada, Gerardo se colocó en el plano de la verdad, inquietando amablemente: — Si sabe usted quién soy, ¿por qué huyó de mí, cuando nos encontramos en el bosque, como una gacela?

Las gacelas temen a los cazadores, y usted se me apareció con la escopeta en la mano... No crea esto; se trata de una broma con que correspondo a su atrevimiento del otro día. Noté que...



...“subió la barranca, y aguardaba que, al verme concentrada en la lectura, se marchara sin interrumpirme.”

¿La interrumpí yo, acaso?

Hizo peor, porque se escondió entre un matorral y permaneció allí espíandome de manera bastante sospechosa.



La Faucherie enrojeció hasta las orejas. A fin de salvar la situación, trató de dar al asunto un giro risueño: — Espiaba para convencerme de si era usted una mujer de carne y hueso o una ninfa o diosa surgida de las Siete Fuentes, que son milagrosas, como habrá oído.



Además, tenía curiosidad por ver qué leía... ¿Era esa una novela pastoril?

No leo esas cosas. Entonces estaba terminando *Romeo y Julieta*... Ahora, en cambio, me consuelo con *Lucía de Lammermoor*.

¿Por qué ha dicho “me consuelo”?



La joven calló un momento. Luego dijo: — No puedo explicárselo sin que conozca usted la historia de mi vida... cuya desdicha es mayor que la de esas dos heroínas. Pues ellas, aunque se hundieron en la muerte, la buscaron impulsadas por un amor más fuerte que la muerte, precisamente para unirse al hombre que amaban. En cambio, yo...



¡Oh, perdón! No sé por qué le estoy hablando a usted de estas cosas... Quería decirle que al día siguiente, por la mañana, volví a la “Cima de las Siete Fuentes”. Encontré allí a una vieja, con la que he conversado varias veces, y...

...“ella me informó quién era usted.”

Si hubiese ido, también por la tarde, me hubiese encontrado allí esperándola pacientemente, señorita.

En primer lugar, debo aclararle que yo no deseaba, de ninguna manera, encontrarlo a usted; y, en segundo lugar, tengo que aclararle que no soy señorita, sino señora.



Al tomar este giro el diálogo, Adelina Obligitte pareció molestarse, e intercedió para decir: — Mi prima está con nosotros desde que... perdió a su marido. — ¿Viuda?

Bueno, la verdad es que...

Sí, mi prima es viuda...



En ese momento aparecieron los señores Obligitte con la señora de La Faucherie, a quien presentaron a Verónica, pues ésta no estaba en casa en la primera visita de la madre de Gerardo.

Me han dicho que toca maravillosamente el piano, señora Verónica. ¿Nos dará el placer de hacernos escuchar algo?

Con mucho gusto, señora.



Y ejecutó magistralmente algunos vales de Chopin.

Luego...



Ahora, mi hijo les hará oír algo popular... Adora la música, y créame ustedes que no ha tenido más profesora que su madre, que le enseñó bien poco... Pero él tiene facilidad y ha hecho prodigios.

La señora de La Faucherie hablaba de su hijo como lo haría cualquier madre que está orgullosa del suyo; pero no advirtió que con ello impulsaba a Gerardo, no hacia Adelina Obligitte, sino hacia Verónica. Por lo demás, la inclinación que el joven La Faucherie sentía por ésta desde el encuentro descrito, no...



...necesitaba ya de ese "impulso" materno para ser definitiva y tomar la forma de un amor profundo y avasallador.

(Amo a Verónica... ¡Sí, no cabe duda de que es a ella a quien amo!)



No obstante, se cuidó muy bien de confesar esto a su madre. Verónica vivía con sus tíos desde hacía un año, y su permanencia allí, así como ciertos viajes misteriosos, habían excitado vivamente la curiosidad de los habitantes de San Gengoult.



Nadie sabía nada exacto acerca de ella, y la familia Obligitte guardaba sobre este punto la más absoluta reserva. Todo lo que se pudo averiguar se redujo a esto: Verónica era verdaderamente sobrina del comerciante en maderas; se había casado en Alsacia y, luego de un matrimonio que tuvo altibajos, había enviudado. Al término de...

...su luto, se instaló con sus tíos. Estos la querían sinceramente; pero la señora Verónica no gozaba de mucha simpatía en el vecindario, por su actitud reservada y sus gustos serios.



A dos o tres que intentaron cortejarla, los alejó enérgicamente; ello sirvió para que los demás la dejaran tranquila, que era lo que Verónica deseaba. A pesar de no contar más que veinte años, su carácter tenía el aplomo de una mujer de treinta. Y tal carácter, unido...

...a una inteligencia despierta y a una sólida cultura, ponía a la forastera por encima de cualquiera de los mozos de San Gengoult. Sólo Gerardo estaba a su altura, espiritualmente, y esto se vio sobre todo en cuanto el joven dio en visitar asiduamente la casa de los Obligitte.



Esas visitas eran dedicadas, aparentemente (y esto llenaba de contento a la señora de La Faucherie y a los señores Obligitte), a Adelina, que era quien, en su calidad de dueña de casa, invitaba a Gerardo y salía la primera a recibirlo.



Pero, una vez adentro, pasaba las veladas con las dos jóvenes. Adelina, que había sido impuesta por sus padres acerca del proyecto de matrimonio, toleraba la compañía de Verónica porque, en verdad, en ningún momento se sintió enamorada de Gerardo, aunque no dejó de atraerla, y...



...encontraba así un modo de no aburrirse. "Si me caso con él — se decía —, será por no contrariar a mamá y a papá, que quieren asegurar mi porvenir económico y social, pero no por amor". Y no podía, amar a Gerardo, porque era muy distinta de él, tan distinta como lo era de su prima, con quien no tenía la menor afinidad de alma.



Al volver a el Doyenne, por las noches, Gerardo se mostraba alegre, optimista, feliz. "Esto marcha viento en popa", se decía la madre, imaginando que la causa del ánimo de su hijo era la señorita Obligitte.

Ocurrió que en una de las visitas que Gerardo hizo a casa de los Obligitte, éstos habían ido hasta la ciudad próxima, con Adelina. Y, una vez introducido por la criada, se encontró a solas con Verónica. Esta recibió cordialmente al joven, pero dio muestras de una injustificada nerviosidad. De pronto...

Viniendo usted aquí por Adelina, esta visita carece de objeto...

¿Quién le ha dicho que yo vengo aquí por su prima?



Verónica respondió con naturalidad: — Mis tíos. Bien sabe que ellos y su señora madre han convenido la boda de usted con Adelina... Gerardo se asombró de tal modo, que Verónica pensó que simulaba.

Vamos... ¡Tarde se hace el desentendido, señor La Faucherie!



Le juro que no tenía la menor idea de esa confabulación, y le juro, también, que si vengo asiduamente a esta casa, no es por Adelina, sino... ¡por usted!

¿Por mí?... ¡No, por mí no tiene que venir!



Gerardo la tomó de los brazos y la atrajo hacia él, diciéndole: — ¡Es que te amo, Verónica! ¡A ti es a quien amo! ¡Por ti es por quien he venido y por quien seguiré viniendo! ¡Ninguna otra mujer del mundo me interesa!

Verónica se zafó de las manos que la aprisionaban. Había estado a punto de ceder, vencida por una pasión nacida en su pecho al mismo tiempo que la de Gerardo, pero que se había esforzado por contener, al principio, por reprimir después, y que necesariamente debía olvidar, destruir. El avanzó de nuevo hacia ella, que retrocedía



¡Te amo, Verónica, y estoy seguro de que tú también me amas! ¿Por qué te empeñas en torturarme, negándolo, rechazándome?

Le ruego, señor La Faucherie, que no prosiga. Será mejor que nos despidamos aquí... para siempre. Si no ama, como acaba de decir, a mi prima, aclare de una vez esta situación. Tampoco Adelina...



... "lo ama a usted, y quienes saldrán perdiendo en este trance serán mis tíos y su madre, que obran con la mejor buena intención y que, al ver la asiduidad con que usted visita esta casa, se habrán forjado ya ilusiones que se convertirán en un ridículo desengaño."

En vano insistió Gerardo en su amor. Verónica, al fin...

Si usted no se marcha, me marcharé yo... Y me iré de esta casa, si sigue visitándola con las intenciones que ha manifestado.



—Seamos amigos, señora Verónica! — clamó al fin. Mas ella también rechazó esta proposición: — Una mujer como yo no puede tener amigos, si quiere conservar su reputación.

Si se trata de eso, estoy dispuesto a casarme con usted.

¡Eso es imposible!



—¿Por qué? — inquirió La Faucherie. Verónica se justificó falsamente: — Pues porque... porque... ¿no comprende que eso sería traicionar a mi prima?

¡Me acaba de decir usted que ella no me ama!

¡Sería igual una traición... a mis tíos!... ¡Una ingratitude!



Gerardo llegó a su casa desconsolado, enfermo. Alarmada, la madre pudo al fin arrancarle la confesión. A ella también le había impresionado muy bien Verónica, y como la alegría y la felicidad de su hijo le importaban en el mundo más que todo lo demás, le propuso:

Si es a Verónica a quien amas, y con el amor que de tal modo te trastorna, yo no me opongo, hijo, a que...



...te cases con ella. Hablaré con los señores Obligite, que son gente muy razonable, y les expondré lo que ocurre. En tanto, sería conveniente que tú te marcharas por algún tiempo. Podrías realizar un paseo de dos semanas por la región de las Islillas; tu alejamiento facilitaría la solución del conflicto.

En las Islillas, Gerardo fue a ver a un antiguo sargento de su padre, un tal Brulant, que se había establecido con un aserradero y ganado una buena fortuna. Con Brulant se internó hacia la zona boscosa de...



...Lachalade. Al anoecer una tormenta los sorprendió allí, y el ex sargento sugirió que se guarecieran en el Horno de los Monjes.

—¿Qué es eso?

Un antiguo convento, en el que se estableció una cristalería, y en el...

...“que se montó últimamente una bodega y destilería de vinos. Quizá tú hayas oído hablar de su dueño, Bernardo de Tremble. Es un tipo muy interesante, desde uno o dos puntos de vista, pero mirándolo desde otros ángulos es... en fin, ya sabrás lo que es.”



De cualquier manera, si no lo encontramos ebrio, Tremble nos ayudará a hacer más corta esta noche de perros. Es un conversador divertido. Porque no te creas...

...que el bodeguero del Horno de los Monjes es un burgués ordinario. Se trata de un noble arruinado. Heredó excelentes bienes, se instaló en Alsacia y se dedicó al comercio. Allí se casó, y con ello comenzó su desgracia.



Esta aseveración atrajo la atención de Gerardo, quien preguntó: — ¿De qué modo comenzó la desgracia de Tremble? Brulant contestó: — Yo no conozco más que la versión del bodeguero, que debe de ser muy parcial. Según parece, el matrimonio no congenió desde el principio, y hubo muchos incidentes, tras uno de los cuales...



Ya toda la familia elige columberos.blogspot.com.ar porque allí encuentran las mejores historietas

...“la esposa hu-
yó del hogar a bus-
car refugio en casa
de unos parientes.
Intervino el juez,
pero Tremble, que
estaba enamorado
de su mujer, aun-
que se portaba co-
mo un bruto con
ella, untó la mano
de los testigos, de
modo que no se
encontraron cau-
sas válidas para el
divorcio, que solici-
tó ella.”



“El resultado fue que la es-
posa, ante semejante trampa,
no quiso volver con su mari-
do, y quedaron separados de
hecho. El insistió por mucho
tiempo en que era necesario
que volviese a ocupar su si-
tío en el hogar, y tras su es-
posa vino a esta región.
Cuando se convenció de que
no lo lograría (de esto hace
seis meses), compró el Horno
de los Monjes e instaló allí
la bodega y destilería que
usted conocerá.”



Tremble es hombre de dinero, según deduzco.

¡Quí! Se arruinó en Alsacia, y aquí estuvo mucho tiempo viviendo miserablemente; pero es hombre culto y capaz, y no tardó en encontrar quien lo ayudase: el carbonero José Duterte le prestó dinero para...

...“montar la bodega y destilería.”

¿Con qué garantía?

Bueno, el asunto es algo turbio... Parece que José Duterte tiene una hija que fué burlada por un leñador. Esto se ha sabido, y...



...“Duterte, que tiene mucho amor propio y un genio de mil diablos, debió resignarse a tener la hija en casa. Mas, desde ese día, la dominante obsesión de su vida fué casarla. Parece que Tremble gustó de la muchacha de modo bastante ostensible, cosa que incitó a José a realizar con él una especie de transacción de conveniencia: él facilitaría todo su dinero a...

... Tremble, para que instalase las bodegas, con la condición de que éste se aviniese a ser su yerno y todo quedara, así, en casa.”

Gerardo interrumpió a Brulant para decir: —Pero ¿no es que Tremble no se divorció? ¿Cómo se ha de casar, entonces, con la hija del carbonero? O quizá lo único que éste exija sea que el bodeguero la instale en el Horno de los Monjes.

¿Sin casamiento por civil e iglesia? ¿Usted no conoce a José Duterte! El trato (estoy perfectamente enterado) fue que Tremble se casaría con la joven Duterte a breve plazo, y...

...“como no ha podido cumplir todavía, de ahí viene una enojosa situación entre ambos, que José ha de liquidar malamente si no tiene el desenlace juramentado. Por su parte, Tremble va a hacer una tentativa para divorciarse de su mujer. Anda en eso, según creo, y sólo hace unos días ha logrado ubicarla.”

El caballero Tremble estaba reclinado en un viejo sillón, fumando. Pareció contrariado al ver aparecer a los visitantes, pero casi se alegró cuando Gerardo, después de ser presentado por Brulant, le dijo que era del Deyonne.

¡Ya! Eso está a un galope de San Gengoul, donde vive mi... esposa.

La Faucherie se sobresaltó. Siguieron conversando, y el sobresalto de aquél se transformó en estupefacción, pues...

Mi mujer se llama Verónica... Hace un año que vive en casa de su tío Pedro Obligitte, en San Gengoul... ¿Lo conoce usted?

Gerardo no se atrevió a negar que conocía a Obligitte, pero se cuidó muy bien de decir que conocía a Verónica. Se habían sentado a la mesa y, mientras cenaban, bebían. Tremble tomaba copa tras copa, y con ello aumentaba su locuacidad.

Usted, señor La Faucherie, me va a hacer el favor de interceder para que mi esposa me conceda una entrevista... Tengo que tratar con ella un asunto muy importante para el porvenir de ambos...



Tremble siguió hablando, con voz de borracho, solicitando la mediación de Gerardo, quien no pudo reprimirse al fin y lo mandó al demonio: —Yo, señor, me ocupo sólo de mis cosas; ocúpese usted de las suyas... Sin embargo, algo más que lo suyo debió ocupar a la Faucherie, dado que interrumpió a la mañana siguiente su paseo por las Isillas y regresó precipitadamente a San Gengoult.



Se dirigió directamente a casa de Obligitte, donde le dijeron que Verónica —por quien preguntó a la criada— estaba en su cuarto preparando las maletas, pues partía esa misma tarde. —¿Adónde? —inquirió Gerardo lleno de inquietud.

No sé, señor.



Entonces, sin tener en cuenta que estaba en casa ajena, Gerardo fue a la alcoba de Verónica y entró.

Perdóneme este atrevimiento, pero es necesario que hable con usted urgentemente y a solas...



Y le narró su visita a Tremble, en el Horno de los Monjes. Como respuesta, Verónica le contó la verdad, falseada en el relato de Tremble. Se había casado con éste, por conformar a su madre, ya que él era entonces rico y noble. Pero sólo era rico en apariencia, porque tenía más deudas que capital, y terminó...

...por perderlo todo. Verónica no hubiera dado importancia a esto, si Tremble hubiese demostrado ser un buen esposo; pero fue todo lo contrario: la engañaba continuamente, y cuando la falta de dinero alejó a las mujerzuelas que lo halagaban, dio en emborracharse.



Volvió ebrio a su casa con frecuencia y trataba brutalmente a su mujer. Esta no había perdido aún la esperanza de volverlo al buen camino. Quizá si le diera un hijo... Quedó encinta, pero perdió al niño a causa del castigo que quien iba a ser el padre infirió a la madre.



Entonces se acabó todo para mí. No podía volver jamás junto al asesino de mi hijo, que hubiera sido mi consuelo en este mundo. Quise separarme legalmente, no para casarme de nuevo, ya que mis creencias religiosas no me lo permiten; pero sí para estar libre de Tremble. Sin embargo, éste encontró las influencias y el dinero necesarios para poner los testigos a su favor. Aunque se me denegó la separación, no quise volver junto a él. Desde entonces viví huyendo de sus amenazas, rechazando los ruegos que me hizo más tarde para que volviera.



"Hace seis meses me escribió una carta conmovedora, en la que me juraba estar arrepentido de su conducta para conmigo y me prometía que, si me reintegraba al hogar, sería un hombre ejemplar. No accedí entonces; pero ahora, sin que mi marido me haya llamado, vuelvo a ocupar mi sitio."

¿Qué dices, Verónica? ¿No lo permitiré!

¿Prefieres, entonces, que me arroje en el manantial?



¡Oh, no! ¡Eso, no!... ¡Antes me arrojaría yo!



Con voz serena, más serena que su corazón, la joven dijo: —Si realmente me amas, Gerardo, no te opondrás a que haga lo que voy a hacer. Y te diré por qué hago esto en vez de arrojarme en el manantial. No soy libre, ni siquiera una mujer divorciada, bien lo sabes. Si yo no te amara, si no te hubieses cruzado en mi vida, hubiera podido seguir viviendo como...



...vivía. Pero ahora ya es imposible. No podría casarme coopto... La Faucherie la interrumpió: —Brulant me dijo que Tremble quería divorciarse, y en tal caso...

Una separación legal no me permitiría, igualmente, casarme contigo. ¿Olvidas que se oponen a ello mis creencias religiosas?



Gerardo bajó la cabeza. Había en los motivos expuestos por Verónica algo que lo desconcertaba a pesar de todo. E imaginó que, más poderoso que todos los motivos que acababa de enunciar, debía de haber otro, el motivo clave que la incitaba a realizar un tremendo sacrificio. Y existía de verdad ese motivo clave, que es el que sigue. Apenas...



...su hijo partió para las Islillas, la señora de La Faucherie se dispuso, tal como lo anunció a Gerardo, a explicar la realidad de la situación a los señores Obligitte. Mas a último momento cambió de plan. Hablaría primero con Verónica; si la linda y buena viudita amaba...



...a Gerardo y estaba dispuesta a ser su esposa, llevaría la cuestión adelante. La decepción de la madre fue dolorosa cuando Verónica, con sinceridad y valentía, le declaró que su marido vivía y que ni siquiera estaba separada legalmente de él.



Entonces, fue la propia madre de Gerardo, atendiendo a sus sentimientos morales y a sus creencias religiosas, la que le pidió que se marchara de San Gengoult, única manera de devolver la paz a su hijo. Pero marcharse ¿era una solución? Siendo Gerardo audaz y apasionado como lo conocía, seguiría a Verónica hasta el fin del mundo y, quizá, cometería algún disparate.



Otra solución para una mujer sin recursos como Verónica, habría sido entrar en un convento, cosa que los reglamentos de cualquier orden le impedirían, por vivir el marido. Quedaba la prueba definitiva, que sus creencias religiosas le vetaban, si quería salvar su alma. En este dilema, surgió una cuarta posibilidad: volver junto al hombre que la...



reclamaba y había jurado enmendarse, pues no dudaba que Dios proveería justicia, premian- do su generoso renunci- miento. Y adoptó la cuarta solu- ción, que co- municó a Ge- rardo, disfra- zada.



La presencia in- esperada de Ve- rónica en el Hor- no de los Monjes, conmovió a Tremble; le creaba un peligroso problema, con respecto a la pa- labra de matri- monio que había dado a la hija del car- bonero Duterte. Pero unas copas le hicieron olvi- dar...



...tal peligro y, también, su decisión de divorciarse. Por el contrario, pidió perdón a su esposa, de rodillas, por el daño que le había hecho en otro tiempo y reiteró su deseo de enmendarse.



—¿De modo que te quedarás?
Para eso he venido. Soy tu esposa, y he venido a mi casa... Si me demuestras que eres todo un hombre, jamás me arrepentiré del paso que acabo de dar.



Todo marchó perfecta- mente durante dos se- manas. Un día, Trem- ble fué a San Gengoult en busca de las maletas de Verónica, que ésta ha- bía dejado en casa de Obligitte. Como Obligitte lo trató seca y des- cortésmente, debió ir él hasta la ex alcoba de Verónica a fin de reco- ger dichas maletas. Y esto fue lo malo, por- que, mezquino...

...y des- confiado como era, buscó con la mira- da algo que le ha- blase de la vida que había hecho su mujer en aquella aldea. Y he ahí que de pronto, en el cesto de los papeles, advirtió el borrador de una carta de despedida que Verónica ha- bía empezado a es- cribir a Gerardo, y que después aban- donó.



Esa carta, que revelaba el amor y el renuncia- miento de Veró- nica en aquellas pocas líneas, en- furunció a Trem- ble. Sin embar- go, el encabeza- miento no decía más que "Apre- ciado Gerardo". ¿Qué Gerardo era éste tan apre- ciado por la que creía que había...



...regresado al hogar atraída por sus senti- mientos? Para saberlo, entró en la taberna próxima a la Plaza Verde, y pidió informes acerca de los Obligitte y de la sobrina. Un parroquiano de esos que recogen cuanto chisme oyen, lo enteró de un rumor que había dado en circular: que Gerardo La Fau- cherie mantenía relacio- nes amorosas con la viuda.



Olvidando todo lo prometido a Verónica, Tremble se emborrachó en la misma taberna de San Gengoult, y de allí marchó al Horno de los Monjes donde dio en insultar a aquélla y en proferir amenazas. Siguiendo a la palabra con la acción, se armó de una escopeta y...
¡Voy a matar a Gerardo La Fau- cherie!... ¡El muy cínico tuvo la desfachatez de dormir una no- che en mi casa y beber de mi vi- no!...

Por primera vez, Verónica se irguió ante él como una fiera.

¡No harás eso! ¡No lo harás, si quieres que yo permanezca en esta casa! ¡Gerardo La Faucherie es mil veces más digno que tú, y lo que te propones no sólo es una injusticia, sino también una ignominia!

¡Ahora sí que no se salvará! ¡Tus palabras, en vez de contenerme, acaban de dictar la sentencia de muerte de Gerardo La Faucherie!



Tremble se lanzó barranca arriba, empujando su arma. Alguien que aguardaba escondido entre los matorrales, para vengarse, disparó dos veces contra Tremble, que se desplomó sin vida.

Quien disparó contra él fue José Duterte, exasperado porque había entregado todo su dinero a Tremble, sin que éste cumpliera su promesa de casarse con su hija Bruniia. Duterte tomó su determinación

al saber que Verónica, la esposa legítima de su deudor (de la que éste juró haberse divorciado) estaba de nuevo instalada en el Horno de los Monjes, sarcasmo que Tremble agregaba a la burla del incumplimiento de su palabra. Algunos días más tarde, unos carboneros encontraron el cadáver de Tremble, y el bueno del ex sargento Brulant los ayudó a darle sepultura.



Para ese tiempo, Gerardo ya había llevado a Verónica al Deyonne, donde su madre la recibió cariñosamente. Y la buena señora que tantas veces confió en la Providencia, halló cumplidos al fin sus sueños de ver casado y feliz a su hijo y de encontrarse, años después, rodeada de la ternura de dos nietas y dos nietos, que pronunciaban dulcemente la palabra abuela y hacían más venerables sus canas.

FIN

CIRULAXIA

SUAVE LAXANTE

JARABE Y

GRACEAS



Consulte al odontólogo. Buecos con CLORANGIOL SOLUCION antiséptico, desodorante, calmante eficaz. CLORANGIOL SOLUCION, auténtica solución para la salud de su boca y garganta.



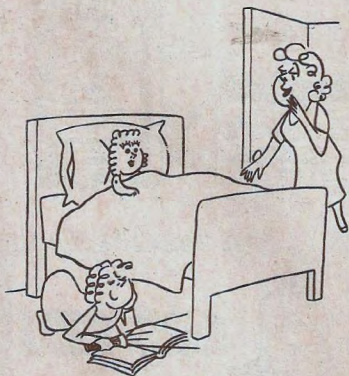
Clorangioli

SOLUCION

GOTITAS DE ALEGRÍA



- ¿Qué clase de "mejor amigo del hombre" eres tú?



- Buenas noches, querida. No te des- tapes, ¿eh?



- Me creció esperando que usted me atendiera, doctor.



- Mi esposa se enorgullece de poseer la cocina más limpia de la ciudad.



- Es un tête-à-tête.

la novicia rebelde

(THE SOUND OF MUSIC)

Por ERNEST LEHMAN

Intervalo Álbum 109 - 9/1965

DIBUJOS DE VOGT

Es ésta una versión libre basada en la película 20th. CENTURY FOX, producida y dirigida por ROBERT WISE, basada en la famosa obra teatral de ROBERT LINDSAY y RUSSELL CROUSE, e interpretada en los papeles centrales por JULIE ANDREWS y CRISTOPHER PLUMMER. Un magnífico film que no debe dejar de verse, pues a lo original de su trama se une su deliciosa música y color.



-Hay una familia, cerca de Salzburgo, que necesita una gobernanta hasta setiembre para cuidar a siete chicos. A ti te gustan los chicos, María. Y te hará bien salir un poco de aquí- dijo la Madre Superiora a la joven postulante, que la escuchaba con cierto desaliento.

Comprendo que he causado dificultades, a veces, con mi comportamiento rebelde en el convento, Madre Superiora. Pero ...



No es un castigo, María. Ya sabes que te hemos admitido como novicia. Sin embargo, quiero que cuides esa familia hasta setiembre.

Lo haré, Madre.



Y allí estaba María, en aquella hermosa mansión, entre montañas imponentes, esperando conocer a la familia von Trapp. El capitán Georg von Trapp había quedado viudo siendo todavía un hombre relativamente joven. Al observarlo, María lo descubrió -casi a pesar suyo- buen mozo!



Así debe ser, señorita María: ¡disciplina. ¡Mucha disciplina! Estos niños son muy rebeldes y necesitan que se los dirija con rigor.



María no dijo nada, pero algo se revolvió dentro suyo cuando contempló los rostros de los siete hijos de von Trapp, formados como para una revista militar: Liesl -casi adolescente-, Brigitta -de diez años-, Louisa, Marta y Gretl, las menores, y los dos muchachos: Kurt -el segundo en edad después de Liesl- y Friedrich, el menor.



El comienzo no fue afortunado...



¡Oh...! ¿Qué hay en mi bolsillo?

Oyó las risas contenidas de los niños. Luego sacó el sapo que alguno de ellos deslizara en su bolsillo y sonrió.

Supongo que fue alguno de ustedes que quiso hacerme un regalo... Gracias, me encantan los sapos.



Cuando fue a sentarse para cenar...



¡Ay...! ¿Qué?

Otra maldad: un duro cepillo de cabeza había sido puesto en su silla.

¿Qué ocurre, señorita María?

¡Oh, nada! Nada, señor von Trapp. Simplemente alguien dejó aquí olvidado un cepillo. Trataremos de que no vuelva a suceder, ¿verdad, niños?

Poco después llegó un telegrama. Von Trapp lo leyó y...

Tendré que ir a Viena. Quizá tarde un mes en volver. Traeré conmigo a la Baronesa Schraeder y...

¡Permiso, padre! No me siento bien. ¡Oh! No es nada serio. Se me pasará en seguida.

María iba a levantarse también, pero von Trapp la contuvo.

Déjela. La conozco. Se le pasará pronto, como dijo. Bien, chicos... Además vendré con el tío Max.

¿El tío Max? ¡Hurra! Entonces vamos a divertirnos.

Cuando estuvo en su habitación, la señora Schmidt, el ama de llaves, le llevó ropa de cama y cambió las cortinas de cretona por otras nuevas. -Es muy amable... -Orden del señor von Trapp: quiere que se sienta a gusto, querida.

Dígame... ¿Siempre es así, tan rígido y serio con sus hijos? Parecen buenos chicos. ¿Cuándo juegan?

¿Jugar? No sé, quizá lo hagan a escondidas.

No creo que esté contemplado el juego en el programa del señor Barón para con ellos.

Pues lo primero que haré será darles ropas adecuadas para que puedan correr, jugar, ensuciarse.

¡Y estas cortinas viejas de cretona servirán! Ya verá usted, señora Schmidt, cómo los chicos dejan de ser poco los "insoportables".

Ojalá tenga usted razón... pero temo que al señor no va a gustarle mucho el cambio.

Mientras María rezaba sus oraciones, preparándose para acostarse, estalló una tormenta. Truenos y relámpagos. De pronto, alguien entró por la ventana abierta, empapada...



¡Liesl! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo logras-te prepar? ¿Podrías haberte caído! ¡Y de-bieras estar en la cama...!



¿Va a llamar a papá? ¡Hágalo, si quiere! Necesitaba caminar.

Por supuesto que no lo llamaré. Esto queda entre nosotras. Pero ven... cuéntame qué te ocurre.



La muchacha vaciló. María no quiso insis-tir. -Bueno, vamos a secar tu vestido. Lue-go te acostarás. - En ese momento se oye-ron otros pasos, y en-tró Brigitta, seguida por Louisa, Marta y Gretl. -Nos asustan los truenos y relám-pagos, señorita Ma-ría.



¿Los truenos y relámpagos? ¡Qué tontería! Los relámpagos le dicen algo a los truenos, y éstos les contestan. ¿No se dan cuenta? El cielo conversa. Está bien, pueden que-darse un rato.



Poco después, sin con-fesar que también es-taban asustados, llega-ron los dos muchachos. Pronto dejaron de lla-marla "señorita María", haciéndolo sólo por su nombre. Los había con-quistado. Instintiva-mente buscaban en ella el cariño que necesi-taban.

De pronto, la puerta se abrió.

¿Qué significa esto? Hace una hora que estos niños debieran estar en la cama durmiendo. En esta casa se respetan los horarios, señorita María.



Lo siento, señor. Es que... quería co-nocerlos y... Pero es cierto, ¡ya es tarde, chicos! ¿Oyeron a su padre? ¡A la cama!

Después que los niños se fueron, Georg von Trapp la miró severamente.

Espero que sepa usted mantener la dis-ciplina cuando yo no esté, señorita, y que la adquiera usted también. ¡Buenas noches!

Pero no fue la disciplina lo que preocupó a María durante las semanas que siguie-ron en la mansión de los von Trapp. Fue encontrar el modo de convertir a los "pe-queños soldados" del capitán Barón Georg von Trapp en niños normales y felices.



Escaneado por
Egdo Esteban/2019





Con sus ropas para jugar hicieron excursiones campesinas y pasaron días alegres. La animosidad de ellos para con su nueva gobernanta desapareció, convirtiéndose en rápido cariño, en confianza. Así fue conociéndolos.



... y entonces le puse a aquella vieja antipática cola en el tubo de dentífrico. ¡Claro que papá se enojó...!



¡Qué horror, Friedrich!
¿Por qué hiciste esa maldad?

Es la única forma de llamar la atención de papá, María. Sólo cuando hacemos algo desagradable se ocupa de nosotros.

Sí, María no respondió. Comprendía que Liesl había dicho la verdad. Durante aquellas salidas comenzó a darles lecciones de canto. María tenía una voz maravillosa y se había destacado por ello en el convento. Poco a poco...



... fueron formando un coro y juntos aprendieron varias canciones muy hermosas.

¡Otra vez, María! ¡Otra vez vamos a cantar!



Llegó sin embargo el día en que von Trapp estuvo de regreso con la Baronesa Schraeder, quien era, según supo María por la señora Schmidt, virtualmente su prometida. El auto se detuvo frente a la mansión. Von Trapp atónito...



... contempló a sus hijos subiéndose a los árboles, jugando, corriendo y gritando.



¡Es inaudito! ¿Qué ocurre aquí, señorita María? ¿Por qué tienen esas ropas absurdas? ¿Puede explicármelo?

Les hice ropas adecuadas para jugar, como usted comprenderá, señor. No podían trepar o explorar cavernas en las montañas, o...



¡Basta, basta! ¡No quiero oír más acerca de ello! Usted...



Pues alguien tiene que decírselo, señor von Trapp. Alguien tiene que decirle la verdad sobre sus hijos.

Ellos necesitan amor, cariño, alegría. ¿No puede usted verlo? Necesitan que alguien les preste atención. ¡Liesl ya es casi una señorita...



...y tiene problemas sentimentales. Friedrich quiere ser como el padre, un hombre, pero no sabe cómo. Kurt se siente herido y es rudo y huraño porque...



Von Trapp, furioso, interrumpió a María.

No estoy dispuesto a escuchar una sola palabra más. Cuanto antes, por favor, será mejor que usted haga sus valijas y regrese a la abadía.



En ese momento los niños comenzaron a cantar. Von Trapp, sorprendido, se detuvo. La Baronesa y el tío Max fueron hacia la casa, encantados con aquellas voces angelicales que cantaban tan espléndidamente.



En la sala cantaban los siete hijos de Georg von Trapp. María, lentamente, comenzó a subir las escaleras hacia su habitación. Von Trapp sintió que su garganta se anudaba extraña mente...



...al recordar otras canciones de su infancia. El tío Max comentaba por lo bajo: ¡Maravilloso! ¡Maravilloso! Sin decir palabra, el capitán subió tras María...



...alcanzándola en mitad de la escalera.

¡Señorita María! Un momento, por favor.

¿Sí, capitán?



Tras un instante de silencio...

Quiero... quiero disculparme con usted. He sido rudo e ingrato. Tiene usted razón. No conozco a mis hijos.



Celebro que mis palabras le hayan sido útiles. Aún está a tiempo para hacerles sentir su cariño.

¡Sí. Pero vuelvo a pedirle que se quede.



Esa música... es un milagro suyo; tío Max tiene razón. En esta casa no se oía música desde hace tiempo. ¡Se lo agradezco!



Las mejillas de María se tiñeron de rubor. Sonrió.

Hice lo que pude por dar a los niños lo que necesitan. Me quedaré.



Max insistió, días después, en hacer participar al "Coro Trapp" en el Festival Musical de Salzburgo.

¡Será un éxito, Georg! Yo me encargo de promoverlos. No te olvides que soy empresario de espectáculos.

De ninguna manera, Max. Mi familia no intervendrá en ningún festival. No cantarán para el público así.

¿Por qué no organizamos aquí una fiesta, y los niños la animan con su canto?

Von Trapp aceptó la idea de la Baronesa. Aunque en aquellos momentos fueron como invitados algunos indeseables, como Herr Zeller, simpatizante nacionalsocialista, que odiaba al Barón y esperaba una pronta intervención de Hitler en Austria.

La noche de la fiesta...

¿Has visto la cara que puso Zeller cuando vio la bandera austriaca? El quisiera reemplazarla por la svástica.

El coro fue un éxito. Todos felicitaron al capitán. Luego, María se encargó de llevarlos a sus habitaciones, y la fiesta continuó. Cuando ella también iba a retirarse, von Trapp le pidió que bailaran.

Lo... lo siento, capitán. No tengo vestido adecuado y...

Eso puede remediarse. Le diré a la Baronesa que le consiga uno de su guardarropas.

Poco después, la Baronesa y María estaban viendo los vestidos de la primera.

Este te quedará muy bien. Seguramente, Georg seguirá sin quitarte los ojos de encima. ¡Estás encantadora, querida!

El corazón de María latió con fuerza. Sus mejillas se encendieron. Turbada, miró a la Baronesa.

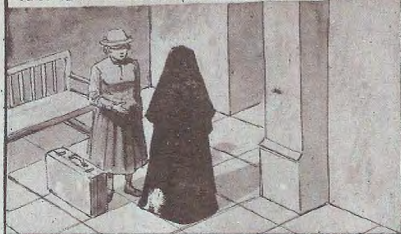
No entiendo, señora Baronesa. Supongo que está usted bromeando.

¡Vamos, querida! No pretenderás ser tan cándida. Las mujeres nos damos cuenta cuando un hombre gusta de nosotras, ¿verdad? Y yo conozco a Georg.

Pero...pero...yo...

Cuando la Baronesa la dejó sola, María corrió a su cuarto. Puso sus escasas ropas en su valija y partió. Dejó una nota, excusándose ante el capitán. No tuvo coraje de ver a los niños.

Al volver al convento, pidió a la Madre Superiora estar algunos días enclaustrada. Necesitaba meditar, aclarar, su confusión interior. Así pasó cuatro días.



Entretanto, la Baronesa buscó ocupar su lugar con los niños pero sin lograrlo. Estos fueron al convento a pedir que regresara María. Por supuesto no los dejaron verla, pero la Madre Superiora, cuando se hubieron retirado...



... mandó llamar a María. Amablemente le preguntó:

Sí. No quiero dejar más el convento, Madre. Quiero permanecer toda la vida tras sus muros.

La Madre Superiora dejó pasar unos instantes. Luego...

Y bien, hija. ¿Has decidido algo?



Sí. No quiero dejar más el convento, Madre. Quiero permanecer toda la vida tras sus muros.



¿Puedo saber por qué te hicieron volver?

No me hicieron volver. Yo lo hice. Tenía miedo, Reverenda Madre.



¿Miedo? Pero debes comprender que nuestra abadía no es un escape. ¿Qué ha ocurrido allí?

No quiero volver a ver al señor von Trapp. No debo hacerlo.



¿Acaso... te has enamorado de él, María?

No sé, no sé, Reverenda Madre. La Baronesa dijo... Yo... ¡Oh, no sé qué hacer!



Escucha, María. El amor humano es santo. Quizá tu camino no esté aquí, en el claustro. Quizá debas darte amor a ese hombre, a esos niños. Dios nos busca por muchos caminos.

Al día siguiente de su conversación con la Madre Superiora, María había regresado a la mansión de von Trapp. Los chicos, por supuesto, no cabían en sí de alegría. Georg y la Baronesa habían ido a Salzburgo y regresarían tarde.

Brigitta, con voz emocionada y triste, le dijo.

Papá va a casarse. Nos lo anunció anoche. Con la Baronesa.



Los mejores guionistas y dibujantes están en columberos.blogspot.com.ar

Mientras María todavía no había terminado de asimilar la noticia, llegaron von Trapp y la Baronesa.

¿María, de nuevo aquí? Por favor, quisiera conversar a solas con ella.



¿Sólo a los niños, María? Respóndeme la verdad. Yo había esperado que...

¿Qué?



De pronto, María se sintió estrechada por los brazos fuertes de Georg.



Luego...

¿Por qué esa huida?

Yo... tenía que meditar. Ahora he resuelto mi problema. Y eché mucho de menos a los niños.



El compromiso con la Baronesa fue roto, por supuesto. Sólo había sido para von Trapp un espejismo, un remedo de amor. Y la boda con María se decidió pronto.



Las propias monjas hicieron el vestido de bodas de la antigua novicia. El casamiento se realizó en la abadía. Y el "Coro Trapp" cantó durante la ceremonia.



Siento algo que nunca había sentido en mi vida, María. Un ángel me ha tendido la mano. Soy inmensamente feliz.

¡Georg!



Al regreso del viaje de bodas, sin embargo, el horizonte se ensombreció. La situación política se tornó crítica. El nazismo invadió Austria, y Herr Zeller, el enemigo de von Trapp, tuvo la oportunidad que buscaba.

Georg recibió un telegrama directamente de Berlín.

Me llaman para prestar servicios en la marina. Supongo que tendré que agradecer a Zeller su recomendación. Esto es obra suya. No esperaba tan pronto algo así.



¿Qué harás, Georg?

Por supuesto no voy a luchar por Hitler. Nuestra única solución es escapar de aquí. Sólo que no será fácil.



Toda la familia prefiere leer en: columberos.blogspot.com.ar
«Grandes Obras de la Literatura»

No iba a ser fácil escapar, en efecto. Zeller había tomado sus precauciones. Un emisario suyo, de la policía, le hizo saber que debía presentarse sin tardanza porque sería "acompañado" a Bremerhaven, su lugar de destino, esa misma noche.



Dígale a mi amigo Zeller que esta noche no podrá ser. Cantamos en el festival. Y yo integro el coro con mi familia.



Zeller no se opuso. Querían dar la sensación de que todos eran felices en Austria. El festival debía ser un éxito, y si prohibía a los Trapp -o a Georg- cantar, sería un descrédito. Pero los vigilaría. Y al día siguiente ese noble capitán iría a Bremerhaven. ¡A luchar por Hitler!



¿Qué has decidido, Georg? ¿No tenías decidido no intervenir en el festival como acto de repudio?

Así era, María. Pero ahora cantaremos. Será nuestra despedida a la patria.



Esta noche misma cruzaremos la frontera todos. Debes comunicarte con la Madre Superiora. Ella no se negará a ayudarnos. Escucha mi plan...



La actuación del "Coro Trapp", aquella noche, fue maravillosa. Cantaron viejas canciones austríacas, y luego el himno nacional, que todos corearon delirantes.



Y cuando el tío Max subió al escenario para anunciar la decisión del jurado...

... y el Primer Premio, el más alto honor que Austria otorga en este festival... ¡para el "Coro de la familia von Trapp"!



Arreciaron los aplausos. Pero paulatinamente comenzaron a acallarse. La familia von Trapp no aparecía en el escenario. Zeller, que se hallaba en el festival, se alarmó y encomendó a sus esbirros que los buscasen.



¡Es imposible que escapen! Ordenaré que refuercen la vigilancia en la frontera.



Entretanto, en la abadía...

El coche se ha descompuesto justamente ahora. ¿No hay otro vehículo, Reverenda Madre?

No, pero llamaremos al mecánico. Vive cerca de aquí.



Fueron minutos preciosos. Mientras el mecánico arreglaba el automóvil, llegó la noticia.

¡Reverenda Madre! Viene un automóvil con policías hacia aquí... ¡y dicen que han cerrado la frontera!

Aún no está todo perdido. Si podemos ocultarnos y burlarlos... iremos hacia las montañas y luego cruzaremos a pie la frontera.

Se ocultaron en la cripta del cementario que estaba detrás de la abadía, mientras la Madre Superiora se entendió con el teniente encargado de la búsqueda.

-El coche está listo -les avisó el mecánico, llegando sigilosamente hasta ellos. En ese momento partían los policías militares.

La Madre Superiora les sonrió, saludándolos por última vez.

¡Que Dios los acompañe!

Escaneado por Egidio Esteban/2019

Llegaron en el automóvil hasta el pie de las montañas. Luego cruzaron la frontera a través de las cumbres. Y, mientras caminaban, iban cantando. Cuando cruzaron la frontera hacia la salvación, el sol se asomaba, como saludándolos, tras las cumbres. Y la familia Trapp contestaba el saludo con una canción de esperanza.

RETORNO A LA LUZ

Por GONZALO HERNÁNDEZ

DIBUJOS DE J. M. PEREYRA

Bohemia Album 199-204 - 9/1965

...sentía clavarse en su piel las agujas del frío, mientras se esforzaba por avanzar sobre el barro del camino.



Alcanzó las primeras casas de aquel pueblito perdido en la frontera argentino-brasileña. Un suspiro de alivio brotó de sus labios.



¡Por fin, Dios mío!

Un relámpago vivísimo, seguido del seco restallar del trueno, zigzagó en el firmamento.



La lluvia, que durante doce largas horas azotaba la región, convirtióse en un verdadero diluvio. Claudio Hermida...

Divisó el rectángulo de mortecina luz que filtraba a través de los sucios vidrios del boliche de campaña.



Preguntaré allí.

Empujó la puerta del almacén y un hálito de grato calor lo saludó al entrar. Se dirigió al mostrador.

Buenas noches.



Los jugadores levantaron la vista de los manoseados naipes y fijaron en él sus miradas curiosas.



Por favor, ¿puede indicarme cómo llegar hasta la comisaría?

El comerciante se lo indicó, y Claudio volvió a salir a la noche fría y tormentosa. El viento helado le hizo castañear los dientes y su respiración se hizo dificultosa.



¡Debo llegar!

Llegó. El sargento de guardia debió sujetarlo para que no se desplomara pesadamente. Había superado el límite de sus fuerzas.

¡Agente Robles!
¡Venga, ayúdeme!



Cuando volvió en sí, se hallaba tendido en el catre de un calabozo. Lo habían despojado de sus mojadas ropas y vestido con un abrigado pantalón y una campera de lana, además de cubrirlo con pesadas mantas. Miro...



... con aprensión hacia la enrejada puerta, pero ésta se hallaba abierta. Al cabo de un instante entró un hombre mayor.

¿Cómo se siente?

Mejor, señor, muchas gracias.

Después de proporcionarle alimento, el comisario lo invitó a pasar a su despacho. Lo hizo sentar frente a él.

Me informaron en el almacén que preguntó usted cómo llegar hasta aquí.

Sí, señor. Venía a ponerme a disposición de la policía.

La mirada del comisario reflejó un nuevo interés.

¿Por qué razón?

¿Cómo? ¿No me individualiza usted? ¡Ah, claro, comprendo! Con esta barba...

"... y los andrajos que vestía no es extraño que no lo haya conseguido. Me llamo Claudio Hermida y tengo la captura..."

... recomendada por la policía de la provincia de Buenos Aires.

Ahora sí, recuerdo su nombre. Creo que se lo buscaba por uxoricidio y fuga, ¿verdad?

Claudio asintió. Quedóse aguardando que el policía ordenase conducirlo de vuelta al calabozo, pero éste no lo hizo.

¿No me encierra, señor?

No creo que haga falta. A ver, cuénteme su historia.

¡Es una historia muy larga, comisario!

Me gustan las historias largas en estas noches invernales, porque, no sé si...

"... sabrá que ha dormido usted durante todo el día y que recién acaba de anochecer nuevamente. Son las ocho de..."

... la noche, de manera que la tenemos toda a nuestra disposición.

Bien, señor comisario. Comenzaré entonces.

Elena y Claudio arribaron a Mar del Plata en viaje de bodas y se hospedaron en un importante hotel. El, ingeniero electrotécnico, dueño de una importante empresa. Ella, perteneciente a lo más selecto de la sociedad cordobesa.

Llegaron a tiempo para cenar y lo estaban haciendo cuando una joven pareja se acercó a la mesa.

¡Claudio! ¡Mi viejo amigo!

¡Roque! ¿Qué andas haciendo por aquí?

Eran Roque Peñalver y su hermana Ethel. El primero, su condiscípulo en el colegio nacional.

Recuerdas a mi hermana Ethel, ¿verdad?

Bueno, ¡lo cierto es que ha cambiado bastante!

No se moleste, señora, pero Claudio y yo fuimos casi novios, ¿te acuerdas, Claudio?



Bueno, ¡cosas de chiquillos!

No había sido muy oportuna la recordación de la joven. Elena frunció el ceño con desagrado. A ninguna recién casada le divierte que le informen sobre los devaneos amorosos de su flamante esposo. Ethel no pareció advertirlo, pero...

...su hermano sí, por lo que trató de llevar la conversación hacia un terreno menos peli-groso.

¿Y cómo van tus cosas, Claudio? ¿A qué te dedicas?

Soy ingeniero electrónico y tengo una empresa del ramo. ¿Y tú?



Yo me ocupo de representaciones artísticas. Traigo números a esta ciudad. En este...



...momento me dedico a representar a Ethel en forma exclusiva, porque no sé si estarás enterado de que mi hermana...



"...es hoy la cantante de moda. Su nombre de batalla es Ethel Prado." -¡Caramba! ¡Esta sí que es una sorpresa! ¡Ethel cantante!



Pero mientras lanzaba esta exclamación, Claudio pensó que su excondiscípulo no había cambiado en absoluto.

(En suma, ¡que vives a su costa! ¡Siempre el mismo pillastre!)



Elena lo arrancó de sus recuerdos sobre los antecedentes de Roque, cuando dijo, a impulsos de su inveterada cortesía:



¡Claudio! ¡No dejes a tus amigos de pie, querido! ¡Invítalos a compartir nuestra mesa.

Claudio, acostumbrado a leer entre líneas en las palabras de su esposa, comprendió cuán a disgusto hacía la invitación.

¡Es verdad! ¡Perdónenme! ¡Quieren hacernos el honor?



Encantados, ¿verdad, Roque?

Afortunadamente mientras duró la cena no se volvió a mencionar el fallido primaveral romance de Ethel y Claudio. Terminada la comida, la cantante, luego de excusarse, fue al lavabo a retocar su "toilette".



A su vuelta expresó deseos de retirarse, pues pronto debía hacer su primera actuación de la noche. Tendió la mano al ingeniero.



Bueno, Claudio. Te deseo muchas felicidades en tu nueva vida.

Al tomar la mano de la joven, sintió el contacto de un papel. Después, mientras ella saludaba a Elena, lo guardó.

Lo mismo para usted, Elena. Espero cimentar nuestra amistad.



Los hermanos se marcharon, y ellos subieron a las habitaciones que tenían destinadas. Una vez a solas...

¡Es vergonzoso, Claudio! ¡Hacerme esto en nuestra primera noche de casados!

Elena, ¡por Dios! ¿Qué te hice yo?

Estaba a punto de descubrir una faceta anímica de Elena que él no le conocía, ni sospechaba.

¡No te hagas el ingenuo!
¡Te observé muy bien! ¡No sé cómo no la bastaste en mi presencia!

¡Es un disparate, querida!

La discusión le desagradaba, pero no hallaba el medio de ponerle fin. Intentó apaciguarla abrazándola.

¡Déjame! ¡No me toques!

Pero, ¡Elena! ¡No creo que sea para tanto!

Ella elevó aún más la voz y terminó por exasperarlo a tal extremo, que salió diciendo:

¡Cuando te serenes me encontrarás en el bar!

Fue a sentarse ante una mesa y pidió una bebida fresca. Al buscar dinero para pagar, halló el papel que Ethel le deslizara en la mano. Lo leyó.

("Ven a escucharme cantar. Necesito hablar urgentemente contigo. Ethel!")

Debió destruir esa nota y hacer oídos sordos al llamado de su amiga, pero estaba obnubilado por la escena, a todas luces injusta que le hiciera su esposa, y sin medir las consecuencias que podía acarrearle su actitud...

... fue en busca de su coche y en él se encaminó al lugar donde Ethel actuaba. Media hora después ella sentábase a su lado.

¿Te ocurre algo, Claudio?

El le relató lo acontecido con Elena. Ethel meneó la cabeza en un gesto desaprobatorio.

Lo lamento, Claudio. Créeme, ¡siento verte casado con una mujer que no te merece!

Eres excesivamente severa, Ethel. Ya verás cómo sólo se trata de una tormenta...

"... pasajera. Algo que pasará en cuanto nos hallemos de regreso en nuestra casa!"

Quisiera equivocarme, amigo mío, pero no lo creo.

¿A qué obedece tu pesimismo?

Estimo que la actitud de tu esposa no es otra cosa que el comienzo de una...

"... serie de actitudes similares. ¿Sabes por qué? Pues porque te has casado con una cara bonita, colocada en una..."

... cabeza que no razona. Pero... por favor, Claudio, ¿quieres llevarme hasta mi hotel?

Bueno, pero me explicarás por qué piensas así de mi esposa.



Buscó un taxi para seguirlos, pero no halló ninguno y se vio precisada a regresar a su alojamiento. Mientras tanto...

"... aflorar en ella un congénito complejo de inferioridad. Si en lugar de hacerlo contigo, se hubiese casado con un hombre menos mundano que tú, quizás las cosas serían distintas. También lo serían si te hubieras limitado a instalar-te..."

Como te estaba diciendo, has trasplantado a Elena a un medio ambiente que ha hecho...



"... en su pueblo, pasando allí tu luna de miel. No obstante, me atrevo a creer que, tarde o temprano, esto de hoy..."

...habría terminado por suceder.



Hablas como si la conocieras de antiguo.

La respuesta de Ethel desconcertó a Claudio.

Porque la conozco es porque te hablo así. Y, por si no lo sabías, te diré que fui vecina suya.

Claro, ¡ahora recuerdo que naciste en Córdoba! Sin embargo, creo que hace mucho que...



"... faltas de allí. ¿Cómo es que estás tan enterada de lo que a ella se refiere?"

Por la sencilla razón de que siempre mantuve correspondencia con los míos.

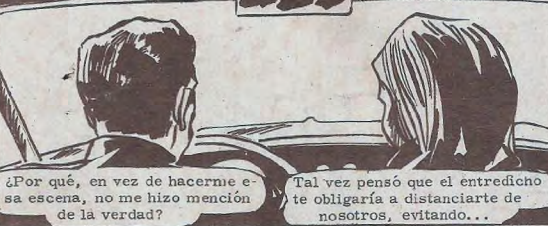
¿Es que hubo alguna vinculación entre los tuyos y la familia de Elena?



Antes de conocerte a ti, ella mantuvo relaciones con Roque. Con él ocurrió que...



"... su complejo de inferioridad y sus celos, se despertaron antes de la boda. Ello puso término al romance."



¿Por qué, en vez de hacerme esa escena, no me hizo mención de la verdad?

Tal vez pensó que el entredicho te obligaría a distanciarte de nosotros, evitando...

"... las molestas explicaciones que habría traído aparejada la mención de su noviazgo con Roque. Empero..."

...habrás podido apreciar la discreción de mi hermano al simular no conocerla.



Sí, es verdad. Confieso que tenía otro concepto de él.

Ethel puso su mano sobre la de Claudio, apoyada entonces sobre el volante, y lo miró tiernamente, mientras decía:

Claudio, está mal que lo diga, pero nunca te olvidé. No obstante, quiero que no...



... interpretes mis palabras equivocadamente. Deseo que seas muy feliz con tu mujer y si te cité, fue para pedirte que te marcharas de aquí con ella. Que la devolvieras a su medio ambiente y que le brindaras tanto amor...



... como para que jamás pasarás por lo que hubo de pasar Roque. Mi hermano sufrió mucho al dejarla y es muy...

... probable que ello haya contribuido a hacer de él un hombre distinto. Hazme caso...



... Claudio. Regresa a su lado y llévatela de aquí. Quiérela mucho y trata de corregir su carácter, hasta hacer...

... de ella la mujer que tú necesitas y mereces. Déjame aquí; yo iré sola al hotel.

¡Te admiro, Ethel! ¡Eres una muchacha maravillosamente sensata!



Despidiéronse con un sencillo apretón de manos y Claudio retornó al hotel. Al entrar se le acercó un hombre.

¿El señor Claudio Hermida?

Servidor.



El personal del hotel lo observaba curioso. El hombre le mostró una medalla.

Oficial inspector Romero. queda usted detenido.

¿Detenido? ¿Puedo saber por qué?



La respuesta fue tajante.

¡Uxoricidio!

¡No! ¡No es posible! ¿Cómo puede usted sospechar que yo...?



No se trata de una sospecha, señor, sino de un caso probado. Personal del hotel puede...



... atestiguar que usted tuvo una violenta discusión con su esposa y que luego abandonó la casa, tras pedir una bebida en el bar que no llegó a ingerir en su totalidad. Hace unos instantes, una mucama creyó percibir quejidos en sus habitaciones, y lo...

Pese a sus protestas de inocencia fue detenido. Ethel fue llamada a declarar.

El señor Hermida dice la verdad. Estuvo conmigo durante el lapso mencionado.

Eso no es prueba de que no la haya golpeado antes de acudir a la cita.



... comunicó a sus superiores. Abrieron la puerta y hallaron a su esposa moribunda. Ella expiró antes de mi llegada.

¡Le conviene decirme con qué la golpeó y dónde arrojó el objeto empleado!



Pero, ¡esto es absurdo!

Salí a relucir el anterior romance de Elena con Roque.

Usted advirtió algo relacionado con ello y en un arranque de celos la castigó.

¡Nada supe de ese romance hasta que mi amiga me lo mencionó!



Claudio pensó que quizá Roque tuviera algo que ver con el crimen. El oficial pareció adivinar sus pensamientos.

Y no intente involucrar al ex-novio de su esposa. El puede probar cada uno de sus...



"...pasos desde que se alejó de ustedes hasta el descubrimiento del hecho. ¡De modo que no vaya a forjar..."



...ilusiones en ese sentido!

La policía no tenía dudas de su culpabilidad y decidió enviarlo a la ciudad de La Plata para ser juzgado. Se lo introdujo en un camión celular junto con otros tres hombres, a quienes se iba a procesar...



...por haber asaltado un comercio. Pero algo iba a suceder que impediría al celular llegar a la capital de la provincia.

¡Oigan! ¡Aparten ese camión del camino!



Antes de que los agentes pudieran hacer nada se vieron rodeados por varios sujetos muy bien armados.



¡Abran la puerta del celular!

Eran los cómplices de los asaltantes. Claudio quiso quedarse en el vehículo policial.

¡Déjeme! ¡No tengo interés en...!



Caminá y calláte, ¡estúpido!

Detrás del camión jaula, había un furgón cerrado. Claudio, a punta de ametralladora, fue obligado a subir al mismo.



Todo se había realizado sincrónica y rápidamente. El furgón con los evadidos en su interior partió a gran velocidad.

¿Por qué te detuvieron?



Me acusaron de matar a mi esposa. ¡Ahora nadie podrá convencerlos de lo contrario! ¡El hecho...

"...de haber fugado con ustedes les hará creer que escape para librarme del castigo! ¡Déjenme descender y, por mí, no sabrán nada que comprometa a ustedes!"



Pero los delincuentes no accedieron a sus ruegos. En los primeros dos días de fuga cambiaron varias veces de vehículo.

(¡Debe tratarse de una banda muy importante! ¡Tienen muchos medios a su disposición!)



El comisario, que no perdía detalle del relato de Claudio, interpuso una pregunta.

¿En algún momento pudo usted darse cuenta de la dirección que seguían?



No, señor. En todos los casos ocupábamos vehículos cerrados, en cuyo interior...

...dormíamos y nos alimentábamos. Sólo supe dónde me hallaba, cuando una noche llegamos a orillas del río Paraná.



Allí embarcamos en una lancha para cruzarlo. Al ganar la orilla opuesta...

Bueno, amigo. Aquí lo dejamos. Puede ir donde se le antoje.



Los delincuentes ascendieron a otro furgón y se alejaron. En el instante de arrancar un paquete fue arrojado al camino. Claudio lo levantó y abrió.

¡Un revólver! ¿Para qué quiero yo esto?



También halló dos atados de cigarrillos, fósforos y una caja de balas para el arma. Los mosquitos zumbaban a su alrededor.

(Encenderé una hoguera para espantarlos y me echaré a dormir junto a un árbol.)



Lo despertaron los ladridos de un perro. Quiso incorporarse, pero la actitud amenazante del animal lo contuvo.



¡Quieto, Tigre! ¡No se asuste, señor, no le hará daño!

Al escuchar la orden de su ama, el animal cejó en su hostilidad. La muchacha, de unos veintidós años de edad, se le acercó sonriente y se presentó. Su nombre era Rosario Irala y vivía con su anciano padre a pocos pasos de allí.



Claudio, temeroso de que la joven o su padre lo denunciaran, dijo llamarse Alberto Rey, e inventó una historia más o menos lógica.

Trabajaba como ayudante de un ingeniero, pero me enemisté con él. Estoy sin trabajo.



Acompáñeme, señor. Es posible que mi padre pueda emplearlo.

El anciano Manuel Irala lo estudió durante unos instantes. Luego, al parecer satisfecho de su examen, le dijo:

En mi casa hay lugar para un hombre que quiera trabajar. Aquí hay mucho que hacer.



Muchas gracias, señor.

Sus conocimientos sobre electrónica fueron de suma utilidad en la plantación de cítricos de los Irala.

Esto ha mejorado mucho desde que usted llegó, mi amigo.



Muchas gracias, don Manuel.

En los seis meses de permanencia en la casa, nunca se le preguntó nada sobre su pasado. Esa tarde escuchaban radio en el comedor, cuando...

...los esfuerzos policiales tendientes a localizar al ingeniero Claudio Hermida, siguen siendo...



...infructuosos. No se descarta la posibilidad de que haya sido ultimado por los asaltantes del banco."

¡Al demonio con las noticias policiales! ¡Estos chismes te meten en casa todo lo desagradable!



Era la primera vez que llegaban hasta Claudio referencias sobre su problema. Se sintió molesto dentro de la casa y, murmurando una excusa, fue a sentarse a orillas del río. Su conciencia no estaba tranquila viéndose obligado a simular...

...ante esa buena gente. Sintió pasos a sus espaldas, pero no se volvió hasta escuchar la voz de Rosario.

Claudio.

¿Eh? ¿Qué ocurre, Rosario? ¿Por qué me llama así?



La joven, sin responder, extrajo un papel doblado del bolsillo de su delantal y se lo tendió. Era una hoja de diario.

¿Hace mucho tiempo que lo sabe?

Dos meses. La encontré al des-
envolver unas
cosas que pedí
a Posadas.

¡Dos meses! ¡Y habíalo callado durante todo ese lapso! ¿Por qué? ¿Se lo habría dicho a su padre?

¿Cree usted en lo que está impreso aquí?

Si lo creyese, no estaría usted en mi casa. Dígame, Claudio, ¿qué ocurrió en realidad?

El ingeniero se lo dijo. Luego preguntó:

¿Lo sabe su padre?

¿Cree usted que debía ocultárselo?

Contempló la celeste limpidez de su mirada y respondió:

No, no lo creo. Entonces, creen ustedes en mi inocencia, es evidente.

No lo dude un instante. Pero, ¿no es posible probarla, Claudio?

—No —respondió él—. Además de no existir pruebas a mi favor, mi fuga, aunque involuntaria, conspira contra mí.

Por otra parte, ellos deben creer que me aprovecho de las circunstancias para evadirme.

Sí, no cabe duda. Pero tranquilícese. En nuestra casa estará seguro hasta que la verdad...

"... salga a la superficie. Tenga fe, Claudio. Dios no lo abandonará. El nunca abandona a los hombres buenos."

Muchas gracias, Rosario. ¡No sabe cuánto bien me hacen sus palabras!

Me limito a expresar lo que siento, amigo mío.

Esa conversación dejó profundas huellas en el espíritu de Claudio. Prolongó su estadía en la casa de los Irala tres años más. Después de una tormenta, notó que una rama...

... de árbol, al caer, había cortado un cable que llevaba energía eléctrica hasta los depósitos de fruta. Tomó lo necesario para reparar la avería.

(Aquí está el desperfecto.)

Finalizaba su tarea, cuando el grito horrorizado de Rosario llegó a sus oídos.

¡Socorro!

¡Es Rosario!

Echó mano al revólver que llevaba para defenderse y corrió hacia el lugar de donde provenía el llamado de la joven.

¡Sueltenla, canallas! ¿Qué pretenden ustedes?

Hizo un disparo al aire para amedrentar a los sujetos, y éstos, viéndolo armado, huyeron a toda carrera. Quiso seguirlos.

¡No, Claudio! ¡Déjalos! ¡Podrías matar a alguno y...!

La joven se abrazó a él en un desesperado intento de sujetarlo.

¡No vayas, querido! ¡Ya ves, no han conseguido hacerme daño!



¡Rosario! ¡Me has llamado... querido!

El amor contenido durante largo tiempo había aflorado avasallante, uniéndolos con sus lazos invisibles, pero potentes. El amor, que debió traer paz al espíritu atribulado del ingeniero, era ahora un motivo mayor de zozobra.

Era el amor límpido, puro, pero exigente. Era el amor que no podía concretarse en boda, mientras el estigma de un crimen, no cometido, manchaba su reputación.

(¡Me entregaré! ¡Si es preciso purgaré la falta en que no incurri, pero no seguiré...)



"...padeciendo esta tortura!"

Esa noche, la esperada, el cielo abrió sus compuertas con horribles truenos.



(¡Esta es mi oportunidad! Iré hasta el pueblo y me entregaré. Nadie me oír salir.)

Eso es todo, señor comisario. Estoy a su disposición.

¿Cuánto tiempo hace que no lee usted un diario, ingeniero?



Tres años y medio, señor. ¿Por qué?

Aguárdeme un instante. ¡Sargento Lagos!



El policía solicitó una carpeta a su subordinado. Buscó una nota con membrete oficial y se la tendió a Claudio.

Lea esto, ingeniero. Luego sabrá que ha vivido tres largos años en la oscuridad.



Claudio tomó la hoja de papel y leyó: "Queda sin efecto la orden de captura impartida contra el ingeniero Claudio Hermida por haberse comprobado fehacientemente su inocencia en el asesinato de su esposa. No obstante, se encarece tratar de localizarlo..."

...por temerse haya sido víctima de maleantes." Claudio no podía creer en lo que estaba viendo.

Entonces, ¿quién ultimó a mi esposa?

Un ratero que se introdujo en sus habitaciones con ánimo de robar. Al ser descubierto...



"...por su esposa, que regresó inesperadamente, la golpeó para que no pidiera auxilio. Se excedió en el castigo..."

...y la pobre no lo soportó. El ladrón, agobiado por el remordimiento, se entregó..."



"...seis meses más tarde. Que esto le sirva de lección, amigo Hermida. Usted no confió en la justicia y ya ve lo..."

...que debió soportar. Repito, ingeniero: ¡ha vivido tres años en la oscuridad!

Es verdad, señor, pero el miedo es muy mal consejero. No obstante, bendigo a esa...



"...oscuridad que me ha permitido ver una luz que habría de aparecer cuando las sombras se diluyeran."



"...compensa su cálida caricia por todos los padecimientos sufridos durante el reinado de las sombras?"

Si yo estuviese en su lugar, afirmaría lo mismo. Vaya, amigo, ¡muchas felicidades!



Volvió a vestir sus ropas, ya limpias y secas, merced a la diligencia de los policías y salió a la calle. Miró el camino, que tanto le había costado recorrer dos semanas antes, y se le antojó un sendero de ensueño.



Aemás' otra alegría brincaba en su corazón.

(¡Y yo que llegué a sospechar de Roque y Ethel! Pensé que me habían entretenido mientras...)



"...eliminaban a Elena. ¡Aunque, no sé por qué habrían de hacerlo!" Seguía caminando, aunque la impaciencia le impedía marchar todo lo ligero que hubiera deseado.



El primero en descubrir su presencia fue el ovejero alemán. Sus alegres ladridos atrajeron a Rosario y don Manuel.

¡Claudio!

¡Rosario! ¡Soy libre!



Se estrecharon en un abrazo apasionado, mientras el fiel Tigre hacía cabriolas en derredor.

¡Razón tenía el comisario! ¡Tres años de oscuridad! Pero, ¡tres años de oscuridad para un dichoso retorno a la luz!



FIN

AMOR DE PERDICIÓN

Camilo Castello Branco nació en Lisboa, y llevó una existencia torturada por inquietudes personales y familiares. Lo atrajo la polémica, y la conspiración política lo contó entre sus iniciados. Ciego a consecuencia de un accidente, en 1890 puso fin a su vida. Pero ésta había sido fecunda para las letras portuguesas, a las que incorporó una obra vasta y aplaudida, en la que ocupa lugar prominente la narración que hoy adaptamos, cuyos protagonistas estuvieron ligados al autor por vínculos de sangre.

Por
CAMILO CASTELLO BRANCO
ADAPTACIÓN

Intervalo Álbum 109 - XV - 9/1965



Viseu es una importante ciudad del Norte de Portugal. Su fundación data de la época de los romanos, y su majestuosa catedral fue erigida en el siglo XII.



En 1801, era corregidor de Viseu el linajado hidalgo Domingo José Correia Botelho de Mesquita y Meneses. Nada elegante, corto de ingenio, de pocos bienes —unas pequeñas propiedades en el Duero— había conseguido, sin embargo, enamorar a...



...doña Rita Teresa Margarita Preciosa de Veiga Caldeirao Castello Branco, bellísima dama de la corte, que aun entonces, después de veintitrés años de matrimonio y frisan-do ya en los cincuenta, mostraba restos de ese esplendor juvenil.



De aquella unión nacieron cinco hijos: los dos varones — Manuel, de veintidós años en dicho 1801, y Simón, de quince — estudian en Coimbra, Derecho y Humanidades respectivamente.



Las niñas — principal alegría de aquel hogar — se llaman María, Ana y Rita. Esta, con el nombre, tiene también la hermosura de la madre.



Nada turbaba por entonces la dicha apacible de la familia. Sólo la madre, antigua dama de honor de doña María I, de Portugal, siente a veces «saudades» de la corte, de la pompa de las cámaras reales, y se lamentaba de llevar una obscura vida provinciana.



Una carta del hijo mayor sembró la preocupación en el hogar del corregidor: «No puedo vivir con mi hermano Simón. Emplea en pistolas el dinero de los libros y convive con los más conocidos perturbadores de la universidad. Por la noche recorre las calles insultando a los vecinos y provocándolos a la lucha.»

El disgusto de la familia se acentúa cuando Manuel parte para Braganza y se incorpora como cadete de caballería, y Simón regresa a Viseu con sus exámenes aprobados.



A pesar de hallarse en la adolescencia, Simón tiene la figura de un hombre. Es de complexión fuerte, con las bellas facciones de su madre. Y hasta tiene una explicación para su incriminada conducta, afirmando que Manuel pretendía obligarlo a vivir como un cartujo.



Pero su genio vivo y apasionado tiene a los suyos en continuo sobresalto. Con desesperación de la aristocrática doña Rita, elige sus amigos y compañeros entre la plebe de Viseu.



Y al final de las vacaciones interviene en una gresca de criados, de tal magnitud que su padre, furioso, ordena prenderlo. Sólo la benevolencia de la madre...



...logra salvarlo, y, entregándole dinero a escondidas, hacer que huya a Coimbra, adonde llega más infatigado que nunca de su valor.



En aquel tiempo, la universidad daba asidero a toda clase de hazañas y aventuras. La juventud estudiosa simpatizaba con las teorías de la libertad, pregonadas por los apóstoles de la revolución francesa. El hijo del corregidor de Viseu sostenía que Portugal debía regenerarse con un riego de sangre, «para que la hidra de los tiranos no levantase nunca más ninguna de sus mil cabezas».



Un día el estudiante demagogo peroraba en la plaza de San-sao a los pocos oyentes que lo seguían fieles. Iba el discurso en lo más ardiente de la idea regida, cuando...

...una escolta de gendarmes le agüó la incandescencia. El jacobino fue conducido a la cárcel académica, de donde salió al cabo de seis meses, merced a las poderosas influencias de los amigos de su padre.



Perdido el curso, Simón retornó a Viseu. El corregidor lo rechazó de su presencia y amenazó con expulsarlo de la casa. Mas en el espacio de tres meses, se operó en las costumbres de Simón un cambio maravilloso.



Despreciaba las malas compañías. Raras veces salía de su casa, solo o con la hermana menor, que era su predilecta. Doña Rita estaba realmente asombrada de esa transfiguración, y obtuvo de su esposo que se reconciliara con el hijo regenerado.



Simón Botelho amaba. Amaba a una vecina suya, de quince años, heredera riquísima. Llamábase Teresa Albuquerque. El la vio por primera vez desde la ventana de su cuarto, y la amó ya para siempre.

Ella también lo amaba, y con más hondura y serenidad que la corriente a sus años. Mas la familia de Botelho era odiada por el padre de Teresa, don Tadeo Albuquerque, a causa de unos litigios que el corregidor le había fallado en contra, y el amor de Teresa, fuerte y verdadero, para desafiar con éxito la acrimonia paterna, tuvo que hacerse discreto y cauteloso.

Viéronse y se hablaron durante meses, sin que la vecindad lo notase. El propósito era el más honrado y natural: él iba a terminar su carrera, y los dos esperarían luego, si sus medios no les bastaban, a que el curso del tiempo hiciera a la niña dueña de sí y de su hacienda.



Concluidas las vacaciones, la víspera de su partida para Coimbra, Simón se despedía de la afligida Teresa.

Súbitamente la joven fue arrancada de la ventana, y Simón oyó gemidos de la voz que adoraba. Afluyóle la sangre a la cabeza.

Teresa, amor mío...



Luego, Simón, en su cuarto, se retorció como un tigre contra las inmovilables rejas de la jaula. Cuando lo llamaron al amanecer para emprender el viaje, la demudación de su rostro espantó a quienes lo vieron.



Bajó a la calle, y se disponía a entrar en el carruaje que debía conducirlo a Coimbra, cuando se le acercó una vieja pordiosera. En la mano mendicante vio un papel, que...



«Arrebató y leyó ansiosamente: «Mi padre dice que por tu causa va a encerrarme en un convento. Lo sufriré todo por amor de ti. No me olvides y me encontrarás, en el convento o en el Cielo, siempre tuya de corazón y siempre leal. Vete a Coimbra. Allá irán mis cartas. En ellas te diré a qué señas debes responder a tu pobre Teresa.»

Los alumnos de la universidad notaron que Simón estaba transformado. Estudiaba con ardor, sin confiar a nadie su secreto. Sólo se desahogaba en las cartas que hacía llegar a Teresa por intermedio de la mendiga; largas cartas en que su espíritu descansaba de la diaria tarea. La apasionada joven escribía también a menudo, confirmando la impresión de que la amenaza del convento había sido mero recurso de terror, porque su padre no podía vivir lejos de ella. Esto avivó en Simón su amor al trabajo, hasta que una nueva misiva de Teresa lo sumió en la mayor tribulación.

«Sabrás — decíale —, mi querido Simón, que tu padre me apostrofó por haberme hallado conversando con tu hermana Rita.»



«El mío, que oyó el violento dictorio, asomóse a un balcón y recibió otro torrente de injurias de tu enfurecido progenitor.»



«Mi padre recibió los insultos con una manseñumbre que tiene explicación en su proyecto de casarme con P. Itassar Coutinho, mi primo, que esmayorazgo...» Simón no pudo leer más.



Inmediatamente resolvió partir para Viseu, entrar de noche, ocultarse y ver a Teresa. Faltábale un aljamiento de confianza, y lo encontró a un cuarto de legua de Viseu, en casa del herrador Juan de la Cruz, que conocía mucho a su familia.

Advertido por un arriero, que Simón había mandado adelante, no se asombró el buen hombre de ver llegar al joven hidalgo con las primeras sombras de la noche.

Vaya, señor Simón: puede usted confiar en que tendrá aquí un fiel servidor. Debo a su padre un favor de valía: me absolvió cuando mucha gente sostenía que yo debía ser ahorcado. Yo había matado a un hombre... ¡pero en defensa de mi vida!

Motivos tiene, señor Juan, para estar agradecido a mi padre; ahora yo los tendré mayores para con usted.



Haga usted el favor de oír lo demás. Antes de ser herrador, serví como criado de librea en casa de Baltasar Coutinho... ¿Lo conoce usted?

Lo conozco sólo de nombre.



Hace un tiempo, don Baltasar me mandó llamar y me dijo que tenía 30 monedas de oro para darme si le hacía un servicio. Yo debía quitar la vida a un hombre.



Esto me hizo cavar. Porque el que mata a otro cuando se ve en un apuro no es un asesino; pero matar por encargo... El hombre a quien debía matar era usted.

Por lo que veo, usted no aceptó el encargo. ¿Y no le dijo el hidalgo la razón que tenía para procurar mi muerte?



No, señor. A la mañana siguiente conté lo acaecido al señor corregidor, su padre. Si vuelve a Viseu, señor Simón, vaya usted preparado...



... «para alguna cosa gorda... Yo sé que usted no es medroso, pero de una traición nadie está libre. Si quiere que yo lo acompañe, estoy a sus órdenes. Pero si usted acepta mi opinión, lo mejor será que no se meta en embrollos nocturnos. Si desea casarse con ella, empiece por pedirselo a su padre, y si éste lo rechaza, en un abrir y cerrar de ojos, cargo con la muchacha sobre una yegua, y el padre»...

... y también el primo se quedan clamando a Díos.



Gracias, señor Juan; aprovecharé sus buenos oficios.

La hija del herrador — Mariana, de rostro bello y triste —, que contemplaba a Simón con inculcable interés, tuvo un fugaz aparte con el joven.

Algo me anuncia el corazón respecto de usted. ¡Cuidese, por Díos!...



Días antes, Baltasar Coutinho, inducido por su tío, había celebrado una entrevista con Teresa Albuquerque.

Prima: pienso que un vínculo une nuestros corazones. ¿Por qué no habrían de ligarse nuestras casas?...



Mas, observando que tanto como se inflamaba su alma...

...a la vista de la niña, aumentaba el gesto contrariado de ella...

¿Le he dicho, acaso, algo desagradable?

Me ha dicho lo que es imposible... Lo quiero a usted como pariente, pero nunca pensé en ser su esposa.



¿Y puedo saber quién me disputa el corazón de mi prima?

¿Qué ganaría usted con eso?



Ganaría el saber quién es el hombre por cuyo amor mi prima desobedece a su padre.

El corazón es más fuerte que la sumisa voluntad de una hija. Si me casase contrariando a mi padre, entonces sí le desobedecería. Pero yo no he dicho que me casó; sólo confieso que amo.



Estoy asombrado, prima, de que sus dieciséis años sean tan prodigiosas palabras. Pero hizo bien en decir la verdad. Me conformaré si soy vencido por alguien con más merecimientos que yo, y sabré ser amigo de usted.

No me perdonaré nunca la sinceridad que he tenido, y de hoy en adelante será mi enemigo.

¡Al contrario! Yo le probaré que soy su amigo si alguna vez la veo casada con algún miserable indigno de usted. Con algún borracho pendenciero, valentón con los criados, distinguido caballero que en vez de estudiar se lo pasa encerrado en la prisión de Coimbra.

Por lo que veo, mi primo quiere gobernarme.



Baltasar Coutinho fué a reunirse con su tío. A duras penas Tadeo Albuquerque refrenó su ira cuando el sobrino le refirió el resultado de su gestión. Sin embargo, dejó pasar muchos días...



...y un domingo por la mañana se casó con su hija.

Hija mía: hoy vas a dar la mano de esposa a tu primo Baltasar. De una vez por todas, es preciso que te dejes guiar por tu padre. Comprende, hija mía, que la violencia de un padre es siempre amor.



¿No me respondes, Teresa?

¿Será feliz mi padre con mi sacrificio?



¿Sacrificio? No digas eso, Teresa. Tu primo es un conjunto de todas las virtudes. Además, está apasionado por ti.

No creo en la virtud de un hombre que insiste en tomarme por esposa a pesar de mi negativa. Es más: ahora lo aborrezco con toda el alma. Padre mío: ¡mátame, pero no me fuerce a casarme con él!



¡Has de casarte! Y, si no, ¡maldita seas para siempre! Teresa! ¡Morirás encerrada en un claustro! Esta casa y mi fortuna serán para tu primo; ningún infame podrá pisar las alfombras de mis abuelos. Por ahora, entra en ese cuarto y aguarda a que te saquen de ahí para otro en donde nunca verás un rayo de sol.



Malograda la tentativa de su amor de emboscada, el primo de Teresa volvió a su casa, no sin anunciar a Tadeo Albuquerque que tenía organizada la manera de librar a Teresa del asedio de Simón Botelho. Coutinho no aprobaba la reclusión en el convento. Aconsejó, en cambio, que se la dejase estar en casa hasta que el hijo del corregidor regresara de Coimbra. El hidalgo no sospechaba que Simón estaba cerca e informado de la acechanza criminal de que era objeto.

Simón Botelho quedó cautelosamente hospedado, mientras el arriero que ya le había servido de mensajero marchaba a Viseu con una carta para la mendiga, que vivía en el callejón más inaccesible de la ciudad.



Y Teresa se enteró, temblando de dicha y de terror, que Simón estaba muy próximo y que podrían verse aquella noche, a las veintitrés en punto, en el jardín de su casa. Al responderle, la niña no reflexionó que justamente aquella noche se festejaba el cumpleaños de su padre, y que en su residencia se congregarían amigos y parientes.



El anciano Albuquerque esperaba mucho de esa fiesta, que proseguía sin que Teresa, agitada, compartiera la general alegría. A medida que se acercaba la hora de la cita, la inquietud de la joven fue tanta, que se hizo visible para su primo, quien empezó a espiarla.



Quince minutos antes de las veintitrés, corrió Teresa al jardín, abrió la puerta, y como no viese a nadie, volvió rápidamente a la sala. Baltasar Coutinho no estaba en ella.

¿Qué tienes, hija mía? ¡Pareces tan asustada! Sufro una sofocación que me obliga a respirar, aire libre de cuando en cuando. Pero no es nada, padre; no se aflija usted.



Tadeo le creyó, y excusó a su hija ante los invitados, mientras...

...ella bajaba nuevamente a la puerta del jardín, donde Simón la esperaba ya.

¡Vete, por Dios! Vuelve mañana, a la misma hora. Ya te explicaré...



Simón se apartó e hizo una seña a Juan de la Cruz, que lo aguardaba a pocos metros. En ese instante, los dos fueron sorprendidos por un bulto que se acercaba cautelosamente, pegado a las tapias.



Simón Botelho montó las pistolas.

Por aquí no hay camino. ¿Qué quiere usted? ¿Quién es usted?

¿Qué le importa a usted quién soy? Si yo tuviera un secreto como parece tenerlo usted en estos sitios, estaría obligado a confesárselo?

¡Esta pared es de una casa donde habita una sola familia y en ella hay una sola mujer!

En esta casa hay más de cuarenta mujeres esta noche. Si el caballero espera a una, yo puedo esperar a otra.



Por lo demás, no conozco a quien me interroga ni quisiera conocerlo. Quedemos cada uno con nuestro incógnito. Buenas noches.

Y Baltasar Coutinho retrocedió diciéndose que nada valía una espada contra dos hombres provistos de armas de fuego.

Simón Botelho y Juan de la Cruz partieron a caballo para la casa del último, y Baltasar Coutinho regresó a la sala de la fiesta sin revelar alteración de ánimo. Aprovechó, sin embargo, la primera coyuntura para contar a su tío la reciente incidencia, en tanto Teresa, encerrada en su habitación, escribía a Simón la historia de sus terrores y le imploraba perdón porque, loca de alegría con su regreso, no le había advertido a tiempo acerca de la reunión que turbaría su entrevista. Seguro de que el encuentro de ambos jóvenes se reiteraría, y de que el desconocido era Simón, Baltasar maduró su plan para «librar a Teresa de su perseguidor», y desde aquella misma noche decidió que dos de sus criados rondarían por el jardín de Albuquerque con instrucciones de no detenerse ante ningún extremo.



Minutos antes de las veintitrés de la noche siguiente, los dos espías de Baltasar, estratégicamente apostados, oyeron el rumor de los pasos de Teresa sobre las hojas secas. Pegados a la tapia, aguardaban el encuentro de los jóvenes.



El estudiante llegó aparentemente solo.

¡Simón!...

Amor: tengo la sospecha de que nos espían. Pero no temas. No vengo desprevenido.



Teresa casi no le oía. Temerosa de los peligros que los acechaban, instaba a su amado a alejarse. Lo consiguió al fin y poco después varios disparos de pistola quebraron el silencio de la noche.

Simón alcanzó a Juan de la Cruz. El aspecto de éste era sereno y grave.

Alguien ha hecho justicia, señor hidalgo, con los que tenían el encargo de eliminar a usted.



Al otro día Simón recibió una carta de Teresa. «Dios Nuestro Señor — decía — permita que hayas llegado sin peligro a casa de esa buena gente. No sé lo que ocurre en casa, pero mi padre me comunicó esta mañana que iría a un convento, y estuvo toda la mañana encerrado, con mi primo y sin dejarme salir del cuarto. Por la ventana y con el auxilio de nuestra bendita mendiga intentaré hacerte llegar estas líneas. Algo o de los sirvientes referente a dos criados de Baltasar que aparecieron muertos... Mi querido Simón, ¿cómo estás? Dime lo que sepas. Ruego a Dios por tu vida. Huye de estos sitios. Vete a Coimbra. Ten confianza en el amor eterno de tu Teresa.»

Simón contestó tranquilizándola, y pidiéndole que lo llamase en cuanto las amenazas del convento estuviesen en vías de realizarse.



Entretanto, Baltasar Coutinho, llamado por las autoridades judiciales para declarar en el sumario instruido por el doble homicidio, respondió que sus criados acostumbraban salir por la noche, que no sabía que tuviesen enemigos en Viseu ni poseía los más leves indicios contra nadie. No había en esto generosidad: convenía a Coutinho desviar cualquier barrunto que pudiese envolverlo en el misterio de aquellas dos muertes. Además, no podía alegar pruebas contra Simón, a quien suponía ya en Coimbra o refugiado en casa de sus padres. Los vecinos más próximos al lugar en que aparecieron los cadáveres no dieron mayores luces, y finalmente la causa se cerró sin consecuencias.

Terminaba Teresa de leer la respuesta de Simón, cuando su padre entró en la habitación.

Vístase como quien es. Acuérdesse de que aún lleva mi apellido, ¿Sabe para dónde va?

No. Pero si su idea es hacermos casar con mi primo, le repetiré que no me caso. Antes moriré, y moriré contenta.



El no la quiere a usted ya. Un hombre de mi sangre no acepta por esposa a una mujer que habla de noche por los jardines con los presidiarios. Vístase de prisa que va a un convento.

Tadeo Albuquerque había resuelto encerrar a su hija en un convento de Oporto donde era priora una parienta suya. Escribió a la prelada, y mientras se negociaban las licencias eclesiásticas, decidió la exclusión de Teresa en un convento de Viseu, y hacia él la llevaba.



La puerta del monasterio se abrió.

Estoy más libre que nunca. La libertad del corazón lo es todo.

¿Qué dice usted, joven?



Dije que aquí me siento muy bien, madre priora.

El que viene a estas casas de Dios no viene para sentirse bien, hija mía. Aquí ha de mortificar usted el espíritu, dejando afuera las pasiones mundanas.



Por la noche, Teresa oró en su celda. Y sin saber cómo habría de hacérsela llegar, escribió a Simón una carta, con papel y tinta de que había tenido precaución de proveerse.



En casa de sus padres, Simón se mantenía en constante comunicación con el herrador. Pronto se supo en la ciudad el destino de Teresa, y el joven se ingenió para enviarle, por conducto de la mendiga, un ansioso mensaje: «Es necesario sacarte de ahí. Si no puedes huir, esas puertas tendrás que franquearse ante mi cólera. Si te mandaran a otro convento, avísame; estoy resuelto a raptarte en el camino. Eres mía. No sé de qué me sirve la vida si no la sacrificio para salvarte. Creo en ti. Te seré fiel en la vida y en la muerte. Dime una palabra. Llámame. Tú Simón.»

La respuesta de Teresa confirmaba las suposiciones pesimistas: «Sospecho, Simón, que mi padre quiere trasladarme a otro convento más riguroso y hacermos profesar. Esto no podrá ser sin un noviciado de un año y sin que se me pregunten tres veces. Siempre contestaré que no.

No me doblegarán. Simón, espóso mío: el día entero pido a Dios por ti.»



Unos días más tarde, Tadeo Albuquerque comunicó a su hija que a la madrugada partirían para Oporto, de donde la solicitaba su parienta, la priora del convento de Monchique. Desolada, Teresa pudo mandarle la noticia a su amado; pero esta vez el diálogo que sostuvo con la mendiga, mezclado de lágrimas, llamó la atención de algunas de las religiosas, y...



...al regresar la mensajera con la contestación, fue interceptada. Teresa no se enteró, pues, de aquellas frases vehementes y desordenadas en que el joven hablaba de su «rencor sin venganza» como de un infierno en que se consumía.



Al amanecer señalado, las galas de la naturaleza se desplegaron plenamente sobre la sierra. Pero Simón Botelho, que aguardaba en una calle angosta frontera del convento, no estasiaba sus ojos en las maravillas del paisaje estival.



Dos literas pararon en la portería del monasterio. Descendieron de una tres señoras y de la otra don Tadeo Albuquerque apoyado en el brazo de Baltasar Coutinho.



Nada de lamentaciones, tío. La desgracia sería verla casada. Yo le prometí restituírsela curada en cuerpo y alma antes de un año.

¡Es mi única hija!...



Aquí estoy, señor.

Aún es tiempo, Teresa. ¿Quieres retornar a tu casa y olvidar al maldito que nos hace desgraciados a todos?



No, padre mío. Mi destino es el convento. Olvidarlo..., ni en la hora de la muerte. Seré hija desobediente, pero mentirosa, jamás. ¡Ah!... ¿Baltasar también aquí? ¿Cuándo me dejará libre de su odiosa presencia?

Prima: soy uno más de sus criados. Yo tenía dos hace un tiempo; un asesino me los mató.



Sólo los cobardes se ocultan tras las espaldas de los criados, a quienes dejan matar.

Pero aún no se liquidaron las cuentas, querida prima.



Este diálogo corrió rápidamente, mientras Albuquerque saludaba a la priora y a otras religiosas. De pronto, se hallaron con Simón Botelho, y Teresa no pudo reprimir una exclamación, a la que Baltasar, asombrado, añadió: —¿Es posible que esté aquí ese infame?

Teresa: sufra con la resignación de que estoy dándole ejemplo. Sobrelleve su cruz sin maldecir, que bien pudiera ser que nuestro calvario...

¿Qué dice ese bribón?

¡Lo aplastaré, so villano!



Villano es quien me amenaza sin atreverse a avanzar un paso hacia mí.

¡No lo he hecho, por entender que me envilezco castigándote en presencia de criados de mi tío, que tú puedes suponer mis defensores, calla!



Siendo así, nunca me encontrará frente a usted. Lo considero tan cobarde y tan vil que he de mandar zurrarlo por el primer ganapán de esquina.



Baltasar Coutinho lanzóse precipitadamente sobre Simón y llegó a apretar su garganta, pero pronto sus dedos perdieron vigor. Cuando quisieron intervenir, Baltasar vaciló un segundo y cayó desplomado. Una bala había atravesado su frente.



Los hombres de las literas y Tadeo Albuquerque, profiriendo grandes voces, rodearon a Simón. Simultáneamente, Juan de la Cruz, enmascarado, saltó junto al estudiante, con su trabuco preparado.

¡Huya! La yegua, ensillada, está al final de la calle. Si no, está perdido...

Ya lo estaba, amigo mío. No huyo. Márchese usted. Se lo suplico por su hija. Y aún puede usted serme muy útil.



El herrador debió ceder. Teresa yacía desmayada en la escalinata de la iglesia. Empezaba a reunirse gente. Puertas y ventanas se animaban de curiosos. Todo había ocurrido en mucho menos tiempo del que se emplea en referirlo.



Llamado por uno de los vecinos, acudió el alguacil mayor.

¡Préndalo!
¡Es un criminal!

¡Usted! ¡Señor Botelho!...

Cumpla usted con su deber. Aquí están mis armas.



Un funcionario llevó la espantosa noticia a casa del Corregidor, quien, en medio del duelo y llanto de su esposa y de sus hijas...

Que el juez se atenga a las leyes. Si él no se muestra riguroso, yo lo obligaré a serlo.



Salió el funcionario, y doña Rita, desolada, se encerró con su marido.

¿Qué significa ese modo de hablar de nuestro hijo?

Significa que soy el Corregidor de esta comarca y que no protejo asesinos.



Ella insistió, en todos los tonos que le sugería su amor maternal y su inmenso dolor. Domingo Botelho concluyó por enfurecerse, en un grado como jamás lo había visto su cónyuge.

¡Señora! En cosas de poca monta, he tolerado su dominio. ¡Esta de Simón toca a la honra de mi apellido, y en cuestiones de honra se acabó su dominio de usted! ¡Déjeme!



Doña Rita reparó en la fisonomía con que se le decían estas insólitas palabras, sintióse mujer y se retiró a llorar con sus hijas. El primogénito se hallaba en el extranjero.

El proceso marchó rápidamente. Simón no sólo renunció a una fuga que se le propuso, sino que empeoró su situación legal al preguntársele si había obrado en defensa propia y contestar que, para defenderse de tal sujeto, le habría bastado con la punta de la bota. Aparecía, pues, como autor de un asesinato premeditado. Así llegó el día fijado para el juicio público. Simón, imperturbable, sentóse en el banco de los acusados, sin abogado ni testigos de descargo. Sólo salió de su impassibilidad...

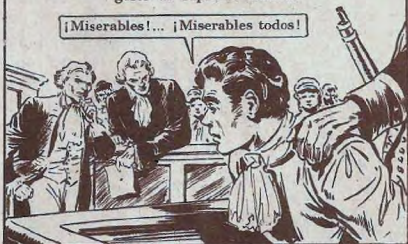


...al oír que el acusador pronunciaba el nombre de Teresa Albuquerque.

¿Qué viene a hacer el nombre de una señora a este antro de infamia y de sangre? ¿Qué miserable acusador es éste que no sabe probar con la confesión del reo la necesidad del verdugo, sin atentar contra la reputación de una mujer?

El juez le impuso silencio con severidad, y Simón volvió a su asiento envolviendo al tribunal en un gesto de supremo desdén.

¡Miserables!... ¡Miserables todos!



La sentencia de muerte EN HORCA LEVANTADA EN EL LUGAR DEL DELITO arrancó aullidos de dolor en una mujer del público. Simón, serenamente...

Llevaos de ahí a esa pobre niña que llora. Para ella este proceso y mi suplicio no han sido pasatiempos...



Y mientras Mariana de la Cruz era sacada en brazos, desvanecida...

¡Vais a tener un hermoso espectáculo, señores! La horea es la única fiesta del pueblo.



Hasta el convento en que se hallaba, llegó a Teresa la versión de las crueles secuelas del acto de que había sido causa y testigo involuntaria. La santa casa estaba regida por una mujer que conciliaba los deberes de la disciplina con una caridad llena de dulzura, que le inspiraba los más tiernos sentimientos para la infinita desdicha de la niña. Permitted, pues, que ella escribiese a su amado, y Teresa envió la siguiente carta: «Simón, esposo mío: Lo sé todo. La muerte está con nosotros. ¡Mira nuestras esperanzas!... ¿Qué mal harían nuestros amores? ¿Por qué no merecemos nosotros lo que tanta gente tiene? Pero nos veremos en el otro mundo, donde la justicia de Dios no te condenará, porque eres inocente. Yo rezo, yo suplico, tratando de atar el hilo de tu vida a una esperanza cualquiera»...



Hondamente impresionado, el Corregidor detuvo el brazo de Antonio de Veiga, comprometiéndose a hacer cuanto estuviere a su alcance para salvar a su hijo.

Las gestiones de misericordia tenían una aliada en la natural simpatía que despiertan los jóvenes enamorados. Además, encontró debilitado el odio de la parte contraria; como que Tadeo Albuquerque era presa de remordimientos, en los que entraban razonamientos forjados en sus horas de soledad y reproches análogos a los que había tenido que oír de labios de su amigo, el Corregidor de Oporto. —El desdichado Simón — le dijo el funcionario — expía como un crimen...

...los dictados de su corazón y de su pundonor. Si usted hubiera consentido que su hija lo amase, habría ahorrado la vida de su sobrino, y sin su oposición a honestísimos amores, no se erigiría una horca para inmolara un noble muchacho.



Pero, ¡ay!, los últimos acontecimientos habían quebrantado gravemente la salud de la niña. Aquella misma noche, entre la solicitud cariñosa de las religiosas de su cenobio, se asomó exhausta a la ventana de su celda y embebió su vista en la contemplación de los astros.



¡Mis estrellas!... ¡Pálidas como yo!... ¡La vida! ¡La vida!... ¡Quiero vivir, Señor! ¡Dejadme vivir, Señor!...



FIN

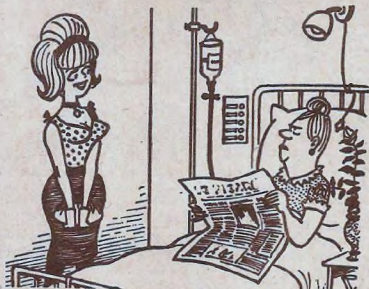
GOTITAS DE ALEGRÍA



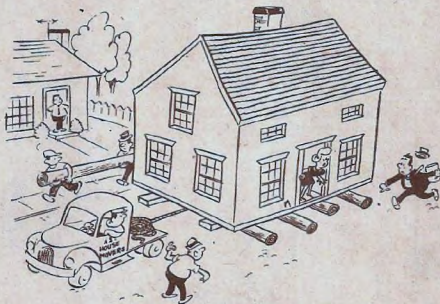
-Está bien que le demos permiso para tomar un refrigerio, pero creo que se le ha ido la mano, García.



Por lo visto, la propina es obligatoria aquí, querida.



-Su esposo me dijo que viniera a visitarla y le diera ánimos. Yo soy su nueva mucama.



-¡Esperen! ¡No se lleven la casa! ¡Ya pagué la cuota que debía!

SEA Vd.

UN PROFESIONAL

CURSOS GRATUITOS Y EMPLEO

EN SU PROPIA CASA, A PERSONAS DE AMBOS SEXOS, DEL PAÍS Y DEL EXTERIOR

ENSEÑANZA TÉCNICA - Cursos de:

Ingeniero en Electrónica
Ingeniero en Radio y Televisión
Ingeniero Mecánico en Automóviles
Ingeniero en Motores a Expl. y Diesel
Matemáticas Superiores para Radio y TV
Técnico en TV y 30 cursos más

ENSEÑANZA COMERCIAL - Cursos de:

Organizador y Director de Empresas -
Experto en Comercio - Contador Experto
en Réditos e Impuestos Generales.

En pocos días sea **Martillero Público**
(con licencia prof. Legalmente otorgado)

Dibujante profesional

Periodismo y 10 cursos más.

Única Institución en el Mundo que se compromete por escrito a emplear a sus diplomados superiores, si éstos así lo desean.

Inscripciones anuales limitadas

Pida informes, citando el Curso que le interesa.

UNITED TECHNICAL INSTITUTIONS

- Depto. de INFORMES -

CASILLA DE CORREO CENTRAL Nº 5099
BUENOS AIRES

Nombre

Calle y Nº

Localidad

Provincia

aprendiendo a vivir

Por QUEEN BROWN

DIBUJOS DE GARCÍA

Intervalo Album 109 XV - 9/1963

(Y con el atraso que tengo... Dentro de un momento llegará José a buscarme, y yo todavía sin vestirme.)



¡Sí, señorita. Está en el "living" con el señor.

¡Mamá! ¡Mamá!



-Hola, María Laura... ¿Qué pasa, se incendia la casa?

Hija, modera tus ímpetus. Cada entrada tuya parece el anuncio de una catástrofe.



Cuando María Laura reapareció deslumbrante en su atavío rosa, José hacía media hora que la esperaba charlando.

No te disculpes, ya me has acostumbrado a esperarte. ¿Vamos?



La muchacha apretaba con impaciencia, una y otra vez, el timbre del ascensor.

(¡La gente de esta casa cree que el ascensor es sólo para ellos!)



En el sexto piso bajó y cerró las puertas con gran estrépito. Nuevamente pulsó, nerviosa, el timbre de la entrada de su departamento.

Buenas tardes, señorita. Por los timbrazos ya sabía que era usted.

¡Hola, Olga! ¿Está mamá?



A pesar de su apuro, la joven besó cariñosamente a sus padres.

Mamá, por favor, ayúdame. Mientras me baño y arreglo, descuélgame el vestido que me traje ayer la modista y elígeme los zapatos y cartera que hagan juego.



Hasta luego.

No vuelvas muy tarde.

No se preocupe, señora, volveremos temprano. Buenas noches, señor Robles.





Gabriel Montes era un joven médico de cerca de treinta y cuatro años, que a los dos años de casado había quedado sólo a cargo de su hijito. Desde entonces vivía con su suegra, única hermana del padre de María Laura, a quien todos llamaban, cariñosamente, tía Rosario. Por motivos profesionales se había marchado a los Estados Unidos.



Las palabras de su madre hicieron reflexionar a la muchacha. Recordó el casamiento de su prima y su prematura muerte. Ella, entonces, era una chiquilina de escasos trece años que contemplaba deslumbrada el precioso vestido de la novia y el apuesto novio que la llevaba del brazo.

¿La alegría de tía Rosario y de mis padres cuando nació Juliito! Me acuerdo que yo llegué a tenerle celos, y después... Pobrecita, tan joven, y el sufrimiento de Gabriel que, como médico, sabía...



(... desde un principio que era una enfermedad incurable. Tiene razón, mamá, éstas no son cosas para hacer bromas.)



El almuerzo transcurrió en un ambiente de cordialidad y afecto. José estaba sumamente interesado en lo que contaba Gabriel de su vida fuera del país.

Vamos al "living" a tomar el café.



Cuando te vi por última vez, María Laura, eras una adolescente desgarrada y agresiva; en cambio ahora...

Ahora soy una "mujer" desgarrada y agresiva; ten mucho cuidado.



El joven médico no pudo evitar que sus mejillas se tiñeran de rojo, mientras José hacía esfuerzos por disimular una sonrisa.

No... no, ahora eres una hermosa muchacha, y... y tampoco quise decir que antes fueras fea.



No le hagas caso, Gabriel, María Laura se especializa en crear malentendidos.

Te equivocas, mamá, lo que pretendo es demostrar que la gente no piensa, por lo general, lo que dice, y yo creo...

Bueno, señores, tenemos conferencia a cargo de la profesora de literatura y castellano, señorita María Laura Robles.



La primera en soltar la carcajada fue la muchacha: el único que permaneció serio fue Gabriel.

Nosotros nos vamos al cine. Hasta pronto, Gabriel.

Ven a visitarnos, María Laura: a Juliito le encantará ver una cara joven cerca suyo.



Con la iniciación de las clases la joven se encontraba muy ocupada y pronto olvidó su promesa de ir a visitar a Gabriel y su hijo. Su vida se deslizaba apacible y sin contratiempos, matizada con una que otra preocupación, que ella, en ese momento, creía de enorme importancia, como el entredicho que tuvo con su madre a causa de José.

Repentinamente has resuelto dejar de verte con José. Ni a él ni a nosotros nos has dado ninguna explicación.



¿Y por qué debo darla? Soy grande y puedo disponer de mi vida.

Hablas como una tonta y no lo eres, María Laura. Te diré por qué debes dar una explicación.



En primer lugar, por cariño y consideración para con la gente que sabes que se preocupa por ti y te quiere bien, y en segundo lugar, por respeto a ti misma.





María Laura, tía Rosario y yo te queremos mucho y nunca te dejaremos sola. Nosotros nos ocuparemos de todo. Ahora, llora, llora mucho, que te hará bien.



Durante días no su-
po hacer otra cosa
que llorar, pero len-
tamente, la fe y el
amor a la vida, que
su padre le había en-
señado a sentir, trans-
formaron su dolor
en una pena honda
que la hacía valien-
te y serena.

No puedes vivir so-
la, María Laura, ni
mantener este de-
partamento con lo
que sacas de tus cá-
tedras.

Es cierto. Papá gana-
ba bien como abogado,
pero nunca fue un
hombre de fortuna.



Yo te quiero y desearía que te cases con-
migo, pero sé bien que, ahora menos
que nunca, me aceptarás.

Le prometí a mamá pensarlo
con calma y hacer lo que
realmente me diga el cora-
zón.



Y no te preocupes por mi bienestar; i-
ré a vivir, por lo menos por un tiempo,
con tía Rosario y Gabriel.

Es lo mejor. Iré a
visitarte a menudo.



Una nueva vida comenzó para la muchacha.

Apúrate, María Laura, si tú no vienes
a desayunar, este diablito de Julio se
niega a tomar su café con leche.



Buenos días, Julito, e-
res un caballero al espe-
rarme para tomar el des-
ayuno, pero no exage-
res, hasta los caballeros
tienen hambre.

No soy un caballero: te
espero porque me pones
más dulce que la abuela
en la tostada.



¡Eso se llama sinceri-
dad! Y tu papá. ¿Ya se
fue?



Sí, se fue al hospital. Cuan-
do yo sea grande también se-
ré médico como mi papá.

Y, como todas las mañanas, salió para ir al
colegio a dictar clases. Cuando el tiempo lo
permitía, acompañaba al niño hasta la es-
cuela.

Todos estamos muy contentos desde que vi-
nistes a vivir con nosotros. Antes nunca me
sababa diez en la escuela, y en cambio aho-
ra, me ponen uno todos los días.



Los ojos se le llenaron de lágrimas.
Desde que murieran sus padres, e-
ra la primera vez que volvía a sen-
tir-se querida.

¿Quién me hubiera dicho hace
unos meses que las palabras de
un niño podrían significar tanto
para mí!



Cerca del mediodía regresó a su nuevo hogar.

Tía Rosario. ¿volvió Julito de la escuela?

Sí; está en su cuarto.





Un silencio lleno de recogimiento y paz los envolvió. Ambos estaban absortos en sus pensamientos, sin embargo se sentían muy cerca el uno del otro. Fue Gabriel el primero en volver a hablar.



Lo que quería decirte, era que yo... nosotros, también estamos muy felices de tenerte aquí, y que para Julito eres como la madre que perdió.



María Laura sonrió nerviosa. Casi nunca fumaba, pero en ese momento, para ocultar su turbación, le pidió un cigarrillo a Gabriel.

Gracias. Bueno, Gabriel, no digas nada más. A Julito hasta una bruja lo querría.



Desde la sala les llegó la voz de la tía Rosario.

¡María Laura! ¡Teléfono, es José!

¡Gracias!



Permiso, Gabriel, en seguida vuelvo.

No importa, ya terminé. ¡Ah! Me gustaría que José te visitara más seguido, así puedo conocerlo mejor.



Y mientras la joven se alejaba aún lo oyó decir: -Ahora soy responsable también de una hija y quiero conocer sus amistades. Para esas cosas soy chapado a la antigua.

(¡Tonto! ¿No se da cuenta de que el papel de padre le queda grande?)



Hola, José. Sí, estoy bien, gracias. ¡Será mejor que a Gabriel no le dé por hacerse el mandón, porque si no...)



María Laura. ¿me oyes? Te digo que esta tarde voy a verte.

No, no vengas, prefiero que salgamos. A las cinco te espero en Santa Fe y Callao.



Y sin dar tiempo a que José le respondiera, se despidió y cortó.

Tía Rosario, voy a salir con José; volveré a la hora de comer.

Bueno, hija; que te diviertas.



Gabriel miró fijamente a la muchacha durante unos segundos. Luego, esbozando una sonrisa, habló con vos teñida de ironía.

Va a venir a buscarte, supongo. Es lo que corresponde.

No. Le dije que prefiero que nos encontremos en la calle.



A partir de ese día se creó entre ellos una extraña situación. Cuando ambos estaban en la casa, trataban de verse lo indispensable, y cuando uno de los dos no estaba, el otro, inmediatamente, preguntaba por el ausente. Naturalmente, para tía Rosario y Julito esta nueva situación no pasaba desapercibida.

Una noche, después de comer...

Como mañana es domingo me prometiste que jugaríamos a la lotería con abuela, María Laura.

Pero, ahora está tu papá y él podrá jugar contigo y tía Rosario.



Unos lagrimones grandes y calientes comenzaron a rodar por las mejillas del niño.

Me lo prometiste, María Laura. ¿Por qué no podemos jugar los cuatro? Es mucho más divertido.



No llores, Julito, me pone muy triste verte llorar.

Yo también estoy triste, por eso lloro. "Antes" estaba siempre alegre.



¿Antes?... Sí, querido, te entiendo. Bueno. ¡Fuera esas lágrimas, y corre a buscar la lotería!

¡Viva! ¡Abuela, trae los porotos!

Sí, sí, voy a buscarlos.



Serena y humilde se acercó a Gabriel, que había permanecido, quieto y callado, hundiéndose en su sillón, contemplando la escena.

Gabriel, te pido que me disculpes por todas mis impertinencias. Me he estado portando como una chiquilla.

Julito nos ha dado una lección. Ni el más brillante discurso hubiera sido más elocuente que sus lágrimas.



Es cierto. Pero. ¿qué nos pasó? ¿Por qué nos distanciamos, Gabriel?

Este no es el momento para que te lo diga. Ya hablaremos de eso otro día, tenemos mucho tiempo por delante.



Pero, soy yo quien debe pedirte perdón, porque si bien no tengo edad para ser tu padre, soy mayor que tú y tengo más experiencia: sin embargo actué como un colegial.



Yo me porté como una chiquilla, y tú como un colegial; por lo menos nos queda el consuelo de no ser tan viejos ya que recordamos cómo se porta un chlo.



El joven río alegremente de la ocurrente salida de María Laura.

Bueno, ya estamos de vuelta con todo lo necesario.

Julito. ¿puedo jugar yo también?



¡Claro que sí, papá! ¡Nos vamos a divertir muchísimo!

Los días siguieron destrozándose sin contratiempos. La cordialidad y el cariño eran la tónica de las relaciones entre Gabriel y María Laura. El joven médico nunca reanudó la conversación que dejaron inconclusa aquella noche, ni ella hizo nada por recordárselo.





Bruscamente enderezó la cabeza. Le sonrió con dulzura y habló con voz firme y cálida.

Vamos, tenemos mucho que hacer; ya tendremos nuevamente tiempo para conversar; puedo esperar dos años. Y tú, ¿puedes esperar?



Tenemos la vida por delante. Recién estamos aprendiendo a vivir.

Tienes razón; yo me me creía un viejo sin nada por conocer, pero acabo de comprobar que todos los días la vida nos enseña algo nuevo.



Los primeros días después de la partida de la joven fueron de una gran tristeza. El que parecía más conforme era Julito, él decía: «María Laura me dijo que dos años pasan rápido y que me traerá muchos juguetes, y ella nunca miente». Al principio las cartas venían a nombre de la familia, luego, siempre llegaban dos juntas, una para tía Rosario y Julito, otra para Gabriel.

La extraño a María Laura.

Yo también, mamá. Su ausencia me ha demostrado que no puedo vivir sin ella.



Estoy enamorado de María Laura desde el mismo momento que la vi entrar en esta casa.



Eso ya lo sabía. ¿Ella te quiere?

Sí, mamá, me quiere. Así me lo dice en su última carta. Tome, léala, es tan hermosa que debería ponerla en un cuadro.



"Gabriel querido: Fue necesario estar lejos de ti para comprender que me quieres y que yo también te quiero. Todo nos impulsaba a ello, sin embargo, nos negábamos a aceptarlo por miedo a ser felices, y lo que es peor, olvidándonos en nuestra cobardía de la dicha de Julito. Los que dicen que el amor es egoísta, mienten, o nunca conocieron el verdadero amor."



"Tú, que ya lo conociste antes, sabes bien que tengo razón. Pronto volveré para besar a Julito y tía Rosario y para descansar en tus brazos el resto de mi vida."



Tía Rosario, emocionada, sacó su pañuelo y se secó los ojos.

Guárdala bien; cuando los dos sean viejos les gustará leerla. Dios te bendiga, hijo, y que consigan la felicidad que supieron ganarse.

Gracias, mamá, los cuatro seremos muy felices.



ALMANAQUE CRIOLLO

Y AHORA CERRAREMOS
EL ACTO CON UNAS
PALABRITAS...

¿POR QUÉ NO LO
DEJAMOS PARA OTRO
DÍA, SEÑOR INTENDENTE?



Consejos del
Viejo Irala
por Alberto
Vacarezza



Por mi cencia y conocencia
la gente me llama EL ZORRO,
y no te ofendás cachorro
si te advierto en la dentrada
QUE AL HABLAR, A NADIE AGRADA
QUE ALGUNO LE CORTE EL CHORRO.

SEPTIEMBRE 1965

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIÉRCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
C. Circ. 2	L. Llena 10	C. Mang. 17	1	2	3	4
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30	L. Nueva 24	*

OCTUBRE 1965

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIÉRCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
C. Circ. 2	L. Llena 9	C. Mang. 16	L. Nueva 24	C. Circ. 31	1	2
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24 31	25	26	27	28	29	30

COMPRE

Intervalo ALBUM

TODOS LOS MESES

Intervalo Álbum 109 - 9/1965

Lea, en el próximo **intervalo** **ALBUM**

HISTORIAS DE HOMBRES Y MUJERES, por C. M. Paz

LA AMAZONA BLANCA, por Alejandro Dumas

LLUVIA DE INVIERNO, por Héctor Pedro Blomberg

AMOR ENTRE SOMBRAS, por Robert Bloch

ALMAS EN PENA, por B. Björnson

HARLOW, LA VENUS PLATINADA, por John Michael Hayes

EL FEDERICO INMORTAL, por Pier Michele

EL CASAMIENTO DE ANNA, por Queen Brown

GRIS, A VECES VIOLETA, NUNCA AMARILLO, por Osvaldo Moro

BEN CASEY, por Neal Adams

intervalo **ALBUM**

AÑO XV

Nro. 109

DIRECTORES: RAMON COLUMBA (h.), CLAUDIO COLUMBA (h.)



EDITOR RESPONSABLE

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

SARMIENTO 1989 - BUENOS AIRES - TEL. 45 - 1145 Y 4297

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos
Talcahuano 1146

Registro Nacional
N° 857.392 de la
Propiedad Intelectual

Correo
Argentino
Central B.

Franqueo a Pagar
Concesión N° 372

Tarifa Reducida
Concesión N° 2761